



Desde el mensaje milenario de los antiguos, los abuelos calchaquíes nos recuerdan: hay que estar retornando hacia adentro, hacerse madeja, para sentir desde lo profundo del afecto, para luego desovillarse hacia afuera, para sentir y pensar, para “estar haciendo” juntos.



Red Latinoamericana
PA.C.AR.IN.A
Parlamento Cultural Articulador
de Investigadores de la Andinia



Adriana Zaffaroni / Gerardo Choque

Los Rostros de la Memoria

Los Rostros de la Memoria

*“Recordando” junto
a los abuelos calchaquíes*

Departamento San Carlos - Provincia de Salta

Adriana Zaffaroni

Gerardo Choque

ADRIANA ZAFFARONI

GERARDO CHOQUE

Los Rastros de la Memoria

“Recordando” junto a los abuelos calchaquíes



Departamento San Carlos – Valles Calchaquíes
Provincia de Salta

Zaffaroni, Adriana María Isabel

Los rostros de la memoria : recordando junto a los abuelos calchaquíes / Adriana María Isabel Zaffaroni ; Gerardo Choque. - 1a ed. - Salta : SMA Ediciones, 2016.

140 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-45348-2-8

1. Memoria. 2. Identidad. 3. Sociología. I. Choque, Gerardo II. Título CDD 306

Composición de tapa y contratapa: Diseño con fragmentos de plaqueta pectoral de Pucarilla (San Carlos, Salta), incluida con foto en la publicación de Reyes Gajardo, Carlos (1938). Apuntes sobre San Carlos del Valle Calchaquí. Buenos Aires, Editorial Peuser

Dirección Equipo de Investigación: Dra. Adriana Zaffaroni

Coordinación Equipo de Investigación: Lic. Celeste Juárez / Lic. Fabiana López

Equipo de Investigación:

Gerardo Choque	Mirian Rodríguez
Liz Rivadeneira	Soledad Cayo
Micaela Villanueva Molina	Susana Moreno
Valeria Cayo	Nélida Burgos
Lucía Guanuco Martínez	Agustín Bono
Renata Romero	Cintia Ortega Portal
Valentina Arapa	Javier Guantay
Gonzalo Soriano	

Responsable Grupo de Apoyo Territorial: Paula Villanueva

Corrección de textos: Claudio Guantay Lagoria

Fotografía: José Rodríguez /Diego Rojo/ Nuria Maza

Diseño gráfico: Gonzalo Soriano/ Lucas Rodríguez/Sergio Álvarez

ISBN N°: 978-987-45348-2-8

Hecho el depósito que establece la Ley n° 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

A LA MEMORIA

A nuestros abuelos que se fueron, pero que en cada ciclo vital están volviendo.

Desde la matriz del pensamiento milenario de la América Profunda, nuestros abuelos no mueren. Están yendo y viniendo. Transitando el camino a nuestro lado para recordarnos y “estar haciendo juntos”.

Para nuestros abuelos culturales, la sabiduría y la espiritualidad no son el pasado muerto sino el pasado vivo encarnado en el presente con sus cambios históricos, sociales y culturales.

Es el renacimiento constante de la vida que se nutre de la memoria colectiva.

*“La vida para el indio es cosmos. La vida es eterna renovación.
Mi cráneo y mis sesos cuando sean tierra, en vez de pensamientos darán flores.
Y las flores, cuando sean cerebro, darán pensamientos”¹.*

¹ Reinaga, Fausto (1974): El pensamiento amáutico, citado en pág. 85/86: Del Carpio, Viviana y Miranda Luizaga, Jorge (2008), *Gestión Pública Intercultural*. La Paz, Bolivia: INAP – SNAP.

DEDICATORIA

A los abuelos que no pudimos entrevistar por las limitaciones materiales para realizar el presente trabajo, pero que anónimamente fortalecen y están presente en la “voz alta” de los siguientes abuelos, con quienes felizmente hemos construido un diálogo cultural:

ANGASTACO

Adela Cabezas
Francisca “Pancha” Herrera
Julia Vilte
Julio “Chololo” López
Santos Cirilo Díaz
Constantina Cutipa
Crespín Cruz
Cruz Cardozo
Elvira Agüero
Evita Corregidor
Mercedes Alancay
Inocencio Pastrana
“Tuco” Rivero
Elena Cruz
Susana Carral
Feliciano Fabián
Juan Cruz
Lisandro Figueroa
Leonardo Gutiérrez

SAN CARLOS

Toribia López
Julio Díaz
Audelio “Lelo” Carrizo

Reymunda Mamaní
Vicente López
Petrona López
Robustiano Herrera
Julio “Ñato” Flores
Eladio Quintín Salgado
Lino Escalante
Dionicio López
José Rodríguez
Hugo Odilón Carral
Eulalia Carrasco

SAN LUCAS

Zenón Díaz
Margarita Mamaní

LA VIÑA

Solana López

SAN RAFAEL

Paula Villanueva

CORRALITO

Ángel Mamaní

SAN ANTONIO

Luciana Escalante
Nazario Aquino
Fidela Mamaní

ANIMANÁ

Pascual Rodríguez
Lucía López
Anastasia Coria
Vidal Guaymás
Máximo Vera
Mirta Cardozo
Estanislada Alarcón de Cardozo
Celestino Meriles
Gabriel López

Marciana Carrizo
Margarita Ríos
Mercedes Alarcón
Julia Díaz
Ofelia López
Lilia “Cuca” López de Torino
Edmundo Cutipa
Nital Díaz
Benita Guaymás

ISONZA

Benito Tolaba
Guillermina Tolaba
Sergia Gaspar

AGRADECIMIENTOS

A la Red Latinoamericana PA.C.AR.IN.A (Parlamento Cultural Articulador de Investigadores de la Andinia)

Al Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (Pami INSSJP - Delegación Salta).

Al Senador por el Departamento San Carlos, Provincia de Salta, Arq. Héctor Edgar Mamaní.

A la Diputada Provincial de San Carlos, Provincia de Salta, Sra. Cristina Rodríguez de Tula.

Al Ministerio de Cultura y Turismo de la Provincia de Salta.

Al Sr. Intendente de Animaná, Provincia de Salta, Profesor Rolando Guaimás.

A los miembros de la Secretaría de Turismo y Cultura de la Municipalidad de Animaná, Provincia de Salta.

Al Director de la Escuela de Educación Técnica n° 3157, Profesor Ángel Rafael García, y a su comunidad educativa.

A la Comunidad Diaguíta Calchaquí Pucara - Angastaco.

Al Sr. José Rodríguez, vecino de San Carlos, Provincia de Salta y defensor de los derechos de los pueblos calchaquíes.

A nuestros compañeros de la vida, Licenciada Patricia Schneier y Arqueólogo Carlos Aschero.

A todos los familiares de los abuelos que participaron de este trabajo de investigación.

A Paulita Villanueva, pastora calchaquí, activa colaboradora y miembro del Colectivo Rescoldo.



EL CAYLLE

Según Lafone Quevedo², el “caylle” o “caijlle” es una palabra de la lengua cacana de los antiguos diaguitas calchaquíes. Agrega el autor, que así se denominaban a las figuras o rostros humanos impresos en placas metálicas hechas en forma de pectorales. El jesuita Pedro Lozano escribía: “las ponían con grandes supersticiones en sus casas, en sus sementeras y sus pueblos”³.

Desestimando esta interpretación, nos inclinamos a una revalorización de tan valiosa herramienta cultural, cuya simbología fue elaborada y utilizada por los antiguos sabios o Achachilas calchaquíes con la finalidad de “estar recordando” cómo funciona la naturaleza y la tarea de todos por cuidar la vida.

En la representación de tapa del caylle, encontrado en Pucarilla (San Carlos - Salta), aparecen el cuadrado y el círculo referido a lo masculino y lo femenino. Dos elementos que se complementan y forman la Cruz Andina, es decir la Chacana, que representa el origen de la vida. La misma remarca que todos hemos sido paridos, que cada uno necesita del otro. Las partes adquieren dimensión cuando se vinculan entre sí, cuando se complementan, como el tiempo y el espacio, el sol y la luna, la tierra y el agua, el día y la noche, la época seca y la época húmeda.

² Referente a comentarios de Lafone Quevedo citado por Raffino, Rodolfo, op. cit.

³ Raffino, Rodolfo (1993) “*El Caylle de Lafone Quevedo*” en Revista Museo N°1 – Vol. 1. Fundación Museo de La Plata “Francisco Moreno”. Pag. 14

Enmarcado en un disco que representa al sol, la figura humana está dispuesta entre los jaguares que, como guardianes, simbolizan los comportamientos opuestos que deben complementarse en la búsqueda del equilibrio, para estar haciendo bien las cosas. Las colas de los felinos representan a Yacumama y Sachamama, las dos sierpes celestiales, el rayo y el arco iris, presentes en los ciclos (en forma de espiral) vitales de la fertilidad.

Una herramienta cultural para “recordar” y “estar haciendo juntos”, para que la vida sea plena.

DE LOS AUTORES

Adriana Zaffaroni

- Doctora en Ciencias Sociales por la UBA. Directora del Centro de Investigación de Lenguas, Educación y Culturas Indígenas (CILECI) de la Universidad Nacional de Salta, Argentina. Investigadora del CIUNSA, Profesora Titular de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta. Autora de libros y publicaciones en revistas.
- Cofundadora y Presidente Honoraria de la Red PACARINA (Parlamento Cultural Articulador de Investigadores de la Andinia).
- Cofundadora y Presidente de la Fundación Rescoldo.
- Directora de la Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades PACARINA.
- Vicepresidente 2^a de la Asociación Argentina de Sociología (AAS).
- Asume su raíz cultural indígena por parte de su abuela materna, Antonia Ramírez, tehuelche, quién fuera “negada como madre” en la partida de nacimiento de su hija, expedida por el Estado Argentino.

Gerardo Choque

- Co-fundador de la Fundación Rescoldo y miembro del Centro de Investigación de Lenguas, Educación y Culturas Indígenas de la UNSa.
- Secretario Ejecutivo de la Red Latinoamericana PACARINA

(Parlamento Cultural Articulador de Investigadores de la Andinia).

- Asume su raíz cultural diaguita por parte de su abuelo paterno, Adolfo Choque, albañil y trabajador minero, oriundo de Cachi, Valles Calchaquíes, Provincia de Salta.

INDICE

Presentación	17
Prólogo	19
Introducción	25
La memoria de los abuelos	33
I. Los “hijos del viento”	35
II. El mensaje de los antiguos	45
III. Prácticas de espiritualidad	51
IV. Memorias del desarraigo	73
V. Las fiestas populares	83
VI. La sabiduría viene de la tierra	93
VII. El juego laborioso para la crianza	105
VIII. Prácticas saludables ancestrales	119
Glosario	133

PRESENTACIÓN

Desde niño, atesoro en mi corazón las enseñanzas de mis queridos tatas. “A golpe se aprende chango”, sentenciaban. Así se aprende, así se valoran las cosas.

Recordando, cada día en San Carlos, en Angastaco, en Animaná o en Amblayo, es un canto a la vida. En este territorio cultural, el pueblo calchaquí trasciende en memoria viva desde las entrañas de la tierra.

Este es mi pueblo, de palabra firme, de corazón noble, siempre haciendo las cosas justas y necesarias, siempre dispuesto, generoso, pero por sobre todo agradecido. Esta es la enseñanza que nos legaron los abuelos.

Nosotros los vallistos, somos todo eso, puro corazón. Pero por sobre todo, respetuosos de nuestros ancestros, una cultura milenaria que se sigue materializando en las prácticas cotidianas. Somos gauchos, somos descendientes de los antiguos calchaquíes, todo eso somos.

Celebro entonces el esfuerzo del Colectivo Rescoldo, el de nuestros queridos abuelos y de aquellos vecinos que colaboraron, partícipes de una experiencia de investigación que se ha propuesto ante todo revalorizar la voz y la práctica del actor social y, de esta manera, visibilizar la actual persistencia de la sabiduría ancestral de los pueblos calchaquíes.

*Arq. Héctor Edgar Mamani
Senador Provincial
Dpto. San Carlos - Salta*

PRÓLOGO

Con particular satisfacción, ponemos a consideración este libro que resulta del esfuerzo conjunto de un puñado de voluntades que, sin mayores recursos, han transitado un camino tan esclarecedor como necesario, una tarea colectiva dignificante y reivindicativa de los abuelos calchaquíes, portadores de una sabiduría ancestral invisibilizada durante siglos.

El protagonismo de este libro lo tienen los abuelos a través de su palabra, no hay traducción ni interpretación, hay una apuesta a una escritura literal sin intervención del saber académico hegemónico.

Nuestro trabajo es entonces una tarea colectiva, por una parte los miembros del Colectivo Rescoldo, conformado por estudiantes, docentes, investigadores universitarios y referentes sociales que dan vida a un espacio participativo que impulsa el intercambio a través de la Red Pacarina, mediante acuerdos institucionales propiciando la articulación de investigadores de América Latina. Desde este contexto se prioriza la producción de conocimiento, la formación de investigadores y la intervención sociocomunitaria, tareas orientadas a la recuperación de la memoria colectiva, el fortalecimiento de la identidad cultural y el abordaje de acciones reparatorias de las culturas milenarias de la región.

Me permito resaltar en este sentido que la Red PA.C.AR.IN.A. (Parlamento Cultural Articulador de Investigadores de la Andinia), construye aquella trama de articulaciones entre grupos de trabajo del campo de las Ciencias Sociales, compartiendo sus producciones científicas en términos de reciprocidad.

De igual modo, en virtud de acuerdos de cooperación, destaco la gestión desarrollada de la Red PA.C.AR.IN.A. junto al Senador Provincial por el Departamento San Carlos, Arquitecto Héctor Edgar

Mamaní, el Intendente de Animaná, Prof. Rolando Guaimás, además de los vecinos de los municipios de Animaná, San Carlos y Angastaco, sin cuyo sostén no hubiera sido posible recalar en el seno del Departamento y materializar este trabajo, cuya edición completa será distribuida en forma gratuita en la comunidad y entidades culturales.

Especial mención entonces, merecen los protagonistas de esta experiencia, es decir aquellos abuelos con quienes abordamos la valiosa tarea de un diálogo intercultural e intergeneracional de características inéditas.

Para el equipo, este era el desafío que se había planteado, a partir de una demanda concreta de la comunidad, en el sentido de poner de relieve los conocimientos, las vivencias y las prácticas del pueblo calchaquí a través del relato de quienes portan la memoria, es decir, los abuelos.

Esta experiencia tiene sus primeros antecedentes en los valles calchaquíes cuando desarrollamos una gestión asociada con la Comunidad India de Quilmes (CIQ) en el actual territorio de la Provincia de Tucumán, con quienes realizamos talleres y jornadas de reciprocidad intercultural que permitieron establecer un vínculo entre el espacio académico y los actores sociales, compartiendo herramientas culturales que contribuyeron al proceso de recuperación identitaria, construcción de memoria y fortalecimiento de la organización de dicha comunidad. En este contexto se produce la edición de Kakanchic⁴, “Pájaro de las Tormentas”, publicación que condensa la memoria de resistencia y cosmovisión de los Quilmes.

Simultáneamente y desde la Red PA.C.AR.I.NA., se pone en marcha un proyecto de coinvestigación en el Departamento San Carlos, que consiste en la habilitación de un nuevo espacio de intervención territorial e indagación, que involucra a pueblos y parajes de los Municipios de Animaná, San Carlos y Angastaco.

Abordando los procesos de reorganización y recuperación de la memoria, se promueve una línea de trabajo que denominamos **Los Rostros de la Memoria**, un rescate desde la palabra de los abuelos del Departamento de San Carlos, una construcción colectiva de co-

⁴ Zaffaroni, Lajo, Chaile, Choque (2011). *Kakanchic. Pájaro de las Tormentas. La resistencia del pueblo Quilmes*. Salta. Ed. Milor.

nocimientos como aporte a la necesidad de recuperar el pasado para poder imaginar el futuro, con la certeza de transitar un mundo “otro”, más justo y armónico. En este marco se incluyen diversas actividades tales como una muestra fotográfica, talleres con estudiantes secundarios, elaboración de audiovisuales y la publicación del presente libro.

Intentamos contribuir a la sistematización del pensamiento latinoamericano que ponga en valor la sabiduría indígena y popular de los territorios culturales de la región calchaquí, cuya cosmovisión y práctica se caracterizan por el cuidado de la vida, alimentando otras dimensiones saludables para fortalecer vincularidades sociales de diversidad, reciprocidad y complementariedad.

Dicha sistematización toma aportes de Rodolfo Kusch⁵ (1922-1979) quien a través de su “Antropología Filosófica Americana”, incorpora conceptos orientados a descubrir lo popular y rescatar la potencia de su crecimiento.

Para adentrarnos en el conocimiento de la cosmovisión andina, acudimos a los invalorable aportes del filósofo indígena peruano Javier Lajo⁶, que nos permiten visibilizar su simbología y paradigmas ocultos tras las “máscaras” de la colonización española y la etapa republicana, respectivamente.

De igual modo, nuestra tarea ha sido guiada por la Epistemología del Sur, propuesta por Boaventura de Souza Santos (2011)⁷ quién, desde la llamada “*Sociología de las ausencias*”, amplía el presente a través del reconocimiento de diferentes racionalidades, conocimientos, prácticas y actores sociales. Una epistemología diferente que da credibilidad a las nuevas experiencias sociales contra hegemónicas. Un apronte inconformista que sugiere otra forma de involucramiento, análisis, investigación y construcción de teoría diferente de la tradicional, a partir del supuesto epistémico que sostiene que el pensamiento tiene un suelo y desde allí hemos de operar con el concepto

⁵ Kusch, Rodolfo (2000). *Obras completas*. Rosario: Editorial Fundación Ross.

⁶ Lajo, Javier (2011). *Cosmovisión andina*. Conferencia en el marco de la “Formación de tutores en el ámbito educativo para estudiantes indígenas. Dinamizando prácticas interculturales”, CILECI - UNSa.

⁷ Boaventura de Souza Santos (2011). *Sociología de las ausencias*. Disponible en: dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4231316.pdf.

de políticas del lugar. A esta forma de producción de conocimiento la llamamos coinvestigación. Es recrear un saber de lo social, que reconoce la vitalidad de los saberes académicos y de los colectivos sociales en procesos de reciprocidad, lo que genera capacidades y compromisos para “estar haciendo” juntos.

Acudimos entonces a la coinvestigación como propuesta epistemológica “otra”, donde se hacen visibles las múltiples lógicas locales de producción de culturas e identidades, prácticas ecológicas y económicas que emergen sin cesar de diversas y distantes comunidades de todo el mundo, especialmente en Latinoamérica, marcando la perspectiva de lo situado e instalado desde la diferencia.

Fortaleciendo la propuesta, rescatamos los aportes de Arturo Escobar (1999)⁸ que señala la importancia de generar *conocimiento situado*, esto es, apostar por estilos de investigación social cuyas producciones estén vinculadas a las realidades socio-históricas, es decir, al lugar. Desde allí es que la coinvestigación se preocupa por la naturaleza del lugar, del territorio y la construcción de subjetividades y relacionamientos en torno de éste.

Reafirmando la coinvestigación como un horizonte de posibilidad para el cambio en los colectivos sociales, también queremos destacar el carácter decolonial de esta investigación que se fundamenta en un diálogo experiencial. Según Daniel Mato⁹, en el ámbito de la academia pervive aún la visión de ese imaginario subalternizante de la investigación cada vez más hegemónico en las universidades latinoamericanas, que induce de entrada a deslegitimar la producción intelectual de los actores sociales con quienes se investiga. La coinvestigación invierte esa primacía de las prácticas académicas para colocar en el eje central las prácticas de reflexividad de los colectivos, que no son otra cosa que conocimientos y saberes desplegados en la práctica. La coinvestigación permite decolonizar en clave críti-

⁸ Escobar, Arturo. (1999) *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar*. Disponible en: www.unc.edu/~aescobar/text/esp/lugardenaturaleza.pdf

⁹ Mato, Daniel. (2001) *Diversidad cultural e interculturalidad*, disponible en: unesdoc.unesco.org/images/0018/001838/183804s.pdf.- Diversidad Cultural e Interculturalidad en Educación Superior. Experiencias en América Latina. Daniel Mato. Coordinador.

ca y propositiva la generación de conocimientos dentro de la misma academia. A modo de prueba, solo basta observar la casi nula existencia en los anaqueles de producciones literarias y científicas referidas al Departamento San Carlos, donde la palabra primordial sea la del protagonista.

La apuesta es por un proyecto de investigación reparador, es el inicio de un proceso de valoración de la experiencia milenaria de la cultura calchaquí, asentada sobre la base del respeto pluricultural y pluriétnico.

Este trabajo colectivo es un pequeño aporte a la divulgación de las prácticas calchaquíes, una humilde semilla, aventada por la fuerza de un pueblo que, a pesar de su memoria trágica, nos convoca esperanzado a la construcción de un nuevo tiempo.

En esta publicación nos proponemos hacer memoria desde la fuerza ancestral de nuestras culturas, desde la propuesta paritaria y de complementariedad de los opuestos, un camino reparador que, sin duda, teje prácticas de reciprocidad.

Los descendientes calchaquíes, en esta recuperación de la memoria, son una Pachamama viva, un camino fértil que nos invita a reflexionar, para cuidar la vida. Decolonizar nos llama a involucrarnos en el estar, contribuyendo con las voces de este libro a un proceso de recuperación de “otra historia”, una narrativa desde la voz de los calchaquíes, una ausencia de siglos que es necesario mostrar y visibilizar.

Esta propuesta es una astilla, una “chala” del añoso algarrobo. Desde su sabia vertebral, se ha de intentar construir las herramientas culturales necesarias para “re-inventarnos”. La voz de los abuelos resulta entonces trascendente. Su aporte ha sido cuidadosamente respetado a tal punto que, en este libro, se transcriben sus manifestaciones textuales, aquellas que surgen de las historias de vida realizadas.

Desde el “estar haciendo”, nos proponemos hacer una tarea pedagógica liberadora e intercultural para restañar la herida colonial que sigue abierta. Tarea necesaria para visibilizar a “los otros”, para reparar tanto olvido, tanta heredad vergonzante.

Dra. Adriana Zaffaroni

INTRODUCCIÓN

No hace mucho, en el paraje San Rafael, a pocos kilómetros del Pueblo de San Carlos, en pleno corazón de los Valles Calchaquíes, conocimos a Evaristo Villanueva. Flaquito y vital, con sus setenta y pico de años en aquella época, andaba como un junco en los arenales del río Calchaquí.

El ya se ha ido, por un río caudaloso de estrellas, pero está volviendo alimentando la greda que han de parir nuevas y generosas ollas de barro, donde el tulpo caliente ha de congregarse a una multitud de changuitos calchaquíes, un puñado de semillas que el viento, nuestro hermano más importante, ha de dispersar por los cerros para engendrar la vida.

Yendo y viniendo. Así andan nuestros abuelos por los caminos polvorientos calchaquíes. Pleno sol de verano, agreste rojo de la tierra curtida, incandescente brasa milenaria que se levanta desde abajo, un halo transparente y calcinado, horizonte caliente que se dilata en las pupilas, playa ardiente donde juega el hombre milenario que vuelve, estoico guerrero que estremece con su mirada, esos ojos pequeños y vigorosos que nos atraviesan para conmovernos, para remover nuestros tímidos arrebatos libertarios, temerosos de perder lo poco que nos queda, adormecida conciencia que anda a los tumbos sin ver que es posible levantarnos si estamos juntos...

Memoria gris la nuestra, que se entrega ante la sonrisa eterna que se desgrana develadora, como el maíz en sus bocas, de dientes blancos y parejitos que alimentan el espíritu, un don de compartir, de dar su existencia plena, para comenzar a desentrañar la experiencia de donde intentar una vez más armonizar la vida.

Hombres y mujeres laboriosos, que andan jugando a vivir jugando, invitando a todos al gran festín libertario de la cosecha, a sus

hijos, a sus amigos, a todo aquel que anda cerca. Para emparvar el trigo, para pescar unos bagres en el río, para limpiar las acequias, para montar en las quebradas, pastoreando cerros milenarios, entre los restos de ollas, vasijas, urnas funerarias, expuestas y deshechas por la mano criminal de los “huaqueros”.

Calchaquíes apasionados, que saben cuidar la vida, que engendran sus hijos, que engordan la tierra, que acarician su perro, que maman de las estrellas su conciencia cósmica, que anda aprendiendo silbos de nuestros hermanos los pájaros, que endulzan la boca de tuna blanca para entonces enamorarse de sus parejas. Paritarios siempre, sus dos manos, sus dos ojos, sus inviernos y veranos, sus días y sus noches se complementan para armonizarnos.

Su paz, esa íntima transparencia, es silencio aprendido por milenios. Es respetar los tiempos del cosmos, es el esfuerzo tesonero por restablecer el equilibrio, es el mandato de la tierra, lo que la Pacha enseña, prodigarnos para que el “otro cultural”, ese que no supo ver su sabiduría vuelva con nosotros, para querernos, para transformar su violencia refractaria en un tono diverso.

En aquella convivencia interminable con nuestros abuelos, estamos restableciendo ese diálogo que nos debemos con nuestra gente, con los descendientes de aquella civilización milenaria diaguito calchaquí. Ellos nos devuelven la identidad, nos conmueven y nos hacen dignos. Ya nada nos separa desde que asumimos nuestra pertenencia identitaria, vamos volteando de a poco las alambradas que lastimaron la tierra, esas fronteras vergonzantes de la ambición, herida colonial que duele pero que a la larga ha de sanar.

Nuestros abuelos no son solo nuestros mayores, son nuestros abuelos culturales, nuestros Achachilas, nuestros abuelos trascendentes, estrellas con luz propia, plenas de memoria y sabiduría. Con todos ellos necesitamos hablar, necesitamos sanar las heridas, las profundas heridas de la conquista, la violenta afrenta del inquisidor, los gritos esparcidos por el huayra de madres despeñadas, de látigo y cuchillo, de risotadas grotescas que se burlan del indio, del pan escaso, de los hijos descalzos, del exilio obligado, del abrazo dolido, del llanto, del sudor, del sol testigo, de un ejército de cardones, inmóviles guerreros custodios del silencio que esperan y saben que su pueblo regresa.

Nuestros abuelos andan transitando desde tiempos remotos los polvorientos caminos de la tierra calchaquí. Inalterables, se inclinan ante un montículo de piedra. Es una Apacheta. Sienten que están vivos. Herederos de una milenaria cultura, están agradeciendo, están recordando en la copla: **“Aquí nacimos/Aquí nos quedamos/Aunque no estemos/seguimos estando”**.

Entonces los abuelos, los achachilas, nos recuerdan que en aquel emotivo momento, estamos restableciendo un diálogo con nuestros hermanos, con la naturaleza, con el cosmos. Es un momento de profundo regocijo para fortalecer los lazos de hermandad, es un momento cariñoso, una conversación afectuosa y de agradecimiento.

La espiritualidad entonces no es otra cosa que el recorrido respetuoso y necesario por las sendas de la memoria colectiva que es la experiencia acumulada por los abuelos culturales, es la fortaleza de lo realizado, es el pasado que nos prodiga las herramientas culturales para reiniciar un nuevo tiempo, para reinventar el mundo, para recrear nuestras propias experiencias para que la vida siga, para “estar haciendo” bien las cosas, sopesando, es decir, buscando la medida justa para que la vida fluya armónica y plena para todos.

Durante siglos, el legado cultural que nos transmiten nuestros mayores, de generación en generación, forjaron un camino de profundo diálogo con la naturaleza. Jubilosamente, ella nos convoca a la gran fiesta de cuidar la vida y nos enseña a “estar recordando” como ella se engendra, es decir como funciona el cosmos y de esta manera, “estar haciendo” hermanados en la gran tarea de la crianza. Los andinos decimos que cuidar la vida, es cuidar la “wawa”, y la wawa somos todos.

La enseñanza de los abuelos dice que hay que estar retornando hacia adentro, hacerse madeja para sentir fuertemente, desde lo profundo del afecto, para luego desovillarse hacia afuera, para sentir, para pensar, para recordar, para respetar, para sopesar, para estar haciendo.

Es el sentido desafiante de las abuelas vallistas que andan hilando en los polvorientos caminos calchaquíes. Ellas están recordando y “nos están recordando” que también el tiempo es paritario y que hay un tiempo de ida y otro de vuelta.

Seamos como el remolino dicen, el Huayra Muyuy, el viento circular, que se hace ovillo que se hace fuerte y cariñoso, para luego soltarse, para “estar haciendo”.

Aquella herencia cultural pone de relieve que así funciona todo. De a pares. Esta sabiduría, este orden cósmico está representado simbólicamente en la cruz andina más conocida como “chacana”, simbología que se muestra tallada en la piedra desde hace miles de años en los grabados de los cerros de San Lucas y San Antonio.

Lo masculino y lo femenino, lo cuadrado y lo circular, complementándose. Juntos representan el origen del cosmos que es la paridad, dos elementos hermanados. Remarca que todos hemos sido paridos, que cada uno de ellos necesita del otro. El horizonte se mira de a dos, como los ojos, cada uno mira una parte y esas partes hacen el todo. Las partes adquieren dimensión cuando se vinculan entre sí, cuando se complementan, como se complementa el tiempo y el espacio, el sol y la luna, la tierra y el agua, el día y la noche, la época seca y la época húmeda.

Complementarse es la búsqueda del punto justo, del equilibrio, es el estado deseado para que las partes se realicen armoniosamente y de esta manera se manifieste el “buen vivir”.

La memoria colectiva es no sólo el recuerdo de lo que hemos producido juntos, sino la base para seguir haciendo. La memoria es el recuerdo que atesoramos entre todos. Es la construcción acumulada por lo comunitario como sujeto colectivo en un proceso socio histórico y cultural irrepetible. La historia, es la “interpretación académica” que los Estados, el poder, los gobiernos, hacen de lo sucedido. Frecuentemente, la historia pone en duda la memoria colectiva, porque en definitiva, la memoria es la voz del pueblo que levanta testimonio de lo sucedido. Sin memoria, sería imposible saber quiénes somos.

Desde nuestros abuelos, recordar es un ritual colectivo, es un tinkuy, es decir un encuentro para actualizar y fortalecer los vínculos comunitarios. Por eso la memoria está viva. Este asumir y asumirnos, este recordar permanente, es reconocernos en el espejo de la memoria de nuestro pueblo. Es la identidad, es lo que somos, es la identidad en la diversidad; pero también es estar, donde estemos,

donde nos haya tocado luego del desorden y el silencio impuesto por la conquista europea, siempre recordando que en este largo camino hacia el retorno del equilibrio hay que estar pero haciendo, haciendo bien, dialogando, debatiendo, exigiendo, luchando, tensionando, para complementar las dos culturas contrapuestas, todo el tiempo que sea necesario hasta que occidente entienda que la vida es sagrada y que hay que cuidarla.

A propósito, recordamos entonces a Sebastiana, aquella abuela calchaquí, que en vida habitara el paraje de San Lucas, cerca del pueblo de San Carlos.

Todos los años gestaba con sus nietos un encuentro colectivo para estar recordando, para “estar haciendo juntos”. Cada verano recibía a sus nietos en San Lucas, ellos viven en la gran ciudad, donde migraron sus padres en búsqueda de trabajo.

Luego de un año en la escuela de algún barrio de Salta o de Tucumán, volvían para aprender las cosas de la tierra. A juntar higos y duraznos, a dar de comer a los pollos, a recoger los choclos que sembró la abuela. Ella, como el Ekeko, les había regalado a cada nieto una herramienta: un machete, una azada, una ichuna, para labrar la tierra, para limpiar el campo.

“Chango -decía la abuela- juntáte unas chamizas para avivar la olla”. “¿Quieren comer humitas?”; “Tomáte este té de churqui, es pal corazón”. “¡Vení, changuito! Que te limpio la chunca (pierna)”. “Anoche dormí mal i’ amanecióñusa”. En su doble lengua, mezcla de castellano y quechua, hemos vivenciado junto a ella esta maravillosa experiencia comunitaria. Niños felices de compartir. Más tarde, el bollo calentito salía del horno y se partía en pedacitos para acompañar el mate cocido reconfortante. El primer pedacito es para la Pachamama. La pequeña cocina de adobe albergaba las voces alegres de los niños junto a la abuela. Sin darse cuenta del tiempo, iban bebiéndose las últimas luces de la tarde, como si nada.

En aquel lugar, al frente, un gran peñasco a la vera del río. En las alturas están los vestigios de sus ancestros. “Ahí vivían los antiguos, nuestros tatarabuelos”, decía uno de los changuitos. Como si algo faltara para saber de que acá, en este lugar, vivieron siempre los hijos de un pueblo memorioso.

Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Acaso no fueron exterminados, desterrados de sus tierras? ¿Cómo pudieron sobrevivir a tanta violencia y muerte? ¿Cómo resistieron a lo largo de centurias? ¿Qué fuego alimenta la conciencia? ¿De dónde proviene aquella fuerza que no cesa en sostener esta epopeya colectiva?

Sin dudas es una fuerza milenaria. Es la sabiduría de los indígenas que ha perdurado en la re-existencia misma.

Por eso resistir, no es sólo un estado emocional, no es sólo el deseo de aquellas vidas sometidas de ser libres. No es sólo el reclamo de los derechos perdidos ni la sed de venganza que los perturba.

La re-existencia para la cultura milenaria de los pueblos calchaquíes, es el eterno retorno, la vida en ciclos, como el invierno y el verano, la noche y el día, es re-comenzar, por que cuando algo termina, algo nuevo comienza. Re-existir es re-inventar, es re-crear, Es la experiencia colectiva renovada e irreplicable. Pero lo nuevo no existe sin lo que termina. “La vida es constante, solamente es recambio de turno, la vida como la muerte es un ciclo vital, la semilla muere y da paso a la planta, la planta muere y da paso al fruto, el fruto muere y da paso a la semilla”¹⁰.

El eterno retorno al punto justo, al lugar donde el mundo debe estar para que haya vida, dando lo justo y recibiendo lo justo, haciendo bien las cosas.

Para los calchaquíes la diáspora, es el tránsito obligado para retornar a la vida plena, es el tiempo y el espacio en movimiento. Es un estado de conciencia colectiva, es la voz de la tierra que nos reclama una tarea ordenadora. Es el rayo en su búsqueda luminosa dispuesto a empuñar la tierra, mojada de lluvia.

La diáspora es la dispersión de nuestros abuelos culturales por largos caminos de pena y sacrificios, desparramados en los confines de la tierra por la voluntad perversa del conquistador europeo.

La diáspora, es el pueblo calchaquí en movimiento en un tiempo de ida, como un corazón que se expande; desde aquella diáspora se vuelve, es el tiempo del retorno, es el corazón que se retrae.

¹⁰ Choque Huanca Céspedes, David (2009). *VII Encuentro del Cóndor y el Aguila*, edit. Fondo Indígena / UNESCO, pág. 74. Disponible en: www.bivica.org/upload/encuentro-condor-aguila.pdf.

La diáspora entonces, no es el desánimo, todo lo contrario, es emprender la tarea desde aquel mismo instante para el “eterno retorno” de la vida, es asumir la fecunda virtud de la semilla arrastrada por los vientos para brotar. Es el tiempo que hoy nos toca vivir.

Del relato de los abuelos culturales emerge que el mundo es una gran chacra donde todos los comuneros que forman parte de la naturaleza están dedicados a la crianza afectuosa y respetuosa, sin jerarquías. La práctica agraria es el eje articulador, todos somos sembradores de la vida y en todos sus órdenes.

Sembrar es una gran fiesta, estamos todos criando la vida, es un juego laborioso, es una conversación colectiva.

Pero la siembra no es fructífera sin el agua prodigiosa. Su escasez merece la especial atención en el territorio calchaquí. El equilibrio del mundo es una tarea de todos. La lluvia es la manifestación anunciadora de que la vida sigue. Para “estar recordando” que debemos cuidar la vida, los fenómenos estelares se representan observando el comportamiento y las cualidades de los animales que participan de aquella fiesta paritaria del cosmos.

El suri produce aquella polvareda que se observa como nubes, el cóndor paritario (Kakanchic), que está observando desde lo alto, se decide a soplar y a soplar. Es el viento que se vincula con las nubes para producir la lluvia. La lluvia llega, con el fulgurante relámpago en medio de los truenos, como una gran víbora que estalla en la tierra, trayendo consigo el agua que moja su vientre y produce la vida. La lluvia tiene su ciclo. En el principio y en el fin de la lluvia está el arco iris, otra gran serpiente que cruza los cielos. Yacumama y Sachamama. Las dos serpientes entrelazadas en las colas, simulan una gran serpiente de dos cabezas. Representan el tiempo paritario, un tiempo de ida y un tiempo de regreso.

Los hijos del viento están retornando. Es la identidad que necesitamos para que la vida siga. Cuanta sabiduría fluye desde las piedras, desde las huacas diseminadas en el territorio calchaquí, pero sobre todo desde la voz y la práctica cotidiana de nuestros abuelos calchaquíes.

Confieso que para nosotros, quienes hemos tenido la suerte de conmovernos, de apasionarnos, de paladear cada relato, existe el

compromiso de reivindicar la identidad cultural y la memoria colectiva del pueblo calchaquí.

Creo tener la certeza de haber entendido el mensaje de los abuelos de ahora y de siempre, los sabios tutelares, los que modelaron la geografía, los que construyeron una cultura, los que nos protegen, los que nos ayudan, los que nos recuerdan que **la “wawa” es el mundo donde vivimos y que criarlo, es tarea de todos.**

Gerardo Choque

LA MEMORIA DE LOS ABUELOS

*“La wawa es el mundo donde vivimos...
Los abuelos nos recuerdan como criarlo”*

LOS “HIJOS DEL VIENTO”

Hoy, en este libro, cobran altura las “voces bajas” de los abuelos mostrándonos la envergadura de nuestra heredad cultural lo que ineludiblemente nos lleva a preguntarnos, ¿cuáles son los soportes de la identidad de los pueblos calchaquíes?

En la América Profunda el “bullicio popular” de miles de migrantes y desplazados, afloran en los lugares más insospechados con un caudal de prácticas culturales propias, lejos del pago. Una luz en medio de tanto desconcierto. Son las madres y abuelas aymaras que andan por las calles de las grandes ciudades de Argentina ejercitando su soberanía alimentaria, ofreciendo sus papitas andinas y las hojas de coca; son los trabajadores “salteños” que para los carnavales se juntan en las “bailantas” del barrio de “Once” en la ciudad de Buenos Aires a entonar coplas y bagualas; es la comparsa de “indios” calchaquíes que canta sus nostalgias en las calles de la ciudad de Salta; lo llaman el “indio” villero que anda rescatando la memoria, construyendo conciencias. Pero también son los hombres y mujeres que andan “volviendo” a sus propias tierras, recuperando el territorio milenario, llevando consigo su cultura y esa profunda voluntad de restaurar la vida; así andan sahumando las casas en agosto; recordando a los difuntos en noviembre.

Pero también están los que siempre estuvieron, las abuelas de los cerros visitadas de vez en cuando por sus hijos migrantes en lejanas ciudades, las abuelas que se aferran a su querencia como los tolares a las piedras. Abuelas que siguen haciendo madeja con la puska, como el remolino, para recordarnos que hay que aprender a ser ovillo, fuerte y cariñoso para luego soltarse y “estar haciendo”. Pastores,

sembradores, tejedores, caminantes incansables que andan pregonando sus prácticas ancestrales.

Yendo y viniendo, el vallisto se hizo gaucho, curtido por el tiempo, domando un potro, arriando la hacienda, desandando las sendas milenarias del indio caravanero de los Andes.

Entonces nos volvemos a preguntar: ¿cuál es la identidad cultural del calchaquí?, de dónde viene?, es descendiente de los indígenas?, es heredero de los gauchos?, es mestizo, es un criollo?

La identidad es la acumulación de las experiencias milenarias de un pueblo. Solamente desentrañando la memoria colectiva nos permite reconocernos, aunque tantas veces aquella identidad se haya “ocultado” enmascarando sus prácticas para evitar las sospechas de un mundo hostil que condena y discrimina al diferente.

Dicen los abuelos, “somos hijos del viento”, por que el viento, es el hermano de la naturaleza más respetado desde los antiguos calchaquíes. Desde esta autoidentificación, nos proponen el desafío de reflexionar sobre la identidad cultural calchaquí.

“Somos de esas peñas coloradas, peñitas coloradas, bien coloradas”, dice Margarita Mamaní de San Lucas. “Quiero que me reconozcan como campesina o criolla”, coincide Margarita con Feliciano Fabián de Angastaco... Por su parte, Don Vicente López de San Carlos asume su pertenencia cultural diciendo: “somos coyas”.

Desde aquellas múltiples identidades, observamos en el relato de sus prácticas que todos afirman haber sido pastores, siempre junto a sus animalitos que les facilitaban la subsistencia.

Doña Constantina Cutipa de Angastaco, se reconoce como indígena y expresa “Nosotros somos y seremos indígenas, no más poé, criados y vividos en el cerro, somos diaguito calchaquíes, de los cerros de Pucará”.

Julio “Chololo” López de Angastaco y Audelio “Lelo” Carriazo de San Carlos dicen ser gauchos con diferentes matices en sus expresiones, afirmando que los gauchos surgieron en la época de Güemes, durante las batallas: “la escuela nos educó en la tradición del héroe, quien nos legó una nación libre e independiente, y así crecimos”.

“Soy de los cerros” es la expresión que está presente en el relato de los abuelos, contrariamente a la denominación de vallistos que hoy se les asigna a las personas que viven en los territorios del valle calchaquí. Los entrevistados en su mayoría dicen ser de los cerros, es decir serranos, siendo esta la principal característica identitaria. Vale la pena destacar que, según numerosos autores, a los habitantes de esta región se los conocía como “diaguítas” que, en la lengua quechua, significa serrano, es decir que vive en los cerros.

Los cerros donde nacieron y vivieron los abuelos son de diversos parajes que pertenecen al Municipio de San Carlos, tal es el caso de San Lucas o de San Rafael, lugares en los cuales vivieron por generaciones sus familias. Muchas veces los patrones los llevaban a trabajar al monte, al paraje Monte Carmelo según nos relatan, también Animaná y otras veces a Cachi.

Muchos abuelos eran del cerro, del paraje San Lucas, cercano a la localidad de San Carlos, de allá vinieron. Finalmente regresaron a los cerros, tal el caso de Reymunda Mamaní a quien llevaron al pueblo de San Carlos a los 8 años: “Andaba por el campo con las cabras... cuando trabajaba cuidaba cabras del patrón. De la finca de Los Parrales que antes le decían del Wayar. Y Cuando me casé me mudé para San Carlos. Me he criado en el Paraje San Lucas de allí son mis abuelos”, nos cuenta.

También recuerda que “Antes las madres y los abuelos eran bien ordenados y decían esto van hacer y eso había que hacer; les enseñaban y le daban tarea, además de cuidar las cabras, la lana con la pushcana era una actividad importante. Mis abuelos se han terminado ahí en el cerro... soy del cerro, del valle, paraje San Carlos, después me he criado en el paraje San Lucas... de ahí son mis abuelos... de ahí cuando ya me he casado me han traído para aquí a San Carlos...”

...Primero me tenían allá en el cerro y después me han traído al monte, paraje del monte, Monte Carmelo le dicen, me he criado cuidando cabras ya cuando he sido más grande con los patrones, yo he nacido allá en el cerro ...allá en el calchaquí... de ahí me han traído del paraje de allá de Animaná para Cachi en el monte... y he sabido

cuidar cabras del patrón... patrón dueño de esa finca dueño de los parrales... le decían antes... del Wayar.

...Nosotros, yo cuando salí al campo de doce años de 10 de 8 años ya andaba por el campo con las cabras...al campo .. y este... las madres los abuelos eran bien ordenao y decían esto van hacer y eso había que hacer, a mi me daban la lana con la pushcana...

..Dejé de cuidar cabras,, recién cuando tenía 13 años. Ahí me criado, allá en San Lucas, el paraje San Lucas le pertenece a San Carlos, de allá eran mis abuelos, del cerro, uno se han terminado ahí en el cerro, eran mis bisabuelos “.

Los abuelos rescatan de la memoria referencias sobre las comunidades indígenas que vivían en el cerro. Nos dice Don “Tuco” Rivero de Angastaco: *“Lo que he visto, o lo que decía la gente si, pero de leer porque alguien dejó escrito no. Yo digo de lo antiguo porque yo he visto, cavado y saqué lo antiguo, conozco la zona, todo el cerro me he recorrido, la zona Pampallana todos esos cerros anduve a caballo y se ve que los indios habitaron por las marcas que han quedado para siempre, porque la verdad que son piedras pintadas y chozas que quedaron. Por eso lo que la gente encontró de esas ollas con maíz, será maíz sin cosechar, que se yo, no habría mucha agua, lo que no te entiendo es que la gente vivía de la caza, y la cabra es salvaje y para acá también han sido así, y para mi que los chivos las cabras han sido salvajes y después lo empezaron a domesticar. Porque el indio comía así, el indio que se ha cruzado comía pescado, charata, el indio vivió siempre de la caza. El cacique mandaba, y eran indios, indio que tenía la chiripa, yo conozco a ese indio”.*

Recordando al Cacique Juan Calchaquí, Crespín Cruz y Juan Cruz de Angastaco dicen: *“ha peleado de la Poma hasta Quilmes, por eso es Valle Calchaquí, por el indio que se llamaba Juan Calchaquí. Ha venido peleando, no lo han podido matar, se ha ido a tirar en el cerro y ahí lo han agarrao los otros y lo han llevado a Buenos Aires en Quilmes. Pero cuando lo perseguían no lo encontraban...*

Leonardo Gutiérrez de Angastaco nos cuenta sobre la fortaleza de los indígenas: *“Habían indios fuertes. Juan Calchaquí era un indio*

fuerte que era de aquí del valle. No lo han podido matar, aquí cerca de Tucumán en un lugar que se llama Fuerte Quemado. Ahí lo han tenido que rodear en medio el monte y lo han tenido que incendiá. Por eso se llama Fuerte Quemado”.

Nos explica “Tuco” Rivero de Angastaco: *“Hubo un cacique muy poderoso que se llamaba Wachana y con el tiempo paso a llamarse Juan Calchaquí. Este le costó mucho a los conquistadores para dominarlo. Hasta que lo pudieron rodear en un bosque y quemarlo, por eso yendo para Tucumán hay un lugar que se llama Fuerte Quemado y es ahí donde lo han quemado”.*

Para Leonardo Gutiérrez *“el nombre Calchaquí, deriva de la chala del maíz, de cortar y amontonar en un rincón. Cuando las tribus hacían este trabajo, decían vamos a Calchañasqui. Con el tiempo se ha formado el nombre de Valle Calchaquí. Calchaquí significaba recoger las últimas cosechas y calchaquiar, significaban las primeras siembras.”*

Juan Cruz del pueblo de Angastaco, recuerda a los indios Angastacos y su lengua presente en la toponimia. La toponimia local conservó nominaciones indígenas. En este sentido nos dice: *“El río Angastaco que era de la tribu Angastaco, el río Uelfin que era de los Ualfin casi todos más o menos eran de los lugares de las tribus indígenas, el río Pucará de Pucará no es cierto, eh bueno, el río Grande se ve allá, pero el río de Pampayana, de Wasamayo, todas esas cosas están más o menos de acuerdo con los habitantes de ese tiempo, de como se llamaba el lugar, acá como te digo es Angastaco porque el pueblo es Angastaco por que la tribu que vivían acá eran los Angastaco, Angastaco en si dicen que viene del Kakan, que quiere decir agua del alta. yo estudiando leyendo más bien me voy que viene del quechua que quiere decir, poblado del algarrobal, ustedes si ven pueden ver que hay muchos algarrobos en todas partes, acá en la parte en la entrada del pueblo. conocía ríos que eran con nombres de acá, la gran mayoría son de la población de los indígenas. Todos, río Calchaquí, río Angastaco, río Guelfin, río Pucará del pueblo de indio. Pampallana, Wasamayo, nombres de indio. Se conserva todo nombre de río, los lugares la mayoría son nombres de indígenas, de los nativos que vivían acá. Angastaco lleva este*

nombre porque el cacique de este lugar se llamaba Angaco, de ahí deriva Angastaco”.

Don Leonardo Gutiérrez nos agrega: *“En 1547 se abrió una ruta desde el Perú. Que sería una ruta por tierra, los españoles primero llevaban el oro y la plata del Perú y de Bolivia por el Pacífico entonces le atacaban mucho los bucaneros, los corsarios, entonces han abierto una ruta por aquí por el Valle Calchaquí, pero por aquí también le atacaban mucho los indios y se cree que los indios le quitaban muchos tesoros y se cree que muchos tesoros están escondidos en las ruinas por acá, frente Guasaloma por ahí por esas quebradas por acá se cree que hay mucho tesoro escondido. ¿Qué más se dice? ...se abrió una ruta por tierra más llevadera para llevar el avio del oro, de la plata, en sentido inverso hacia el sur, lo hizo Diego de Rojas y sus compañeros en el noroeste argentino. Pasaron por Humahuaca, los Valles Calchaquíes, siguieron para Santiago del Estero y siguieron el río Salado. Sabían que ese llevaría al mar, y así fue, que el camino quedó abierto para llegar a las costas del Atlántico”.*

El idioma originario de los pobladores del Valle Calchaquí fue el kakán, presente aún en la toponimia y en el lenguaje cotidiano a través de palabras sueltas, aunque muchas veces mezclado con el quechua. Durante muchos años se dijo que el kakan había sido prohibido por los Incas. Nuevas investigaciones dan cuenta de que el kakan gozaba de plena vitalidad al momento de la llegada del español a la región calchaquí y convivía con el quechua que era la lengua que aceptaban todos los pueblos de la región de los Andes centrales con la finalidad de favorecer la interrelación de los pueblos. El Kakan desaparece abruptamente por imposición del castellano en los primeros tiempos de la evangelización llevada a cabo por los jesuitas y, más tarde, ya durante la República, a través de la obligatoriedad de la enseñanza del idioma español que se aplica en la Argentina a través de la escuela pública.

Crespín Cruz nos agrega: *“Angastaco significa pueblos del agua del alto... el abuelito de 100 años solía hablar en quichua...se perdió por el castellano y la escuela”.*

Leonardo Gutiérrez de Angastaco manifiesta: *“Estas tierras calchaquíes usaban el idioma quechua...caipicantay churacumi, quiere*

decir, aquí me largo a cantar...Misquimayu quiere decir río dulce y cachimayu río salado...”.

Crespín Cruz y Juan Cruz, ambos de Angastaco nos dicen: *“Hay nombres que hay en quichua todavía, como Picoyaco, porque de yaco era agua y pico era cerro, después el tacotui, el taco era el árbol y tui de la parte caliente, después por allá decía langostura y porque langostura? porque va y cierra por angosto. Creo nuestra lengua era el quichua ya nosotros no hemos aprendido a hablar, mis abuelos hablaban en quichua, hablaban palabras que no entendía, pero que se ponían a hablar en quichua y algo entendía”.*

Agrega Zenón Díaz de San Lucas: *“Con la lengua de antes se decía helacho y no helado, el viento era huayra, a la luna le decían mama quilla, al sol tata inti....cuando uno iba adoptando palabras españolas ya quedaba mal la otra lengua, Condorhuasi es una palabra de los antiguos quería decir Casa del cóndor”.*

Margarita Mamaní del paraje San Lucas, reconoce junto a otros abuelos la existencia de vestigios indígenas *“No sé qué indios eran, otros indios que habitan la zona... ellos hacían las ollas bien trabajadas. Los vestigios de los antiguos aparecían por la lluvia persistente que destapaba las ollitas vacías. La gente cuenta que hacían las ollas para ocultarse de todos los que llegaban al valle persiguiendo gente. Las ollas más grandes eran para que grandes y chicos pudieran esconderse y enterrarse en forma completa hasta que se fueran. Venían tiempos de Varela, venían a quererlo matar y empezaban a cavar y a enterrarse....se enterraban todos, todos.....dicen que hablaban quechua”.*

Retomamos el relato de Don Leonardo Gutiérrez, del pueblo de Angastaco, quién pone de relieve su satisfacción de contar historias de los valles: *“Yo, Leonardo Gutiérrez me estoy imponiendo como historiador, desde un rincón lejano de Argentina, en los Valles Calchaquíes de Salta, en este famoso Angastaco, en donde abundan los antigales, los cardones y la cerámica. Me impongo para ponerle letra a este pasado histórico aunque suene un poco raro para los lectores, pero yo lo armo en forma poética a este escrito que con una inspiración me nace desde el alma y lo llevo en mi pensamiento como un tesoro escondido, este relato histórico, evocando y*

recordando el indómrito indio que nos donó estas tierras con su salvajismo, su audacia y su ferocidad. Yo, a través de mis ancestros, de las generaciones originarias pasadas y de mi imaginación he logrado poner voluntad en este tema.

..Solo los primitivos habitantes de este valle, estas tribus, durante las colonias españolas opusieron una prolongada resistencia a la corona hispánica en el río de Angastaco, se libraron feroces guerras con los conquistadores ..

...Antiguamente, aquí en Angastaco existían las tribus kakán, después que sucumbieron las tribus kakan, llegaron las tribus Calchaquí y a través de mis ancestros, de las generaciones originarias pasadas y de mi imaginación logro ponerle voluntad a este tema sobre los primeros habitantes de Angastaco. Angastaco, tenía un cacique que se llamaba Angaco, desde donde deriva Angastaco. Estas tribus, durante la colonia española opusieron una prolongada resistencia a la corona hispánica. En el río de Angastaco, se libraron feroces guerras con los españoles. Estas tribus indígenas tenían un asentamiento a ciento cincuenta metros de este pueblo o mejor dicho, en la banda, cerca de un hotel...”.

Adela Cabezas, habitante de Angastaco, recuerda: “*Cuentan los abuelos que había una huida de los antiguos una leyenda de cuando venían a matar a los Varela, ellos salían y se iban a los cerros a hacer su casita por ahí...y se escondían en las ollas*”.

Para Leonardo Gutiérrez: “*...Aquí en el norte se han entreverao los españoles con los indios. En cambio para el sur los han exterminao con la conquista del desierto. Aquí se han entreverao por eso mi bisabuela, según la historia, será la cuarta generación... mi bisabuela era india pura y mi bisabuelo era Vasco, según cuentan. Yo tengo sangre india y sangre vasca. Así entreverado*”.

Cuestiones de la identidad de un pueblo que, en los tiempos que corren, trascienden en el debate y se actualizan poniendo en escena interrogantes, conflictos, posiciones e intereses encontrados. En este sentido Audelio “Lelo” Carrizo de San Carlos comenta: “*Hay descontento con las instituciones indígenas, los interrogantes que se abren tienen que ver con que todos quieren ser descendientes de indígenas por las posibilidades que tienen ahora como tales*”.

Sin dudas una diversidad de opiniones y vivencias que surgen del relato de los abuelos calchaquíes. Un bagaje de herramientas que han de servir para la interpretación de quienes compartan la lectura de esta publicación nada menos, sobre lo que somos, un interrogante ineludible para saber hacia donde vamos.

EL MENSAJE DE LOS ANTIGALES

La pluma del poeta Ariel Petrocelli (*), trasunta el asombro existencial del hombre caminante, aquel que se anima a desandar la huella del antiguo trashumante memorioso, para entonces regocijarse ante el misterio de lo sideral, de lo perenne, esa candente brasa que no cesa en las entrañas de los antiguos:

*“En tu viejo brazo se quedó el ayer,
rescoldo del alma arisca que se fue
el tiempo en tus manos solas,
quedó tendido sobre la luz
sangre reseca la mañana
llorando siglos a la voz del sol”*

El Antigal, es un lugar lleno de misterio, es el sitio donde hay restos materiales de los antiguos abuelos culturales allá, en medio de los cerros y las montañas.

En un contexto más amplio el Antigal, en términos de la lengua quechua, es una huaca, es decir, una verdadera herramienta comunicacional milenaria, cuya existencia material pone de manifiesto los soportes culturales de los pueblos ancestrales de la región calchaquí. Su presencia, nos permite desandar las sendas de la memoria y reinventar nuevas prácticas y experiencias culturales.

Para los antiguos calchaquíes, su presencia era sagrada, en el sentido estricto del respeto y cuidado que se merece, por tratarse de saberes que facilitan el entendimiento del cosmos y por ende, del cuidado de la vida.

Vale la pena remarcar el “llamativo silencio” que se impone a la formidable presencia material de los llamados “sitios arqueológicos” existentes a lo largo y a lo ancho del extenso territorio del Departamento San Carlos.

Decenas de leyes, decretos y reglamentos regulan la preservación del patrimonio cultural que no se condice con la realidad del Departamento San Carlos, donde no se ha “recuperado” ni un solo sitio arqueológico que pudiera mostrarse a los propios vecinos, a los niños y jóvenes y al visitante que pasa por el lugar sin enterarse de su existencia. Muchos de ellos, mueren víctimas de las topadoras que avanzan por la frontera agrícola, otros son presa fácil de los huaqueros, aquellos que roban y negocian en el mercado internacional las valiosas piezas diseminadas.

A pesar de aquella barbarie, los abuelos apuestan a la vida y nos proponen comprometernos para ser custodios de la memoria de las huacas.

Es así que, muchos descendientes calchaquíes se convierten en verdaderos guardianes de las huacas. Ellos, saben donde están, y cuando se les pregunta solo atinan a decir: “*Allí están los antiguos, ahí no hay que ir, eso no se toca*”.

La huaca no es una ruina, no es un objeto antiguo, la huaca es la reserva simbólica de la cultura calchaquí. Son los corrales, los graneros, los caseríos, las urnas funerarias, el cuerpo de los difuntos, las apachetas, los lugares energéticos de la naturaleza, las herramientas, las ollas, las representaciones simbólicas, la vía láctea, etc.

Las huacas son las bibliotecas milenarias, son los mensajes de las ollas que residen en su lugar, donde deben estar, en un diálogo permanente con sus herederos culturales.

Cuentan los abuelos que allí donde hubo pircas hubo indígenas. Al respecto, Don “Tuco” Rivero de Angastaco nos relata: “*El que le dicen Antigal donde están las pircas de los indios todo eso, ahí hay pueblos de indios, hay pircas donde habitaban los indios y cosechaban y regaban con lluvia, porque por estas zonas es más lluvioso. Se ve que donde cavábamos hay ollas con mazorca de maíz, donde enterraban a chiquitos metidos en las ollas y después sacabas de ahí. En el cementerio antiguo hay ollas así*”.

Entonces nos agrega que el indio no se asentó en el llano, sino en los cerros: “*En lo plano no hay, porque ollas y pircas no vas a encontrar jamás por ahí, vas a encontrar por ahí ollas, pintaban las ollas que enterraban por los cerros y no se despinta la olla con la misma piedra. Los indios peleando desde los cerros calchaquí, mueren peleando en Quilmes. De ahí lo llevaron a Bs As. que por eso se llama Quilmes, el indio calchaquí se sube ahí y se tira, no es que lo matan según las escrituras. Dicen que ha peleado porque San Carlos no sea capital de Salta*”.

Crespín Cruz y Juan Cruz comparten sus memorias sobre los pueblos de indios, sobre los cuales nadie ha escrito, subrayan: “*El calchaquí ha sido moreno. Entonces el indio vivió en el campo, en los cerros, en lo plano no hay, porque no se encuentran ollas, pintaban las ollas que enterraban por los cerros. Los calchaquíes mueren peleando en Quilmes. De ahí lo llevaron a Bs. As., que por eso se llama Quilmes, una ciudad, el indio calchaquí se sube a la Ciudad Sagrada y se tira para no caer prisioneros. Lo que he visto, o lo que dice la gente... si, pero nadie dejó escrito... no. De lo antiguo he visto, cavado y sacado, conocen la zona, y han recorrido el cerro, la zona Pampallana todos esos cerros anduvieron a caballo y se ve que hubo indios. Habitaron por las marcas que han quedado para siempre, porque la verdad que son piedras pintadas y chozas que quedaron*”.

Don José Rodríguez, vecino del pueblo de San Carlos reflexiona apasionado sobre el tema. Hay que cuidar el patrimonio cultural nos dice: “*En El Barrial por ejemplo, hay un cementerio indígena que está intacto, está virgen, está justo en la finca de Mario Choque, ahí hemos ido con el profesor Eduardo Ashur y ahí hemos marcado ahí y hemos sacado una urna impresionante, esa es la que está en el museo que tiene telas, pero así acá en San Carlos se ha encontrado en la represa Nanni una pieza de Cuzco y que también se ha perdido y nadie sabe nada*”.

Con preocupación Don José, pone de manifiesto el poco interés de los gobiernos por recuperar la cultural ancestral: “*Y eso es lo que le interesa a San Carlos, que venga un gobierno que le de importancia a nuestra cultura, de nuestros antepasados, que por lo*

menos puedan brindar esas cabalgatas en las alturas, las ruinas en La Merced, San Rafael, Las Barrancas, Peñas Blancas, en el río que están tiradas las cosas ahí, y también el grupo de excavadores que estaba a cargo yo en ese tiempo, que se ha acabado el otro gobierno y nunca más le han dado importancia a esto...

...En el museo se han perdido esas piezas de oro, esos collares, punta de flechas, esas ollas que se han perdido pero cantidad y todas esas se perdieron, calculo yo en un 90 por ciento, en tiempo del gobierno de Cardozo y yo nunca he mezquinado de dar el nombre del Intendente así porque yo he sido uno de los que con tanto sacrificio ha ayudado en algo tan importante para el crecimiento del pueblo que antes no había museo... al final y todo lo que había en el depósito se lo han robado, entonces eso es también importante que se vuelva a reactivar, acá se pregunta quien tiene una olla, dos ollas, había también un incentivo se cambiaba por algo, para que todo vaya a parar al museo, para que sea más importante y que se amplie más, por lo menos para tener algo que mostrar al turismo....

...Y después hay muchas cosas para mostrar, acá no tenemos que inventar nada, acá hay historia y arqueología para llenarse alrededor de San Carlos y todo... acá también, en lo que nosotros le llamamos la represa de los Nanni, que era parte comercial para los indígenas, nuestros antepasados... debería haber una placa o algo que diga aquí se realizaba el trueque o el cambalache de nuestros antepasados, para que la gente sepa con toda certeza que nuestros antepasados de San Carlos eran los grandes productores de cereales, acá no había otros que produzcan tanta cantidad de cereales...

...Y bueno, también habían caminos del alto pero que existen que se caminaba bastante, de Santa María que también el paredón ese que se está deteriorando que no se le da la mínima importancia de cuidarlo, de preservarlo, de alambrrarlo aunque sea poner ahí ..esto era el camino que iba a tal parte de los indígenas... y no se le da importancia a la historia de San Carlos y San Carlos tiene más que energía, Cafayate no tiene la historia de arqueología como tiene San Carlos... todo lo que hay en el museo hasta el día lo he excavado yo con el grupo de exploradores”.

Como los antiguos calchaquíes, las mujeres siguen practicando la alfarería y el tejido, muchas veces copian de urnas que desentieran, buscan la arcilla en las vetas y preparan una masa con arena. Dicen desconocer el significado de los dibujos. Al respeto nos cuenta Evi-ta Corregidor de Angastaco, que aprendió a hacer ollitas gracias a su madre: *“Mi madre me enseñó a buscar la arcilla en las betas de arcilla y la preparaban como una masa con arena y las utilizaban para tener agua, para cocinar; también se hacían jarritas para tomar el té y también vendíamos....el suri no sé qué significado tiene el suri porque dicen que es un animal que le gusta vivir en la montaña no más, no sale para el río ahí en la montaña nomá dice que vive....también pinto leones con varias cabezas. En las ollas pinto varios animales entre ellos sapos, suris, víboras de dos cabezas”.*

Recuerda que su marido encontró en ollas enterradas de los indígenas esos dibujos y que empezó a estamparlos en sus tejidos: *“Los cuerpos encontrados en las ollas eran llevados al cementerio mi marido sacó tres o cuatro, fueron encontrados juntos algunos utensilios como platos y morteros pequeños todos con animales pintados, que fueron llevados al museo. También se encontraron algunas ollas en Cafayate”.*

III

PRÁCTICAS DE ESPIRITUALIDAD

Desde nuestras investigaciones anteriores, recogemos la percepción del pensamiento ancestral del mundo andino sobre las prácticas de espiritualidad. Para los calchaquíes, todo lo que existe es sagrado. Es decir, el sol, el agua, una planta, las estrellas, el viento, los pájaros, el zorro, el sapito, la montaña, pero no por considerarlos seres superiores a los que se idolatra. Todo lo contrario, no se los venera, no se les rinde culto, sino simplemente se los respeta afectuosamente como hermanos y se los cuida, porque ellos, son todos importantes en la gran tarea de la crianza que nos propone la naturaleza.

Cada uno tiene una función importante. Cada uno se destaca por alguna cualidad. Cada uno tiene virtudes que los abuelos culturales valoraron y adoptaron. Cada uno manifiesta comportamientos que no son buenos ni malos, son diferentes y entre diferentes no se eliminan, se complementan para que algo suceda. Es la sabiduría de la naturaleza que se manifiesta en la vida diaria. Durante miles de años, los abuelos culturales estuvieron observando el comportamiento de la naturaleza para saber cómo cuidarla. Para que el equilibrio no se rompa y la vida se manifieste plena. Por eso los abuelos dicen “nuestra escuela es el cerro”.

Es una práctica ceremonial de profundo recogimiento, es un ritual permanente, es una fiesta colectiva. Nos vinculamos y pedimos permiso a los hermanos de la naturaleza pero no por miedo a “seres superiores” que nos pueden infligir un castigo sino solo por respeto y compromiso para hacer bien las cosas juntos a ellos. Por lo tanto, tampoco hay culpa, porque todos somos creadores y responsables de lo que sucede.

Esta conversación colectiva de afectos y de compromisos, la llamamos espiritualidad o munay (afecto paritario, afecto recíproco). La vida se reinventa, se regenera como algo nuevo y singular, es la re-existencia de lo viejo que se transforma.

La espiritualidad es la fuerza emocional de la experiencia colectiva acumulada por generaciones que amalgama y revitaliza nuevas formas de vida, es decir, es la fuerza que viene de la memoria.

“... ¿Qué es la vida para un indio? Con profunda espiritualidad y ritualidad el indio deposita la semilla en el surco. En suprema serenidad y concentración de su misteriosa fuerza fecundante, la Tierra recibe y de esa sacra conjunción nace la planta, nace la vida. La semilla creadora se ha hecho forma y conciencia, carne vital y espíritu de luz, he ahí la vida, esa es la vida para el indio originario de esta tierra del Nuevo Mundo, que los europeos han puesto el nombre de América”¹¹.

Los lazos afectivos en la naturaleza: La Pachamama

Para el andino, la Pachamama es toda la naturaleza en movimiento donde se cuida la wawa, que no es otra cosa que cuidar la vida. La Pachamama entonces es una gran paridera, es la fertilidad misma, por eso se la identifica con lo femenino, como una mujer. La “madre tierra”, se dice.

En agosto, en todo los Andes, se manifiesta: “la Pacha se despierta con hambre”. Simbólicamente, se abre un agujero en la tierra, un hueco que representa el útero donde se ha de engendrar un nuevo ciclo de vida. Vamos a brindarle comida y bebida para alimentarla, para fortalecer nuestro vínculo con ella, cariñosamente. Agosto es el mes de la espiritualidad, donde comienza el año agrícola, lo que representa el comienzo de un nuevo ciclo de la crianza.

Es tiempo de sahumar, afirman los abuelos. Una densa humedad con ricos olores de los frutos de la tierra invaden los sentidos y predispone a una limpieza que no es otra cosa que despejar de

todo lo que perturba, de lo que estorba, de lo que hace ruido, los deshechos, la basura que enferma. Hay que estar sanos, sensibles, emocionados para hermanarse, para estar haciendo juntos. Es tiempo de limpiar los campos, los animales, la casa, para brindarles cariño a todos los hermanos de la naturaleza. Simbólicamente, cuando se está “limpiando”, se está ordenando, buscando el punto justo. Una tarea sanitaria para que la “crianza del mundo” sea saludable. Transitemos entonces los valiosos relatos de los abuelos.

Doña Mirta Cardozo de Animaná, nos cuenta que su mamá le enseñó que hay que agradecerle a la tierra para que de buenos frutos, para evitar problemas: *“Una vez, nos íbamos a la leña y al rato dice mamá, vos sabés que allá hay una viejita, bien bonita la viejita, toda verdecita, está hilando, está meta hilar, así como hilaba la abuelita, está hilando sentadita en el tronquito mami, bien bonita la señora viejita, le digo, ¿dónde?... allá mami, vení a verla, vení a verla y yo he ido a verla, a ver, ¿Dónde? Ella se imaginaba la viejita... era muy bonita la viejita, con el dedito daba vueltas hilando mami. Yo he ido, mirá en ese tronquito. Si, había un tronquito pero no estaba ahí. Ella es mucho de ver, ella. Y era la Pachamamita. Ella es todo verde, es muy bonita su vestimenta, todo verde, bien bonita y dice que ella anda con la puska, era la Pachamamita y ella (señalando a su hija) jode, dice que era muy bonita. Estaba sentadita hilando, como la abuelita dice, yo le ido a ver y ya no estaba”.*

Don Nazario Aquino y Doña Margarita Ríos de Animaná, coinciden en expresar su profundo respeto por la Pachamama: *“Yo creo en la Pachamama. Yo creo mucho en nuestra Pachamama. Y le hago en el fondo de mi casa, ahí tengo en un agujerito y ahí... hacían un agujerito y temprano ya le abro la tierrita, hay que regarle con papel picau que eso es la alegría, la armonía, la felicidad y ahí le tiro, a la vuelta del hoyito. Dicen que lo primero, lo primero que hay que ponerle es el alcohol. Le gusta el alcohol. El alcohol después ya le meto la cerveza, el vino, lo que pueda le brindo yo”.*

Don Edmundo Cutipa de Animaná, cuenta que en sus años de juventud la fiesta de la Pachamama se celebraba con mucha fuerza en los cerros: *“Eso estilaban mucho por allá, la Pachamama que le decían, por el tiempo en el primero de agosto, ellos lo hacían como*

¹¹ Reinaga, Fausto (1974): Op. Cit.

ofrenda, hacían la Pachamama así, se juntaban todos los vecinos y hacían así como un festejo, eso se hacía aquí para el cerro, eso estaba hace muchos años, ellos lo que le hacían era más comida poé, comida, mucha comida, hacían una fosa, un agujero que le decían y ahí echaban toda esa comida, todo lo que hicieran para la Pachamama y de ahí el resto ya lo comían ellos poé”.

Doña Ofelia López del pueblo de Animaná, cuenta que es el 1° de agosto la fecha donde se celebra la vida, se despierta la tierra, se le convida de lo mejor a la Pacha: *“En la finca lo hacemos el 1° de agosto, la fiesta de la Pachamama, se cava un pozo y ahí se le ofrenda a la Pachamama todo vino, harina, comida, preparamos lo que uno quiere, comida, hacemos asado el primer pedazo de carne, el mejor pedazo es para la Pachamama. Eso se hace el 1° de agosto y acá algunas familias si hacen, pero no todas. Aquí lo que si hacen es el sahulado, aquí en el pueblo en general se hace el sahulado, sahuman todas las casas, a las plantas, todo, todo, se sahumaba, ahora ya se han introducido mucho los sahumeros fabricados de Salta, entonces se compra, pero antes no antes era romero, el comino, la yerba, el azúcar, la ruda, todo eso y se sahumaba toda la casa, no?, para que nos dé un buen año, una buena cosecha y para que nos libre de tantas enfermedades que hay”.*

A la Pachamama se le pide también por la salud, tal como sostiene Don Julio “Chololo” López de Angastaco que nos dice: *“El día de la Pachamama separamos las ofrendas, mejor dicho el asado, las empanadas, todo igual hacíamos de las comidas, de los guisos, de la sopa todo. Separábamos en olla así y después la bebida, no, como ser el cigarrillo, la coca y la... toda bebida, pa’ lo que nos alcanza, mejor dicho. Y entonces vamos y vamos y pedimos a la Pachamama de oración principalmente, Pachamama santa tierra que nos ayude, que nos dé trabajo en...en nuestra persona, para vivir, para no enfermarnos, para que nos dé producción y seamos creadores y todo y si tenemos algún sahumero también. Y entonces yo tengo fe en la Pachamama porque es así porque...pero eso, la Pachamama yo diría que anteriormente lo llamaba nosotros, era una cosa secreta pero ahora yo veo que no es así, y bueno, después rezar a nombre de la Pachamama, convidarle todo”.*

Se entiende que la fiesta de la Pachamama es un acto de celebración por la vida, de renovar el ciclo de la vida, por eso se cava un pocito y se le convida de todo lo que haya, para alimentar el deseo secreto de que mejore la vida de la tierra y de la gente en general. *“Y nosotros aquí también en casa tenemos un pocito y le ofrecemos lo que tenemos para ese día, con alegría, con convicción”*, dice Ángel Mamaní de Corralito.

La relación o vínculo con la Pachamama o “madre tierra”, es un encuentro de mucho sentimiento para la gente del valle y mucho más para las familias de los cerros. La ofrenda y agradecimiento es una forma de “pago” por los favores recibidos de la tierra. Vicente López de San Carlos nos dice: *“La Pachamama hay que hablarla, es como una mujer, es la que produce vida”.*

Juan Cruz de Angastaco destaca las celebraciones y las reuniones que reúnen a muchos vecinos en torno a la Pacha: *“Se hacen reuniones donde le dan ofrendas a la Pachamama, en el suelo se cava un pozo ofreciéndole toda la comida, los productos que tienen, que cosechan, también cigarrillo y coca. Luego se hace una danza, se canta, antes era una costumbre familiar, ahora se lo festeja grupalmente, en comunidad”.*

Vicente López de San Carlos afirma: *“La Pachamama es dueña de los animales y de la tierra, está para proteger animales y plantas, se la festeja ofreciéndole a la tierra comida, alcohol y cigarrillos”.*

Por su parte Don “Tuco” Rivero de Angastaco aporta: *“La Pachamama se festeja desde la época de los abuelos, ella tomaba primero –nos enseñaron- porque nosotros estamos encima de ella, porque ella nos mantiene en todos lados. Los festejos empiezan en agosto mes de siembras, los que andaban en los cerros paraban en las apachetas y le entregaban cosas en agradecimiento. Parte de las ceremonias son las sahumadas. La Pacha es la dueña de animales, tierra, frutos y hombres. Es como una mujer que produce, Hay que hablarle y ofrecerle cosas, nos mantiene a todos... Pachamama es la tierra, nos da de comer. Celebrar a la Pachamama es el agradecimiento a quien nos da de comer, el festejo se realizaba el día 1ro de agosto –el día de la santa Tierra- en medio de los sembrados, se hacía un pozo profundo de un metro y allí echaban comida, coquita,*

vino, cigarrillos. Se le pide cosas como que la tierra de buenos frutos y alimento a los animales y que haya agua.

Don Audelio "Lelo" Carrizo de San Carlos agrega: "Aquí se le brinda lo mejor, la mejor comida, el mejor animal se lo brinda para la Santa Tierra. Todo lo que se da a la Santa Tierra después se comparte con la gente totalmente gratis".

El relato de Feliciano Fabián de Angastaco pone de relieve el profundo vínculo con la madre tierra: "Para el 1° de agosto mi papá hacía hacer comida y nosotros teníamos que separar un poquito de todo en un plato o bandeja y agregar coquita y alcohol, cigarrillos y agua bendita y llevarlo a la cava de un metro y pedirle a la Pachamama que no nos cortemos de la mantención de todo lo que da la santa tierra, que siempre estemos produciendo, que tengamos para comer todo eso".

Don "Chololo" López de Angastaco pone el acento en la prácticas de agradecimiento: "Mi abuelo me decía lo más lindo convidarle la coca, el cigarrillo, el alcohol, todo, vino no, porque realmente el vino es sangre de Cristo por eso no iba ahí incluido en la Pachamama".

Para Constantina Cutipa, la Pachamama tiene su lugar importante en la vida de los calchaquíes: "La Pachamama me sabía decir mi abuela que era la Madre de la Tierra ¿no?".

Crespín Cruz recuerda: "En Gualfin eso de la Pachamama no se hacía... hacen los que tienen negocios". Mientras que Audelio "Lelo" Carrizo de San Carlos aporta: "Yo para la fiesta de la Pachamama, siempre lo invito al cura párroco que está al frente para bendecir la mesa, pero él no... él bendice la comida que nosotros ofrecemos a la Pachamama... él viene y bendice la comida... Yo lo festejo el 1° de agosto el día que caiga, actualmente se está haciendo todo el mes de agosto, mes de la Pachamama. Nosotros hemos arrancado con esto hace como 20 años ya".

Con profunda emoción, Don Zenón Díaz de San Lucas comparte sus memorias: "Y le pagan a la tierra pero eso depende, ahora se está perdiendo esa costumbre, se paga con carne de chivo, con asado, cosechas de maíz, mote, con todo lo que uno tiene, lo que cosecha.. le das coca, vino, le pago con todo lo que tengo... hace unos

seis años atrás no había agua, se estaba secando, no llegaba agua a las fincas y cuando se empezó a pagá, hubo mucha agua después... porque le pedimos a la Pachamama, hay que hablarla, hay que convidarla y bueno es para el 1° de agosto porque la tierra no se la puede tocar porque está empuñando, porque ya tiene que tirar el fruto, entonces no se la puede hachar, la piedra tampoco se la puede mover, la madre tierra es como una mujer, produce vida".

Por su parte, Constantina Cutipa nos cuenta el agradecimiento a la Pacha en los cerros: "...Y sabíamos hacer ofrenda pa' allá, pa' los cerros. Hace siempre el vecino que vive dónde sabíamos vivir nosotros. El dice que siempre hace, hace la ofrenda pa' la Pachamama, yo no i' ido nunca, dice que hace grande, invita gente".

Don Juan Cruz se entrevera en los recuerdos: "Damos ofrendas a la Pachamama, asado eh... después hacemos la ofrenda en el suelo en el pozo le ofrecemos todo la comida, todos los productos que tenemos, yo por ejemplo yo le pongo las cosechas, por ejemplo anís, comino, pimentón, cebolla, ahora le puse quínoa, el vino, el mate que le gustaba, llevábamos mate, al último le dejábamos el cigarrillo, ah... la coca que es lo que falta y hacemos como una danza, cantamos, era familiar, ahora se lo hace grupalmente".

Entonces Don "Tucu Rivero recuerda: "Antes hasta las plantas nos hacían sahumarlas, nos hacían levantar temprano y con un hacha golpear las plantas para que se levanten la higuera, el durazno y decíamos despierta floja que ya llegó agosto y brota con más ganas, en caballos teníamos que ir golpeando las plantas, después se sahumaban las casas con sahumeros caseros, ahora ya vienen hechos".

Don Juan Cruz trae al ruedo sus propias experiencias sobre las celebraciones de agradecimiento: "Yo inicié acá de nuevo con esa costumbre, traía conjuntos de salta que no me cobraban, conjuntos amigos no es cierto?, para de una fiesta en mi casa ahí nos reunimos todo el pueblo, yo no le cobraba nada a nadie, ponía mis animales como le digo, tenía mi haciendita, carneaba siete, ocho chivos así, algún ternero y para todo hacíamos, ahora se sigue todo el mes de agosto, se la hace en la casa en uno en otro, pero todos se reúnen, por ejemplo acá en el pueblo acá en la ...hace un tal Miguel Cutipa

con una ofrenda, Doña Ester hace el último día de agosto, después hay un tal, bueno hacen en distintos lugares, en la banda, todo el mes lo usamos de Pachamama... para darle las gracias, hacíamos una gran fiesta en la casa, donde se reunían con todos los del pueblo, se carneaban animales para todos. En la actualidad todo el mes de agosto está dedicado a la Pachamama, son varios los que hacen ofrendas, en distintos lugares, pero todos se reúnen”.

Entra en la conversación Don Pascual Rodríguez de Animaná, nos cuenta del tiempo de la sahumada que es en agosto. La sahumada es un modo de despertar la tierra nos dice, a las plantas. Los viejos de antes decían que había que sahumar las plantas: *“Es una sola humareda el primero de agosto. Para las plantas es...antes decían los viejos que se les pegaba un hachazo a las plantas, un golpe sin cortarlas para despertarlas. Ahora en todas partes lo hacen, le hacen una ofrenda de flores, licores, cigarrillos, entierran coca, botellas de vino y ahí lo entierran, eso para la Pachamama. El espíritu se queda en el campo, es un hombre alto, asusta a los cazadores y todos los días, no... no se puede cazar todos los días, hay un dueño de la tierra y es la Pachamama”.*

Los hermanos organizadores de la vida son el sol y la luna, eso decían los padres y abuelos de antes. Esta es la reflexión de Don Gabriel López de Animaná: *“A veces tenemos que madrugar o tenemos que ir a ver los animales o a veces tenemos que ir a ver el agua yo digo, mira la lunita está en tal parte entonces ya es hora, tenemos que irse. Así a través de la naturaleza, como lo divino digamos, como un padre o una madre, como ellos, como si fuese un padre el sol y la madre luna, la madre quilla. Para nosotros como si fuesen un padre y una madre ellos, como antes no existían ni los santos, ni las vírgenes, esos han venido de Europa, nosotros teníamos al sol y a la luna. A través de ellos, ellos nos cobijaban y nos daban todo, a través del sol y la luna, a través de eso la lluvia, los fríos. El sol es el que todo activa, todo despierta, la naturaleza, es el calor y, por parte, el frío y lo que es, lo que sería digamos la madre, la luna, la que da el frío, el sol no pué, él da el calor. La luna no, ella es como una madre y como una madre trae al hijo al mundo digamos. Ella se encarga de activar”.*

La Pacha es la tierra, es toda la naturaleza. El viento también forma parte de la Pacha. Hay que respetar a la naturaleza. Ella nos da vida, ella nos enseña. Doña Mirta Cardozo de Animaná recuerda que aprendió de sus abuelos a conocer el viento. Su madre miraba un cerrito y sabía si va a parar el viento o si va a seguir corriendo. Los vientos son dos, el de arriba y el de abajo: *“Viento de arriba y el viento de abajo. El de abajo es frío y el de arriba es el caliente, el polvadera, ese trae la peste, trae tierra. Antes no teníamos vientos fuertes ahora tenemos vientos fuerte corre de más. Antes no se veía mucho, no ahora no, corre fuerte en viento con bronca hasta el viento ya ha cambiado ya, se ha embroncau (...) el de arriba es muy feo, el de abajo es el que trae frío”.*

Para Don Gabriel López de Animaná, el viento puede ser bueno y malo, porque en realidad lo que hace es acomodar el ecosistema: *“El viento es el que se forma de aquí para allá, de allá para aquí. Es aire para componer el ecosistema. Antes del viento, el vientito también se lo tomaba como algo bueno. Por ahí un poquito medio malo, como diciendo corre el viento y ¿qué trae?, trae el frío, la enfermedad de ciertos lugares. Por eso es en parte bueno y en parte malo”.*

Doña Mirta Cardozo pone de relieve que, junto con el viento, los abuelos de antes sabían interpretar la luna: *“La luna puede indicar años de lluvia. Si la luna no se ha hecho de agua, indica que va a llover”.*

También nos dice que la luna indica los vientos. Si la luna tiene una casita que la rodea, es que va a correr viento, la luna también puede indicar la llegada del frío. La madre les enseñaba a mirar la luna porque la luna dice todo: *“Ella mira la luna, mira la luna y dice no mamita, la luna se ha hecho de agua, está colgada dice la lunita no se ha hecho de agua, va llover dice y llueve. Después dice, va a haber mucho viento mira como tiene la casa, no, va a correr viento y corría viento, ella acertaba. Y cuando está frío, ella ve allá. Ya viene y dice ya va a hacer frío, y hace frío. Ella la ha conocido muy bien, la mamá nos enseñaba de la luna, que hay que mirar la luna, la luna te dice todo, y este año así dicen que va ser sequía porque se ha anticipau la lluvia”.*

De Reymunda Mamani de San Carlos recogemos algunas historias sobre los remolinos: *“Dice que el remolino es bien fiero, porque al parecer hay una persona dentro que está descansando en la playa y no le gusta que la molesten. Por eso no hay que insultarlo, porque se enoja y el viento viene peor. Nos cuentan que alguna vez una vecina, mientras estaba lavando ropa en su casa, empezó a correr viento y ella empezó a renegar del viento; Alguien le dijo que no lo rete porque el viento es bien traicionero, pero la vecina no hizo caso. Entonces vino el viento rápido y la tiro “antarquita”. Y agrega: “Ya decía yo que el viento es potente hay que respetarlo, no hay que estarlo gritando ni diciendo cosas se enoja y se levanta”*

Entonces Doña Reymunda trae de la memoria historias de su padre: *“Mi padre decía, desde que se perdió el cáliz de la iglesia, no llueve en San Carlos o llueve poco... no llueve esa lluvia que llovía antes, antes amanecía lloviendo todo el día ahora si llueve un ratito... el cáliz fue robado por una mano negra que entró por la ventana, el Padre dice que la vió y que no puede dormir por eso... eso decían, no se yo nunca he visto. Decían pero no se sabe”*.

El viento es una constante en la memoria de los vecinos calchaquíes. Con mucho respeto dicen que cuando el viento es fuerte, da mucho miedo y voltea las casas, es el viento rojo, es Huayra Puca. También está el viento helado de las altas cumbres, el Huayra Ritu. El viento de la noche, ese que silva despacito, es el Huayra Yana, el viento negro. Pero tal vez, el viento que teje relatos encontrados es el Huayra Muyuy, el viento circular, es decir, el remolino. Por siglos, las creencias religiosas lo asociaron con la muerte, con el diablo, con lo malo. De igual modo, las abuelas nos enseñan que para que haya vida, hay que ser como el remolino, meterse con fuerza para adentro, para luego soltarse y hacer renacer los campos a su paso.

Zenón Díaz de San Lucas nos dice: *“El viento cuando hace remolinos dicen que es juego del diablo, lo llaman huayra. Y después bueno el viento era huayra, a la luna le decían madre quilla y al sol tata inti” ...y sin el viento no se puede vivir porque es un aire es*

un oxígeno que tenemos y para todo, la planta por ejemplo corre el viento y le voltea la siembra, todo, póngale que aquí no haya viento no vive nadie es una cosa muy semejante muy importante para nosotros para todo... lo mismo el sol, si el sol no existiría, no existiríamos”.

Para Margarita Mamani de San Lucas: *“Me hace dar miedo el viento... bueno, el viento cuando pasa fuerte empieza a voltear todo, plantas, casas, levanta todo por el aire”*.

Entonces Don Audelio “Lelo” Carrizo agrega: *“Bueno, el viento en ciertas épocas, cuando alguien va a morir, el viento se hace una cosa porque dice que borra el rastro de una persona, antes que muera alguien el día se pone triste y vientoso, eso significa para nosotros... y el remolino, dice mucha gente vieja, el remolino es parte del diablo, eso es lo que yo sé, lo que me han comentado a mí. Y otra cuando hay muchos remolinos es año lluvioso”*.

Espiritualidad y memoria: historias y leyendas populares

Muchos mensajes milenarios, están escondidos en el relato de leyendas e historias que nos cuentan los Achachilas, leyendas que ponen en valor la herencia cultural, historias que denotan aquellas vivencias que emergen con la llegada de la colonización española. Historias y leyendas cuyos relatos constituyen nuevas formas de “enmascarar”, de mostrar disimuladamente los valores de la cultura calchaquí, o bien poner en escena los hechos sucedidos en aquel “desencuentro” por todos conocido y que se caracteriza por la prohibición a las prácticas culturales propias, impuesta por la conquista española. Leyendas que nos invitan a reflexionar desde el pensamiento cultural calchaquí para reflexionar sobre el contenido de aquellos mensajes que permanecen “ocultos” en la memoria.

El Tapao

Doña Elenita Cruz de Angastaco, Don Edmundo Cutipa y Don Nazario Aquino de Animaná, coinciden sobre el “tapao” en que se trata de un enterramiento de dinero, monedas de plata y oro que fueron sepultados por los antiguos. El tapao, es un reflejo de luz que brilla en algunos lugares del cerro.

Según lo cuenta Don Edmundo: *“El tapao dice que los abuelos de antes han dejado dinero así plata, como antes se usaba, otra plata, grande, blanca u oro tenían antes, eso lo han escondido ellos, lo han dejado escondido por ahí en alguna parte donde no van a hurgar; un día la muerte los ha pillado y nadie sabe que ellos tenían, eso dicen que es lo que alumbrá. Porque yo veo que si encuentran por ahí tapaos, entonces yo creo que sí es verdad”*.

El tapao se compone de monedas chapadas en plata, según Don Nazario: *“En los años 1900, dicen que habían muchos platero por aquí. Y algunos lo vendían, otros para no dejar a la familia, lo enterraban, el dueño no quería dejar nada para la familia, cuando llegaba el momento, su edad, ya lo enterraban, no dejaba a nadie”*.

El tapao no puede ser descubierto por cualquier persona. Se requiere coraje, hombría y valor. No es para todos, ya que al destaparlos las personas pueden enfermar o morir: *“Si vos ibas a sacar, al año tenía enfermedad de huesos, de cabeza o sea que eso era castigado, si vos querés sacar un tapao tenés que meterte ruda, ajo, para que no te agarre, eso mismo que si vos sacás una olla de los indios, daba el aire y empezaba a partirse sola, y la gente decía no, vos cuando vas sacando, envolvete con una colcha para que no te dé el aire ese”*, agrega Don Nazario.

No deja de sorprender las vivencias de Doña Elena Cruz: *“Una vez sí, una luz si he visto. Yo venía de noche, ya yo venía de lejos, con mulas caballos, yo venía en caballo; venía de noche tras.... allá lejos, de allá de la segunda vuelta, más abajo he visto una luz venir, como si estuviera en el camino. Y ahí veníamos más abajo más abajo venía, la mula ya venía como presintiendo, ya presiente una cosa. Yo*

venía en un caballo y la mula venía tirada. Y de ahí venimos aquí abajo, hay una bajada larga, venimos más abajo como lo llaman, el corquichui?, para bajar la quebrada. Acá hay una quebrada así y luego se hace una quebrada de piedra que viene primero y después ya baja a una quebrada de arena así. Ahí venía bajando ya ahisito y era más cerquita que estaba la luz... Y Ahí venía yo y ya venía la luz como si estuviera ahí nomás, salía y se volvía bajar, salía y se volvía a bajar. Se pone así como de perfil, ancha así, se hace para arriba. Dicen que era tapao...

...Tapao había sido, porque claro yo no he... yo no le hecho nada no, y para mí se ha retirao, porque ya sabía que yo no lo iba a sacar, no sería para mí, como dicen que si es para algunas personas. Y ya venía yo ya cerquita, qué sería como de aquí a la cocina, así y ya se venía retirando para'ita, para'ita, se iba haciendo para un ladito, yo he pasao así y se iba haciendo así para un costao. Ahí ha quedao. se vuelve flaquita y al rato ancha, al rato ancha, al rato arriba y al rato más abajito...

...El tapao es plata que se planta, que han enterrao. Después le han cabao, después a los años yo he visto que estaba cabao, cuando yo he visto era un borde del camino. Han dicho que era un pucareño el que ha sacao, el hijo de Segundo Castillo. él se llama Gregorio...”

Zenón Díaz trae de la memoria sus conocimientos: *“Las historias esas de que cuando han venido los españoles cuando venían quitando las tierras -a los indios-no tanto por la tierra por la plata blanca porque existía mucho la plata blanca, el oro y ahí como la gente ya veía que venían pal cerro lo enterraban lo cavaban ahí y después lo mataban...”*

Audelio “Lelo” Carrizo cuenta sus recuerdos: *“El tapao que me hablan que está allá en San Miguel, ahí dicen que existe un tapao bien grande...y bueno no presto mucha atención a esas cosas, me dicen vos que has andado no sabes dónde están los tapaos, me vienen a buscar. Que tengo que buscar lo que no he perdido. Y hay gente que se desespera...por sacarlo, por tenerlo y a mí eso no me atrae.... el tapao es la riqueza, un mejor porvenir, que se yo.”*

La laguna maldita

Doña Ester Carrizo de Animaná, comparte sus conocimientos sobre la laguna maldita de San Antonio: *“Atrás del cerro dicen que hay una laguna que es carnívora, animal que va a tomar agua lo mete y saca los huesos. Eso me dijeron los que iban a comprar que incluso iba mi hermano, que van por un camino por San Antonio y hay un camino para ir detrás de esos cerros comprando vacas y le tocó mal tiempo dice que estaba todo con escarcha y nieve y tenían que estar buscando palos y piedras para romper el hielo, la escarcha, para que los caballos no se resbalen y ahí vieron que alrededor está lleno de huesos de todos los animales que iban a tomar agua”*

El Duende

Según cuentan los abuelos, los duendes son niños abandonados –antes de nacer– por sus madres en el campo, que vuelven para castigar a los padres. El duende, es un bebé que ha sido arrojado por su madre antes de nacer y lo entierra en algún lugar; después de 5 años su almita sale, eso es el duende. Los abuelos dicen que la desaparición de los duendes está relacionada con el control sanitario de partos que hay en el hospital.

Los duendes aparecen en cualquier momento y en cualquier lado, no hay explicación de por qué lo hacen, solo lo hacen. Son pequeños y le tienen miedo al cinto, cuando alguien les saca el cinto desaparecen. También le temen a los perros, por eso cuando se sale al campo, los abuelos aconsejan salir con los perros.

Doña Mirta Cardozo de Animaná reflexiona sobre los duendes. Ellos son compañeros dice, por eso no hay que molestarlos cuando se les aparecen a determinadas personas. Ella recuerda: *“Los vecinos cuentan que apareció en Corralito. A los duendes les gusta hacer asustar a las personas, por eso le tiran piedritas. Los duendes viven en las higueras. No se debe insultar a los duendes porque se enojan. Los duendes son pícaros, preguntan si se quiere que peguen con la*

mano de lana o la de fierro, pero si se escoge la de lana, el duende pega con la de fierro. Los duendes son juguetones, acompañan a los niños a dormir”.

Feliciana Fabián de Angastaco, relata una historia que pasó en el pago: *“Se sabe que un chico fue a las cinco de la mañana iba a juntar leña para ellos, que no tenían gas, ni cocina, él siempre iba de madrugada a buscar. El tenía su perrito y que estaba juntando leña y el perrito empezó a llorar y a arrimarse a su lado y le dicen hola amigo como estás, él contesta yo juntando leña y le contesta te voy a ayudar. Ataron la leña y vinieron por el cementerio donde mirando hacia atrás le dice aquí nomás te voy a dejar, vamos a la banda y se lo ha querido llevar y el perrito se ha enojado y lo ha querido morder y llegó el día y no había hombre, no había leña, solo 3 palitos”*.

Inocencio Pastrana de Angastaco nos comenta lo que dicen en su pago: *“Antes se decía que andaba el duende pero ese es el hijo de uno, que no? Porque por aquí no controlaban antes. Una chica estaba de encargo y lo botaba ahí nomás en el suelo en cualquier lado, por eso lo llamaron duende que aporreaba a los tatas, a la familia de él”*.

Recuerda Evita Corregidor de Angastaco: *“Una vez iba a comprar carne y sentía que aparecía algo al costado, dos chiquitos venían a mi lado y mi marido dice les voy a sacar el cinto, y ya no estaban más...a mi en todos lados me aparece el duende, donde voy siento los duendes, me voy para otro lado ahí también están. Y bueno me decían llevá los perritos de compañeros, pero yo igual tengo miedo”*.

Zenón Díaz de San Lucas comparte los relatos de su tío: *“Los duendes veían esos que andaban de noche, lo único que yo veía eran tapados. Por ahí estaban parado o sentado en caballos por ahí los volteaba del caballo a San Carlos, antes vivía mucha gente que se iba a caballo, los varones salían a tomar, salían a las una de la mañana, venían tomando y se encontraban con un amigo que les desviaba el camino, eso me contaba mi tío”*.

Audelio “Lelo” Carrizo de San Carlos reflexiona: *“El duende es una cosa de antes, de cuando ya viene el duende. Dicen que el duende es un bebé que lo arroja la madre antes de que nazca, lo entierra,*

no lo lleva al cementerio, lo entierra en cualquier parte, bien escondido en un cañaveral, en alguna casa vieja, bajo un árbol donde haya monte, cava un agujero y allí lo entierra. Bien envuelto o en una cajita lo entierra y dicen que al cabo de 5 años él sale y es el duende, sale el espíritu, la almita del bebito y eso sale a andar y es el duende”.

La Mulánima

Para muchos pobladores de la zona, la Mulánima es un alma que anda por las calles, dicen que vino de San Lucas. Audelio “Lelo” Carrizo de San Carlos comenta: *“La mulánima es una mujer que andaba con el cura. Una mujer que hacía vida con el curita. Por eso dicen que el gaucho –y no entienden los gauchos- no tiene que herrar de noche. Porque el diablo yerra de noche a la mulánima y le decía paciencia compadre, despacito compadre...porque realmente el diablo herraba. Dicen que pasaba ardiendo”.*

La luz del Cerrito

Según Don Zenón Díaz de San Lucas, “la luz del cerrito” es una luminosidad que aparecía en un cerro y que impedía que las personas llegaran, brillaba porque en el lugar hay joyas. Esta luz permitió que se construyera una gruta a la virgen en el cerro. La luz y el viento impiden que las personas suban a la cima: *“Estos son dedos de los indios que lucharon, estas luces son compañía, no hay que insultarlas o molestarlas porque si se molestan queman a las personas”.*

La fiesta de los animales

Reymunda Mamaní de San Carlos nos aporta un hermoso cuento, una historia llena de mensajes. La fiesta de los animales, representa-

dos como personas. Estaban todos los animales, el zorro, el zorrino, el quirquincho, la perdiz, el zorzal, el icancho, entre otros: *“En la fiesta, el zorrino era el que tocaba el acordeón, el quirquincho por su parte tocaba la guitarra y el resto de los animales bailaban y tomaban. Tomaban aloja y arapu que hacían de la uva que juntaban. La fiesta seguía, el suri y las palomas bailaban sin parar, hasta que llega un pájaro y le dice al suri que su madre murió. Pero éste no le hizo caso, prefirió seguir bailando y tomando...más tardecito la voy a ir a ver dijo, otro bailecito insistió. Entonces enojado llega Tata Dios y les dice a todos muy enojado...Ustedes porque no obedecen, siguen de farra y la madre del suri está muerta nadie la fue a ver ni nada.... Entonces Dios le da a cada uno una orden diciéndoles... Ya se les va acabar la farra aquí, ahora van a ser animales.... al zorrino lo mandó a vivir en el cerro de donde no puede bajar, al quirquincho le ordenó cavar un agujero para vivir, y al zorro que estaba muy borracho a los gritos le dijo que se fuera al campo donde podría gritar todo lo que quiera, a las palomas y a la perdiz que vivan en el campo y así siguió con los demás animales, sin embargo a la vizcacha, por portarse bien, la dejó andar saltando por donde quiera. Por eso dice que hay que obedecer al abuelo, hay que obedecer... Y la abuela dice, ya anda el zorro gritando por desobediente”.*

La fecunda renovación de la vida:

La fiesta de los difuntos

Desde nuestra perspectiva y, en coincidencia con numerosos estudios realizados sobre la temática, nos referimos al significado de la muerte para las culturas ancestrales de la región andina y por ende, al territorio calchaquí.

La re-existencia para la cultura milenaria de los pueblos calchaquíes, es el eterno retorno, la vida en ciclos, como el invierno y el verano, la noche y el día, es re-comenzar, porque cuando algo termina, algo nuevo comienza. Re-existir es re-inventar, es re-crear, Es la experiencia colectiva renovada e irrepetible. Pero lo nuevo no existe sin lo que termina. La vida es constante, solamente es recambio de

turno, la vida como la muerte es un ciclo vital, la semilla muere y da paso a la planta, la planta muere y da paso al fruto, el fruto muere y da paso a la semilla.

“...¿Cuál es entonces la visión andina de la muerte?. Nada muere o termina con fatalidad sino que es un continuo renacer, es caminar en distintos ciclos, es estar en uno y en múltiples lugares. Se plantea en términos de contradicción armónica porque la muerte es concebida como la continuación de la vida bajo la forma de “pasa-je-viaje”, que al cerrar el ciclo volverá a la vida real entre los vivos. Cada ciclo siempre es un nuevo comienzo...”

- Se fue- es la expresión utilizada; da a entender que la muerte no es el final de todo. Tampoco es el gozo del cielo o el sufrimiento del castigo, sino que es el fin de un ciclo natural de vida y el inicio de otro ciclo vital más elevado, donde prosigue la cotidianidad. Tanto es así que el hecho de morir no rompe los vínculos con la comunidad: el difunto sigue siendo comunero, aunque está en una nueva situación, en una nueva realidad”¹².

Para las culturas andinas, todo tiene vida, los árboles, los animales, hasta las piedras. Pero también los difuntos, por que todo se complementa para renovar la existencia.

Aquella heredad cultural forma parte de las prácticas de los abuelos calchaquíes. Los difuntos no se han ido. Están presentes siempre. Ellos han sembrado, ellos han cosechado, ellos han realizado sus propias experiencias. Esta siembra dio sus frutos y los frutos las semillas. Esas semillas son el legado que los descendientes van a aventar en los campos para renovar un nuevo ciclo.

A principio de noviembre, era el momento de la siembra. Los abuelos se inclinaban en la tierra y respetuosamente recordaban a los que se fueron pero nos dejaron su esfuerzo, sus mensajes, su sabiduría. Están pidiendo permiso a los hermanos difuntos para reiniciar la siembra. Es el abono que, desde la memoria, ha de fortalecer los espíritus para una siembra plena de vitalidad. Para las culturas andinas, la muerte no es el fin de la existencia sino la forma en que la vida continúa.

¹² Soni Vargas. *Cosmovisión ancestral. Vida y muerte en las culturas andinas*. En Revista CN N° 526 Sociedad. La Paz, Bolivia. Octubre de 2011.

Introduciéndonos en los relatos de los abuelos, nos cuenta Don Vidal Guaymás que en su familia se honraba a los difuntos, práctica que él aprendió de su mamá, y antes de sus abuelos: *“Pa’ todas las almas cocinaba, lo ponía en la mesa que ya van a venir las almas a comer, yo poco creía en esas cosas. Ya van a venir hijitos decía la mamá, a comer, a qué hora, a las doce y bueno que horas llegan las almas al comué, cuando han veniu nada va comer”*.

Para el festejo del Día de las Almas, los abuelos nos cuentan que se prepara todo como si fuera a esperar a una persona que está viva y que a las doce del mediodía se siente un vientito y es señal de que llegaron las almas, comen y se van también con un vientito.

Cuenta Reymunda Mamani de San Carlos: *“Nuestro Señor no les da más permiso, que su abuela le contaba que las almas iban a volver y que la gente anda preguntando por ahí como es que van a volver, él dice que todavía no ha vuelto nadie y eso debe ser porque se fueron muy allá”*.

Por su parte Celestino Meriles recuerda: *“Eso es para todos los santos. Antes era lindo, había mucha chicha, aloja, hacían comida para el día y después cantaban mucho la gente. Y cuando se iban las almas, cantaban, eso hace muchos años... en la casa todos preparaban... y ahora no, no creen, algunos han quedado que creen y hacen”*.

El día de los difuntos se celebra el 1° de noviembre y se lo conoce como el Día de las Almas. Los abuelos afirman que antes tenía otro sentido. Margarita Mamani de San Lucas nos relata: *“mis padres decían que las almas llegaban motivo por el cual preparaban comidas y bebidas para agasajarlos como chicha, mate, quesadillas, empanadas, en una gran mesa. También se cantaba con caja coplas para las almitas. Se iba al cementerio, se hacía misa, se hacía pan chiquito y aloja de mani”*.

Recuerda Don Zenón Díaz que el Día de las Almas: *“le hospedan, le hacen todo lo que ellos sabían disfrutar antes”*.

Crespín Cruz de Angastaco lamenta que se esté perdiendo estas prácticas: *“Ese día -1° de noviembre- el de las almas, se está perdiendo, ya casi no se hace. Sí se va al cementerio, se hace misa, algunos ponen la mesa, algunos nomás. Nosotros hacemos pan casero chiquito, la aloja se hace de mani”*.

Robustiano Herrera de San Carlos lo sitúa en el calendario: *“Es en noviembre, se lo conoce como Día de las Almas. Vos sabés que antes el Día de las Almas tenía otro sentido, ahora no. Mi mamá antes sabía decir ya van a llegar las almas y hacía pan, hacía quesadilla, arroz, empanada, pan dulce, chicha y en la pieza ponía la mesa, ponía todo, mate cebado, pero ya se ha perdido no?.. después se cantaba con caja...yo soy casado, tengo tres chicos, yo sabía hacer pero hace tres años que no, era un legado de mi madre”*.

Una práctica colectiva para estar tejiendo los saberes: La Conchana

Las abuelas, las madres calchaquíes, han sido desde tiempos remotos las transmisoras de los conocimientos, de los saberes culturales. Aquella tarea milenaria se concretaba en momentos de profundos vínculos colectivos de los hombres, las mujeres, los jóvenes, los niños. La “conchana” era el momento alrededor del fuego, en que se juntaban todos en la noche después de las actividades diarias para compartir las experiencias, para transitar los caminos de la memoria, para recordar y valorar a cada hermano de la naturaleza, para ejercitar una destreza.

Rescatando la voz de los abuelos, apelamos a los recuerdos de Doña Reymunda Mamaní que se refiere a aquellos encuentros junto a su familia: *“Nosotros de noche teníamos el fuego en el medio, el conchana, le decíamos, y nos poníamos hacer tortilla para comer y mi abuela tenía muchos nietos el otro se ponía a cebar mate para la abuela y otra se ponía a hilar, y el otro se ponía a torcer hilo, todos teníamos actividad, a la noche recién nos juntábamos todos a tomar mate, a hacer tortilla, a hilar, a torcer hilo, a ovillar hilo todo a su vez y ahí contaba cuentos la abuela... una de esas historias relata la creación de los animales como los conocemos hoy, ya que antes eran personas. Esta historia sucede alrededor de una fiesta en donde todos los animales estaban festejando, cantando y tomando, sin obedecer y es por ello que Dios los castigó convirtiéndolos en*

animales, así por ejemplo al zorro que estaba muy emborrachado gritando le dijo que iba a estar gritando todas las noches como estaba en ese momento”.

IV

MEMORIAS DEL DESARRAIGO

A partir de una mirada crítica, sostenemos que, desde los primeros tiempos de la dominación española, los calchaquíes estuvieron permanentemente yendo y viniendo, desde el exilio volviendo al pago. Este largo camino recoge la memoria trágica del desarraigo pero que, definitivamente el calchaquí lo asume con la fortaleza que le permite reclamar la propiedad de la tierra a partir del reconocimiento de ser los hijos de la misma a la cual se vuelve por el afecto que se tiene, por el arraigo.

Los territorios entonces no son políticos, no son departamentos, municipios o países. Son los territorios culturales, aquellos que en los primeros tiempos fueron transitados por los caravaneros y los llamados trashumantes, las primeras experiencias colectivas de los pueblos de la región, aquellos pastores o agricultores que se desplazaban en diferentes pisos ecológicos conforme a las condiciones climáticas, a partir de una concepción de cuidado de la vida en todas sus formas.

Aquel proceso armónico fue cortado compulsivamente por la conquista española. Al respecto Leonardo Gutiérrez de Angastaco nos aporta: *“Bueno, es que las tierras eran del indio. ¿Me entiendes?”*. El confinamiento y la explotación fue la condena a los antiguos calchaquíes. Esclavizados, en las fincas del Valle de Lerma y de las tierras bajas de Tucumán, en los largos caminos hacia el Potosí; invisibilizados en las quebradas lindantes de los Valles Calchaquíes, en las profundidades de los montes del Chaco; condenados al destierro en las reducciones de Santiago del Estero, de Córdoba, La Rioja y Buenos Aires.

Más tarde y durante la República, los vaivenes de los intereses económicos dominantes ponen de manifiesto el permanente deterioro cultural y el despoblamiento del interior profundo de la Argentina. Para algunos, solo queda el “conchabo” en las grandes fincas de los Valles Calchaquíes bajo las condiciones que fija el dueño, más conocido como el “patrón”.

De aquel proceso histórico, los calchaquíes están volviendo nuevamente abocados a la tarea incesante de reinventar nuevas formas de supervivencia. Cómo explicarlo. Otros lenguajes, otros códigos, la raíz genética que aflora desde la tierra, algo que los junta de nuevo, es el huayra que los arremolina.

Desde nuestras observaciones, percibimos que para el calchaquí, el territorio es un lugar sagrado, es la fuente de vida. En su regazo, la madre tierra cobija a todos los hijos de la naturaleza, manifestándose una afectuosa comunidad que debe prodigarse hacia una vida plena. Rescatemos entonces la voz de los abuelos que nos transfieren sus percepciones y vivencias sobre el desarraigo.

El relato de los abuelos, da cuenta del desplazamiento territorial que sufrieron. En este proceso, existen diversos factores de movilidad, en el que se destacan con mucha fuerza la expulsión de sus tierras y la búsqueda de trabajo para mejorar sus condiciones de existencia. Al hablar de sus antepasados Doña Adela Cabezas de Angastaco hace la siguiente referencia: *“Ellos no eran de aquí... eran de otras partes... no eran de acá. Los Cabezas se han venio bien de lejos vienen. Han venio aquí a Angastaco”*.

Los abuelos recuerdan su lugar de origen, aquel en el que nacieron y vivieron sus primeros años. En la mayoría de los casos, con el tiempo se desplazaron hacia nuevos lugares. Ellos proceden de diferentes pueblos y parajes como Santa María, Ampasango, Pampa Llana, Jasimaná, El Carmen, Amaicha, San Lucas, Guachipas, Palipintao, Santa Rosa, Payogastilla, Abrapampa, Huasaloma, Gualfin, entre otros: *“Yo nazco en Santa María, en Ampasango”* (Elvira Agüero-Angastaco). *“Nosotros vivíamos en Pampa Llana, después vivíamos en Jasimaná, y después se hemos venido al Carmen”* (Evita Corregidor-Angastaco).

“Vivía en el campo” (Cruz Cardozo-Angastaco). *“Mi mamá es*

de San Lucas...y mi papá no sé de donde sería mi papá no sé... nunca no le he preguntado...mi abuelita era de Guachipas. Nosotros vivíamos antes, hace muchos años vivíamos en Palipintao, Santa Rosa en Payogastilla un poquito más arriba....no me acuerdo yo ya, para que voy a decir...ya después yo me he venido chica todavía para acá para San Rafael, ahí me he acabado de criar, como ahí teníamos una casa nosotros en San Rafael” (Toribia López - San Carlos).

“Yo he nacido sí... en la zona de los valles, pero no aquí. Yo he nacido allá en... en lugar que se llama... en Abra Pampa, ahí en... en Departamento de San Carlos le llaman por supuesto...vivían en el campo, o mejor dicho, le llaman los puestos para ahí para la costa. Uno vivía como aquí, el otro como allá en Guasaloma, otro como allá para la banda, y así en los puestos retirados. Y nada menos porque la juventud se va criando y se va yendo y... quedamos los viejos no más pué” (“Chololo” López-Angastaco). *“He venido desde los 11 años y desde esa fecha que estoy aquí, soy de un poco más allá, El Carmen. En la parte que le decían La Cabaña”* (Vicente López-San Carlos).

Mientras que algunos abuelos fueron desplazados, otros manifiestan su arraigo al lugar de origen como lo expresa Don Cruz Cardozo de Angastaco: *“Mis abuelos en el pueblo donde han vivido, ahí no más han vivido y han fallecido”*. Esta querencia por su tierra natal se observa cuando expresan su voluntad de continuar viviendo en el lugar donde han nacido y se han criado, así lo expresa Doña Solana López de La Viña, Don Inocencio Pastrana, Don Cruz Cardozo y Doña Constantina Cutipa de Angastaco: *“No, yo no me acostumbro señora irme a vivir a otro lado”, “Aquí quedamos Basilio, yo y otro que vive ahí en La Banda, se llama Damián Pastrana”, “Yo aquí yo no más estoy quedando, mis hermanos se han ido a vivir a San Rafael otros se han ido Salta ya no hay más nadie”, “Nosotros vivíamos aquí”, “Mi abuelo, él era el papá de mi mamá, era de aquí no más”*.

Los abuelos son conscientes de los procesos de migración que atravesaron y atraviesan las distintas generaciones y que en muchos casos están relacionados con la búsqueda de una mejora laboral. Otro factor son las condiciones climáticas desfavorables. Pero fundamen-

talmente se destaca la expropiación de terrenos por parte de terceros, razón por la cual las familias deciden trasladarse a otros lugares. Doña Adela Cabezas de Angastaco afirma: *“Ya no! Ni uno ha quedado para ahí. La gente esa ya no. Pa’ ese lao hay ya otra gente. Otra ya, otra gente. Los otritos se han ido. Di ante no hay ni uno ya di ante. Todos se han ido... se han ido todos... llevando su tropa se han ido. Así que no... no hay ya. Esos que hay ya no son ya de los que había”*.

Aquellos “nuevos” dueños encarnan la figura del patrón, un actor fundamental en la geografía calchaquí. El patrón es el que decide sobre las tierras que posee y las personas que las habitan. Nos cuenta Don Cruz Cardozo de Angastaco: *“Nosotros somos apenas como peones, el dueño es el patrón, nada más, el día que diga que salga de adentro, tenemos que salir porque nosotros no somos, nosotros somos arrimados, porque no somos dueños... nosotros vivíamos ahí en el campo ve?, como aquí, pero en una finca, vivíamos en el campo y trabajábamos ahí”*.

El patrón, dueño de la tierra, otorga en préstamo a las familias un pedazo de su posesión para que puedan vivir, a cambio de ser los peones en su finca. Recuerda Don Vicente López de San Carlos: *“Yo no vivía aquí, yo vivía ahí en la finca en la Buena Vista, ahí vivía en la casa de los dueños... una casita nos daban, de ahí un pedacito de tierra que a veces podíamos poner algo*. Don Inocencio Pastrana de Angastaco comenta como su abuela fue llevada por sus patronas a otro lugar para que continúe trabajando para ellos: *“Mi abuelita no era de aquí, era de Amaicha, de Molino, él era de aquí. A ella la han traído los patronas de Amaicha y se juntaron con los abuelos Correa, de la finca del frente, hay dos bodegas”*.

La figura del patrón para algunos abuelos es muy negativa: *“ellos son los dueños o los extranjeros”* y esta valoración se debe al desposeimiento de sus tierras que implicó que los lugareños debieran abandonar el lugar pues no quedaba otra opción. Nos dice don Juan Cruz de Angastaco: *“Yo tengo, creo, una mala experiencia porque ellos vienen, como quien dice que nos vinieron a conquistar los españoles acá, que dice que nos han hecho un beneficio, bueno sí, trajeron la agricultura. ¿Pero que han hecho?, los han desterrado a los indígenas, no cierto?. Ahora vienen los grandes extranjeros,*

maquinaria, tecnología y el obrero no encuentra trabajo, tiene que irse o sea que nos están expulsando a nosotros, a nosotros. Han hecho mal los Miralpeix, han vendido sus tierras...ellos ni viven acá”.

Surge de la memoria de los abuelos un hecho fundamental en la historia del pueblo animanista. Un episodio que renueva las causas libertarias de los calchaquíes, una realidad que se hace carne en la indigna explotación de un pueblo. He aquí algunas memorias del “Animanazo”, que desnudan las oprobiosas condiciones de vida que impone el patronazgo en la Finca Animaná, una historia de pobreza y desarraigo.

Doña Lilia “Cuca” López de Torino relata sus vivencias: *“ha llegado una época en que han empezado a dejar de pagar un mes, otro mes hasta que ha llegado el famoso Animanazo. Ahí están los dibujos que hay en una plazoletita frente a la iglesia... como no le pagaban, la gente necesitaba comer y vivir, los chicos iban a la escuela, descalzos, no llevaban nada de lo necesario, no nos mandaban de la nación, tampoco útiles, cosas, como hay ahora, cantidades para darles. Nosotras juntábamos los papeles de estraza que vendían en los negocios, asentándolos bien para que los chicos ahí hagan sus deberes, sus ejercicios todo, porque cuaderno no tenían, y bueno, nosotros le dábamos de comer porque teníamos la partida para la escuela”*.

Ella recuerda que: *“Mi marido tenía negocio y ahí se sabían sentar todos los peones en la vereda del frente, les hacía hacer sandwiches de pan con mortadela para que tengan para que coman por lo menos”*.

Doña “Cuca” continúa con su relato: *“En el Animanazo el pueblo se ha unido, así que ahí no había peleas, nada, al contrario, todos unidos y ayudándonos unos a los otros, las instituciones, todo. Ahí donde es la antena, esta que es de los teléfonos, bueno ahí, como antes no había antena, ahí era la olla popular, y todos ayudábamos con lo que podíamos, a los chicos y a los grandes y todo, hasta que bueno... después han venido también abogados de Salta, de estos gremialistas y bueno, se ha solucionado y ha vuelto todo a la normalidad. Nosotros hicimos una nota, como decía, al Presidente, firmado por todas las autoridades, la Policía, el Registro*

Civil que había entonces, el Intendente, la Escuela y la Iglesia. Ahí le pedíamos al Presidente de que intervenga aquí para que se solucionara el problema porque ya hacía meses que la gente estaba sin cobrar”.

Nital Díaz de Animaná, es memoria viva de aquella pueblada, un protagonista inestimable que recuerda este hecho que deja a las futuras generaciones profundas enseñanzas: *“Lo que pasó es que se tomó la Municipalidad como protesta...estábamos entre 3 y 4 meses sin cobrar y si por ahí nos pagaban quincenal, pero que pasa, pagaban una quincena ponele de octubre y quedaba la otra, ya se cumplía el mes y ya era mucho, ya los negocios no nos querían solventar la comida digamos, porque antes los negocios nos fiaban la comida, nos daban la libreta anotado, cobrábamos, pagábamos y al no cobrar nosotros ellos tampoco, ellos si vendían pero todo fiado dinero no hay con que reponer, por todo eso era la protesta, y por otras cosas más que ya venían de hace tiempo....*

...El Animanazo se hizo todo a favor de todos los obreros, no había diferencia sino que era de común acuerdo entre todos, hemos dicho lo vamos a hacer, lo vamos a hacer, pero por supuesto la mayoría no era tonta, siempre hay en el grupo unos dos o tres que están con el patrón, por cobardía o que se yo porque no apoyan totalmente, pero igual hemos seguido adelante...de la Iglesia no hemos tenido apoyo nosotros, una porque no había Párroco por aquí, venían en esa época de Cafayate, de San Carlos, lo que si teníamos apoyo era de los negocios, uno que era más grande y otros más chicos, despensitas...

...Si cuando se armó la movilización, todos nos apoyaron, la Escuela para los chicos todos salieron, después otras instituciones no, también el Club que se formó y todos trabajaban así que venían a la movilización, después la Escuela también....

...Nosotros pensábamos en resolver nuestros problemas, que era de los trabajadores, que la gente trabaje bien para comer, para darles de comer a sus hijos, pero lo demás no he pensado, no lo he pensado pero después cuando a mí me detienen para mí era todo era risa porque claro una persona inocente que miedo puede tener. A nosotros que damos gracias que estamos aquí con nuestras fa-

miliars por uno de la aviación un tal Herrero de Cafayate que era Comodoro, y era amigo de un señor Ríos que ya falleció que era el Secretario General del Sindicato, cuando nos detienen el hijo de este señor Ríos llama al Comodoro este Herrero para informarle que aquí en Cafayate habíamos ido seis, siete detenidos. Allí se enteraron de todo esto y del cuartel da la orden de que no se toque a las gentes, porque nosotros estábamos para la guillotina”.

Por otra parte, algunos abuelos comentan haber abandonado su lugar de origen por contraer matrimonio como es el caso de Doña Elvira Agüero y Julia Vilte de Angastaco, ellas recuerdan: *“me casé y me vine al pueblo. Yo me vine aquí porque me casé con mi marido, ya éramos primos, pero él vivía aquí y yo vivía en Santa María”*; *“A mí, mi mamá me ha tenido, he nacido en el campo en los cerros, ahí me ha tenido mi mamá y ahí he vivido hasta los 24 años que yo me casé y recién me vine al pueblo y ya con tres hijos porque yo me he casado y tuve varios hijos”.*

La pérdida de un familiar cercano es otro móvil que determina para un abuelo la decisión de trasladarse a otras tierras, en pos de una mejor vida como relata Doña Toribia López de San Carlos: *“Bueno, nosotros cuando ya ha fallecido mi mamá, mi papá me dice, bueno, le ha dicho a mi hermana, porque mi hermana ya era mujer grande ya, que le ha dicho a ella, bueno vamos pa’ San Rafael, ahí vamos a vivir ahí en la casa de nosotros porque mi papá cuando estaba en la finca, era la casa del dueño de la finca que no era de él propia”.*

Para otros, pertenecer a una familia numerosa resulta un factor determinante al momento de considerar trasladarse a otro lugar. Dice al respecto Evita Corregidor de Angastaco: *“De Pampa Llana nos vinimos, porque nosotros ya éramos varios hermanos, éramos como ocho, nueve, ya ni sé porque somos varios”.*

En la actualidad, los abuelos reconocen nuevas causas de desarraigo. Las migraciones representan la búsqueda de nuevos horizontes, la atracción por la ciudad y sus innovaciones tecnológicas: *“Mucha gente se ha ido porque le gustó la ciudad. Teníamos que trabajar la tierra, arar con paleta no había tractor. Se cosechaba el trigo a pulmón, no había máquinas. Todo era a mano”*, así nos cuenta Don “Tuco” Rivero de Angastaco.

Otros abuelos expresan que sus hijos y nietos -aquellos que se han trasladado y crecido en la ciudad- ya no quieren volver al pueblo donde nacieron, así lo relata Doña Evita Corregidor de Angastaco: *“Mis hijos ya no quieren vivir acá, más ya tienen changuitos grandes que han nacido allá, aquí ya no se acostumbran....no los veo casi, ahora para el día de la madre vino mi hijo y cuando quieren venir vienen toditos y ahora cuánto está el pasaje. Yo no puedo ir, así que les digo ustedes vengan, sino no, yo no puedo. Ellos tienen su negocio, su verdulería, así que ellos no han venido por no dejar sus cosas”*.

Doña Susana Carral de Angastaco manifiesta que el pueblo no ofrece muchas oportunidades para los jóvenes quienes buscan continuar sus estudios en niveles superiores o trabajar en otros ámbitos que no sea el campo. De esta manera afirma: *“A la ciudad tienen que ir porque aquí no hay más. Terminan la secundaria y después ya tiene que irse”*. A su vez, desde su perspectiva, la gente migra por no soportar las condiciones de trabajo en el campo: *“Es que ya se ha ido mucha gente, será por eso, migraron. La gente joven ya no quiere, queda la gente grande no más. La gente joven ya no quiere, migran a la ciudad, ya forman su familia y ya viene de visita no más. Y bueno, porque ya no le gusta trabajar en la tierra, creo yo ¿no?. Además no es muy rentable pué, entonces encuentran trabajo en la ciudad y también estudian allá y entonces parece que ya les conviene y se quedan en la ciudad la gente”*.

A pesar de los desplazamientos voluntarios o compulsivos que han afectado la vida de los abuelos y miembros de sus familias, muchos de ellos expresan que pudieron volver al lugar en el que nacieron, lugar donde gestaron sus experiencias de vida.

Don Zenón Díaz de San Lucas cuenta que a pesar de haber tenido que salir de su lugar de origen por trabajo o por el servicio militar, siempre volvió al cerro donde él se ha criado: *“Yo siempre me he cria’o aquí, he salido a trabajar pero he vuelto siempre”*. También Doña Elenita Cruz de Angastaco, sostiene esta idea del retorno cuando manifiesta: *“Y yo después de los 21 me he ido a trabajar. He vuelto a los 30 tenía. Y ya me quedado en el cerro nomá. Pero yo vivía en el cerro, mi papá ha subido y lejísimo, se llama Vásquez, ahí*

me he criado yo me acuerdo. Y ya cuando venía mí, cuando venía mí... a ver mí...mí papá venía a ver a mí Pucara tiene, el Tiupampa se llama el lugar”.

Lo mismo sucede con Doña Feliciano Fabián de Angastaco cuando recuerda: *“Mi marido quiere ir pero... sabe que por asunto pongamos de la carne es muy cara y pa’usted cría así cabras, vaca lo que sea cuando le falta la carne usted va a hacer carne, es su trabajo, no está comprando y me dice vamos che pal cerro. Andate vos yo le digo, yo ya se me acabado la fuerza, ya no pal cerro no si usted tiene que andar como... cerro alto así sabíamos andar”*.

LAS FIESTAS POPULARES

Como en toda la América Profunda, el pueblo calchaquí es una comunidad festiva en permanente movimiento. Yendo y viniendo, como los ciclos de la naturaleza. Un caminante que, desde los antiguos llameros, viene transitando y protagonizando una experiencia milenaria.

Cuando abruptamente el conquistador español quebró la paz de los algarrobales, prohibiendo las prácticas culturales propias de los pueblos calchaquíes, ellos reinventaron nuevas formas de vida. Es así que, la “fiesta” se convierte en el lugar propicio para construir un espacio para el encuentro colectivo y recrear en su seno sus propias prácticas culturales. La “fiestas populares” son los nuevos espacios que recrea el pueblo “para volver a estar juntos”.

El carnaval, las fiestas patronales, el recuerdo de los difuntos, la Pachamama, las marcadas y señaladas, las grandes peregrinaciones religiosas, todo es propicio para el reencuentro. Si bien se adhiere a aquellas convocatorias populares con fe y profundo respeto, desde las entrañas de la heredad cultural surgen y se ponen en movimiento aquellas manifestaciones culturales propias que permanecen “escondidas” en la memoria.

Todo lo prohibido aflora, todo lo invisible se hace luz. Es un campo de confrontación y pugna entre mundos culturales diferentes plenos de vida.

Las fiestas aparecen en la memoria de los abuelos como aquellos lugares públicos donde volvían a estar juntos, a bailar, cantar, jugar, era la “alegría” sostiene Doña Constantina Cutipa de Angastaco, “era lindo” afirma Doña Luciana Escalante de San Antonio y,

brindaba la posibilidad de divertirse sanamente porque *“la gente salía a divertirse, no a joder como ahora”*, nos cuenta “Tucu” Rive-ro de Angastaco.

Pero lo festivo, desde la dimensión cultural de los antiguos calchaquíes es la vida misma. La gran fiesta permanente de la crianza.

La fiesta es el ritual de estar siempre transitando la memoria colectiva, para agradecer respetuosamente a los hermanos de la naturaleza, por lo realizado colectivamente, para sanar los vínculos, para recordar su pertenencia comunitaria.

Paradójicamente, aquella fiesta, no es la fiesta del desorden, sino el momento del encuentro colectivo para celebrar y recordar su pertenencia al orden, el orden respetado por nuestros abuelos culturales, el orden de la naturaleza.

Es tiempo de carnavlear

Los abuelos consideran que el carnaval tiene entidad propia, llega, y se va solo. El carnaval comienza con el desentierro que se realiza *“el primer sábado antes del carnaval grande”* comenta Audelio “Lelo” Carrizo de San Carlos.

El carnaval es el momento de encontrar pareja y de juntarse para independizarse, como es el caso de Evita Corregidor de Angastaco: *“Así, un día ha llegado el carnaval, yo le digo a mi mamá, mami yo me voy para Angastaco y si me sale un marido, yo me caso y me junto”*. Por su parte Julia Vilte de Angastaco, rememora: *“Yo me he casado a los 22 años y yo era la que levantaba los carnavales con mi caja al hombro”*. También el carnaval, representaba la posibilidad de desafiar el mandato del patrón, un tiempo de relajo y de descanso: *“Ya estoy cansada tanto trabajar con esas ovejas, encima me hago retar con el patrón”*, subraya Evita Corregidor.

Adela Cabezas de Angastaco nos recuerda que el carnaval era y es una de las fiestas principales en el pueblo, y se extendía por tres o cuatro días seguidos, en donde *“cada día era un ritual”*. La gente del cerro acostumbraba ir al carnaval porque era una fiesta, un paseo,

la oportunidad de cantar y divertirse, *“el carnaval era una fiesta... Carnaval...! Salgo a pasear, era divertido”*.

Elvira Agüero de Angastaco nos dice que en el pueblo era usual ver pasar a la gente de arriba hacia las carpas: *“ya pasaban esa gente de río adentro, pasaban para las carpas que hacían abajo y se iban con las frazadas para poner las guaguas, todo ahí”*.

El carnaval solo se hacía desde el sábado, hasta el miércoles de cenizas. Luego, se esperaba al carnaval para el próximo año: *“Empezamos el sábado de carnaval y terminábamos el miércoles de cenizas, y después empezaba lo mismo y era lejos para ir y volver otra vez”*, narra Doña Estanilada Alarcón de Cardozo de Animaná.

El carnaval era para divertirse sanamente. El deseo de un vallisto, era ponerse una carpa para que el que quería beber bebiera y el que no, no lo hiciera, y esa era la diversión, cantar y bailar zambas, gatos y chacareras.

El carnaval se vivía desde niño, observando cómo sus padres y parientes hacían los preparados para jugar en Carnaval: *“Yo cuando era chico ya viví el carnaval, pechaban caballo, hacían almidón. Yo me acuerdo que mis tías, con mi mamá sabían hacer ollas así de grande sabían mojar el trigo y después lo apretaban y salía después lo dejaban que se asiente y le quedaba así harina y eso después lo hacían secar al sol y salía otra cosa parecida a la maicena y con eso jugaban mucho antes”*, recuerda don Zenón Díaz de San Lucas. *“Jugaban con harina, lanzanieve, papel picado”*, según relata Felicitiana Fabián de Angastaco.

El abuelo Dionicio López de San Carlos menciona que solo los padres salían para los carnavales, los niños tenían permiso para ir a mirar y luego debían volver a casa: *“los padres eran los únicos que salían para el carnaval y a nosotros nos daban permiso para nada más de ir a ver, nos daban dos horitas que salgamos a mirar, para que volvamos y lleguemos a casa para cuidar a los más chicos”*.

“La gente jugaba con este..., harina, serpentina, esas cosas, así era el carnaval...se cantaba en las cantinas todo el día hombres y mujeres, juntos o separados...y había cantinas, en donde se jugaba

con barro, se cantaba con cajas, con bombos. Se tiraban talco o harina”, describe Don Crespín Cruz de Angastaco.

Don Julio “Ñato” Flores de San Carlos, describe la importancia del canto con la caja en las fiestas: “Mi mamá era muy buena cantora, se amanecía cantando. Lo que a mí me gustaba era el canto, cantaba mucho la gente grande, No sabe los carnavales que se armaban, día y noche lleno.....y los cabritos tirados de la soga, decíamos éste para el horno, para la sopa, y el otro para la parrilla... en Animaná había baile carpas muy lindas, muy divertida la gente. Yo la llevaba a mi mamá y se ponía a cantar hasta la hora que ella quería. Antes esperábamos navidad, el 4 de noviembre, año nuevo y no veía la hora que llegue carnaval. Mi padre me daba 5 pesos para que pase el carnaval. Antes el cajón de cerveza valía 0,15 centavos. Comía un lechón y una sopa a 30 centavos”.

Con mucha alegría, Lucía López de Animaná se refiere al carnaval: “Y, el carnaval ¡antes eran hermosos!, ahora por ahí hacen una fiestita loca nada más, será porque esta todo caro, por eso vienen pocos, en donde festejan lindo es en Cafayate y San Carlos. Antes era lindo, hacían carpa, bailaban, pechaban a caballos y... ¡ahora no!. Pero en Cafayate usted va y es parecido a cerrillos, parecido es; muy lindo. Van muchos ahora para Cafayate y San Carlos.

También recogemos el testimonio de Marciana Carrizo de Animaná: “Antes ponían carpas no?... así como toldos, y a la vuelta lo cerraban con caña muerta de los cañaverales, tenían una fragancia los carnavales de antes, porque jugábamos con almidón, el almidón se hace de trigo, eso se lo pone a remojar en una cosa amplia así, varios días, Ud. lo revienta así al granito y ya sale como una cremita y ya está, entonces ahí hay que desarmarlo al trigo todo, todo, después colarle para que salga la chalita y quede harinita nomás, después de eso la harinita se la extiende en un mantel grande para que se seque, y con eso se jugaba y los encartuchaban en unos cartuchitos que hacían de papel y varias señoras hacían para venderlos, en ese entonces valía 10 ctvs. cada cartuchito”.

Donde florecía con mayor energía la copla era para el tiempo de carnaval, según se acuerda Doña Ofelia López de Animaná. Para el carnaval se juntaban todos los viejitos a cantar con cajas,

hacían cantinas y rondas de contrapunto de coplas, y a coro se entonaban estribillos. La gente salía a las calles cantando con cajas, porque el carnaval verdadero era cantar con cajas: “Pasaban por las calles cantando con cajas, era hermoso, eran hasta diez, once, hasta veinte personas cantando y hasta incluso venían del Barrial y cantando se iban de cantina en cantina y ahí cantaban era hermoso, hermoso, muy lindo, eso era el carnaval digamos verdadero, cantar con cajas no? Contrapuntos de coplas, pero todo bien ameno, bien cordial y después la ronda se pasaban el vasito de vino para que se vayan entonando mejor los cantores y así seguían, hermoso”.

Para Doña Sergia Gaspar de Isonza, la vida en los cerros es hermosa, la fiesta es el lugar de encuentro de todo el pueblo: “Yo i ‘nacio en Potrero de Díaz y me han anota en San Carlos... mis padres y abuelos son nacio y cria en Isonza... todita la vida en el campo con la siembra y el pastoreo... yo mei’ casao a los 60 ... tengo un hijito adoptao... Ahora ando todo el día con la Asociación Indígena de Potrero de Díaz. Me gusta mucho las fiestas que se hacen pa’ carnaval. Me encanta bagualiar. Antes bailábamos tanto que perdíamos la alpargata en Pascua, con la señalada y con la Pachamama”.

Las marcadas y señaladas

Otras fiestas que recuperan los abuelos son las marcadas y las señaladas de animales. Estas consistían fundamentalmente, en marcar la hacienda es decir al ganado vacuno y caprino. A las vacas, poniéndoles la marca del dueño y a los chivitos cortándoles las orejas: “la señalada tan los corderos vé...los chivos en el corral y ahí comenzaban a pillarlos y cortarles las orejas”, nos cuenta Doña Constantina Cutipa de Angastaco.

También se las denomina corrida de animales como recuerda Don Julio “Ñato” Flores de San Carlos: “Eran las corridas entre los que tienen hacienda, íbamos al cerro...en ese tiempo entraban como 800 animales vacunos en el corral para marcarlos y eran malos ¿no? y ahí estábamos nosotros meta marca”.

Para estas fiestas se invitaba a todos los vecinos y se hacía un gran convite: *“Pa’ los cerros parai se juntábamos a cantar las coplas porque hacían unas señaladas de los chivos, marcada de vacas, ahí lo invitaban a uno y si nos invitábamos íbamos... así como digo, la marcadita, la señaladita, allá se cantaba con cajita, porque para esos años no había para bailar, la cajita, la diversión de nosotros era...”*, rememora Doña Constantina Cutipa de Angastaco.

Estas fiestas se realizaban para tiempos del carnaval, año nuevo, navidad, en esas épocas se estilaba realizarlas. Son fiestas chicas, con estilo sencillo, donde es habitual la práctica de la sahumada a los animales y a los invitados presentes con yuyos de la zona, construían la apacheta y ponían lana de colores en las orejas de los animales, se cantaba con la caja, relata Don “Chololo” López de Angastaco: *“Nosotros realmente en las marcadas y las señaladas era para tiempo de carnavales, tiempo de año nuevo, ¿de navidad vé?. Entonces en esas épocas hacemos marcaditas, no grandes, chiconitas nomás, pero siempre era un estilo...mis abuelos ellos tenían los sahumeros ahí, los yuyitos como le decimos la coninchina, la poposa, la chachacoma, todo eso, con eso se sahumaba y después para convidar hacíamos la apacheta y lana y lana teñidita y después ponerse a cantar”*.

Las festividades religiosas: “Cada pueblito con su santito”

Las fiestas religiosas más mencionadas por los abuelos son las fiestas en honor a los Santos Patronos, puesto que *“cada pueblito tiene su santito”*, nos dice Doña Elvira Agüero de Angastaco. En todos los parajes se realizan fiestas patronales pero sobresalen por la convocatoria de feligreses la festividad de la Virgen del Valle del 8 de diciembre, la de San Carlos Borromeo que se celebra el 4 de noviembre y la fiesta de Nuestra Señora de la Merced el 24 de setiembre, entre otras.

En estas fiestas se veneran a los santos patronos de cada localidad, sacándolos en procesión. Es una tradición en la que participa

todo el pueblo, las escuelas, los fortines de gauchos, bandas de música y demás instituciones civiles. Además en ellas se cuenta con la participación de las autoridades provinciales. Para Don Inocencio Pastrana simplemente *“las fiestas patronales son hermosas”*.

Máximo Vera tiene vivencias para compartir y nos relata: *“Nuestra señora de la Merced ahora para el 24 de setiembre, después en San José de arriba... ahí hacen lindas las fiestas, todas las fiestas patronales son lindas”*.

Con igual fervor las fiestas patronales de Animaná son rememoradas por los abuelos. Doña Ofelia López nos dice: *“La Patrona nuestra es Nuestra Sra. de la Merced, aunque en la capilla esta San José como Patrono porque ahí hay una placa pero nuestra Patrona es ella, la celebramos todos los 24 de setiembre y después la costumbre que tenemos acá para la misa del Día de las Almas y Todos los Santos, nosotros todavía no hicimos una procesión con los santos como hacen en San Carlos y con los nuevos sacerdotes que han venido, entonces ellos hacen una procesión con todos los santos, cada uno con el santo devoto que tiene lo saca en procesión y después en el Día de las Almas hacemos ofrendas por ejemplo a mi mamá le gustaba la empanada, tomar la coca cola y bueno así le ponemos le hacemos la ofrenda, se acostumbra aquí a preparar comida de lo que le gustaba a los padres, a los hermanos, a los esposos, se hacen ofrendas y después la misa se realiza en el cementerio...la fiesta espiritual, gracias a Dios la mayoría somos muy católicos, son muy pocos los de otra religión, la mayoría somos católicos, y después tenemos las fiestas cívicas que se hacen en el plaza, la vendimia, la fiesta de la vendimia que se hace en febrero y después las fiestas de fin de año, todas con misa, con cada familia.*

Doña Feliciano Fabián de Angastaco, recuerda con fervor la festividad del Señor y de la Virgen del Milagro que se desarrolla el 15 de setiembre todos los años, expresando que miles de feligreses se van caminando a la ciudad de Salta para participar de la procesión: *“La fiesta del 8 de diciembre de la virgen y el 15 de setiembre del Señor y la Virgen del Milagro esas son las fiestas más importantes para mí, más grandes que tenemos es el del 15”*.

Constantina Cutipa de Angastaco, nos cuenta sus vivencias: *“Si, voy a la procesión del milagro, pero lejos de la virgen, no puedo ir cerca”*.

Otra fiesta que señalan es la Fiesta de la Cruz, que se celebra el 3 de mayo, en donde se asiste con un ramo. En esta fiesta se realiza una misa en la cruz de entrada y salida del pueblo: *“El Día de la Cruz es el día que se sube al cerro de la cruz, yo ese día caminaba para el Día de la Cruz, ahí íbamos con el Padre. El Padre subía aunque yo creo que ahora no va uno”*, nos comenta Doña Evita Corregidor de Angastaco.

“Ahh, es allá en esa lomita, hay una cruz, ahí vamos el 3 de mayo, el Día de la Cruz era, no ahora dicen que ha cambiado, cuando era el 3 a las 6, 5 y media ya sabíamos estar saliendo de la lomita arriba del cerro”, recuerda Feliciano Fabián.

Crespín Cruz nos cuenta que el 8 de diciembre es la fiesta patronal de Angastaco: *“Se hace una linda fiesta, se hace la novena, el desfile de los chicos, hay chocolate y la procesión”*. Por su parte Constantina Cutipa señala que, para las fiestas patronales del 8 de diciembre, ella le hace misa a su virgen y la lleva en las espaldas hasta Angastaco. También nos relata Elvira Agüero que para la fiesta era venir a la misa y a la procesión y nos agrega: *“Venían los misachicos de todos lados, traían santitos de todas partes, de todos los cerros... dejaban las anditas en la iglesia y de ahí salían a la procesión, eso me acuerdo yo...la fiesta más cercana aquí era la de Santa Rosa y la del Carmen”*.

Julio Díaz de San Carlos manifiesta: *“La fiesta es de la Virgencita Milagrosa, yo voy el día que es la fiesta, la octava ya no voy. Yo cumplo con el día de la virgen”*. Don Juan Cruz nos señala: *“Hay lugares que tiene su padrino, su imagen, no es cierto, hay van y hacen ofrendas primero a la imagen, sus cosas, se canta, se reza, se festeja ahí y después va y se entierra esa ofrenda, mezclan digamos las dos cosas”*.

Juan Cruz de Angastaco, comenta su devoción a la Virgen: *“La puse como Patrona del pueblo viejo, ahí hacemos la fiesta el veinticuatro de mayo o siempre el sábado cercano a la fiesta del veinticuatro de mayo, hacemos la fiesta nos reunimos todos, también*

hacemos la novena, la misa, procesión, todo, hacemos un pequeño almuerzo para la gente que quiere”.

Don Eladio Quintín Salgado de San Carlos recuerda: *“Sabíamos ir a una fiesta. La fiesta del día de nuestra señora de la Merced. sabíamos hacer una misa, sabíamos ir a pagar la misa allá. Sabía venir una carpa así para hacer decir una misa allá. Nosotros sabíamos ir mucho para la fiesta”*.

Guillermina Tolaba es una abuela de Isonza: *“Me crié cuidando ovejas y crie a mis hijos cuidando ovejas”*. Hace muchos años que participa de las fiestas patronales del pueblo: *“La fiesta patronal de Isonza es muy bonita, traen misachicos de todos los lares, también comidas, yo traigo mis quesos y los vendo todos...la fiesta empieza bien tempranito y dura hasta la noche es para el mes de marzo... el Padre da la autorización para que desfilen los gauchos, pasan y reverencian al Señor y la Virgen del Milagro, después se arma la fiesta... hay asado, choclo capia, queso fresco, también hay concurso del queso... a la nochecita ta'el baile... eso dura hasta tarde... linda la fiesta”*.

Audelio “Lelo” Carrizo describe el Día de la Cruz en San Carlos: *“religiosamente se lo festeja va con el ramo, para ramos, cerca de la Pascua. El Día de la Cruz hay una cruz a la entrada y una cruz a la salida. Se hace la misa allá en la entrada también se junta mucha gente, aquí son bien religiosos aparte de criollos”*.

Los misachicos son recordados por Zenón Díaz de San Lucas quien nos dice: *“Y aquí se perdieron cosas, prácticamente ya se... ya no existe eso de los misachicos que cada lugar había una imagen y daban misa”*.

Adela Cabezas de Angastaco, aporta enfáticamente: *“Diosito ahí me ha dao pies pa' andar, pa' vivir”* y *“Gracias a Dios, la Virgen y el Señor, no nos faltaba nada”*, poniendo de relevancia la religiosidad del pueblo.

Francisca “Pancha” Herrera de Angastaco plantea: *“Si Dios nuestro Señor nos dará agua o no, unos dicen que sí, otros dicen que no, vaya a saber, sólo Dios sabe ...yo cuando le hablo a Dios le digo bueno papito. Yo me levanto de mañana, él, primero es él. Yo le saludo al Señor y la Virgen María, les hablo, les converso, le digo cómo*

he amanecido yo y cómo ha amanecido él. Porque yo no tengo en qué atenerme si no es en el Señor”.

Para Julia Vilte de Angastaco: *“Usted siempre tiene que andar preparado con Dios y la Virgen, con los Santísimos y los Santos, para que usted no haga ninguna maldad. Eso sí, el platica, habla de todo eso.”*

La creencia en Dios es afirmada por Doña Evita Corregidor de Angastaco: *“Yo creo en Dios, dejo para Dios todo, si me han hecho me han hecho, por algo, pero Dios hará pagar”.*

Dice Doña Mercedes Alancay de Angastaco: *“Cuando nosotros por ahí nos enfermamos o alguna cosa que nos pasa... nos vamos a la Iglesia o... le prendemos velitas aquí o cualquier virgencita que nosotros podemos pedir”.*

Zenón Díaz por su parte, reflexiona: *“la religión que le hablaba, muchas veces la religión nos dice que vamos a morir y después vamos a volver...y ellos han creído eso...yo voy a dejá la seña, y cuando vuelva voy a venir a donde está la seña mía. Bueno, eso pienso yo”.*

A través de las historias de vida, sale a la luz la existencia de otras religiones en los Valles Calchaquíes, entre las cuales reconocen a la evangélica. De la voz de los abuelos, recogemos algunos comentarios que resultan significativos. Por ejemplo, Doña Evita Corregidor manifiesta: *“Señora, usted si se va a componer, si usted cambia de religión, usted si se va a componer porque nosotros vamos a orar todos los días”.*

“Sí, hacemos procesiones, somos muy católicos aquí. Si hay otras religiones, pero poco, nosotros somos más católicos”, nos relata Susana Carral de Angastaco.

También manifiestan que la religión evangélica estaba prohibida por lo que no debían abrirles la puerta a quienes lo visitaran ofreciéndoles participar de dicha Iglesia: *“Nosotros no teníamos ni que leer un papel dejado por ellos”*, nos comenta Lisandro Figueroa.

VI

LA SABIDURÍA VIENE DE LA TIERRA

La educación constituye una temática relevante en los relatos de los abuelos a tal punto que, nos induce a subrayar desde nuestro punto de vista, algunos aspectos significativos a tener en cuenta.

Nuestra primera impresión tiene que ver con los conceptos que sostienen los manuales escolares sobre las culturas ancestrales de los valles calchaquíes, considerándolas sociedades primitivas que pertenecen al pasado.

Aquella “muerte cultural” que la literatura rubrica, pone en duda la heredad cultural y la marca genética indeleble que sostienen sus actuales descendientes. Lo que es peor, oculta los conocimientos milenarios que hoy trascienden de la práctica social y que es motivo de esta publicación.

A nuestro entender, hay que desandar un poco la historia de la República, para develar el origen de estas “contradicciones y ausencias”. Remitiéndonos a los albores fundacionales de la educación argentina, recurrimos a un brevísimo párrafo que refiere al pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento¹³ quién, a fines del siglo XIX, afirmaba: *“Las razas salvajes o bárbaras, prole bastarda, rebelde a la cultura y sin tradiciones de ciencia, arte e industria, conservan obstinadamente sus tradiciones, su odio a la civilización y sus hábitos de indolencia y de repugnancia desdeñosa contra el vestido, el aseo, las comodidades y los usos de la vida*

¹³ Sarmiento, Domingo [1856] (1938): *Facundo. Civilización y barbarie*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Sarmiento, Domingo (1988): *Ideario de Sarmiento*. Buenos Aires: Torres Agüero Editor.

civilizada (Sarmiento, 1888:59), y la escolarización es una guerra contra ellas"¹⁴.

Aquella preocupación por poner en marcha la instrucción pública, simultáneamente iba de la mano con la implementación del peor genocidio cometido contra el "indio" en territorio argentino durante la República, la Campaña del Desierto, cuyo propósito era su eliminación física y apropiación de sus tierras por parte de los grandes hacendados de aquella época.

Sobre estos acontecimientos, la escuela guardó silencio. En las aulas, solo se quiebra con la palabra de algún docente comprometido con las culturas ancestrales de la región calchaquí. Desde este lugar es que coincidimos para construir espacios de libertad y de afectos, sin paternalismos, con la verdad, dispuestos a rescatar, entre otras cosas, la memoria de los abuelos.

Los abuelos recuerdan su paso por las escuelas de la zona. Muchos rescatan la creación de las mismas, a sus maestros, los contenidos aprendidos y las penitencias que debían soportar cuando se portaban mal. La mayoría recuerda que lograron llegar a cuarto grado en las escuelas de los puestos y que, generalmente, sus incorporaciones como estudiantes se concretaron cuando ya estaban avanzados de edad, como lo sostiene Don Dionisio López de San Carlos: *"Todos nosotros ya nos han traído de grande ya casi de 12 años de la escuela, porque antes no en ese tiempo muy como es no había casi mucho movimiento de las escuelas, como es nada más que eso en ese tiempo, había de primer grado a tercer grado"*. También relata que más adelante, comenzó a dictarse el cuarto grado y con el correr del tiempo se incorporaron otros grados más. Nos cuenta que ellos, ya no querían ir a la escuela porque ya eran muy grandes, que tenían 16 o 17 años: *"algunos ni hacían ni tercer grado aprobado, después un tiempo más ya empezó a haber hasta cuarto grado y de ahí ya no, de ahí ya casi más adelante ha empezado a haber otros grados más, pero ya nosotros ya no queríamos ir, ya éramos muy grandes ya, ya de 16 años, 17 años"*.

¹⁴ Puiggrós, Adriana (1994): "Historia y prospectiva de la educación popular latinoamericana", en: Moacir Gadotti, *Educação popular. Utopia latinoamericana*, Brasil, Cortez Ed.

Don Benito Tolaba de Izonsa, narra cómo se creó la escuela en su lugar de origen: *"Ya había una escuela ahí, era una piccita. Con el tema de la mina han llegado a tener como 80 alumnos. Y bueno, había que hacer una escuela sí o sí. Le pusieron Martín Miguel de Güemes. Es que los chicos, los maestros han pedido nombres y todos pidieron el de Güemes pué"*. Menciona que solo hizo hasta cuarto grado porque era lo que había en el campo: *"Yo ya he ido grande ya, 8 años, 9 años recién he ido a la escuela. Hasta 4to no más hice, no había más allá"*.

Doña Elvira Agüero de Angastaco, describe dónde se ubica la escuela y cómo está hecha la construcción: *"Cuando yo he venido era la escolita aquí, en el alto....era arriba la escuela...era una escolita de adobe y bastante vieja"*.

"Yo aquí he completado, pero hasta 4to grado... cuarto grado no más estudie", afirma Doña Margarita Mamaní de San Lucas.

Los abuelos recuerdan que en la escuela aprendieron a leer y escribir y las operaciones básicas, como sumar, restar, dividir y otras cosas más, pero muy poco, según relatan: *"La escuela nos enseñaba nada más que a leer y escribir. Cositas chicas no más. Una maestra enseñaba tres o cuatro grados, ella sola. No había más, solo hasta 4to grado"*, nos dice Don Benito Tolaba.

Don Eladio Quintín Salgado de San Carlos, nos relata su paso por la escuela: *"Yo le bua contá, yo he ido a la escuela. Pero después he ido a la escuela nocturna. Ya no me ayuda la memoria, así, para sumar es fácil, cuál era el más difícil dividir y restar, eso me costaba, de ahí no he ido a la escuela. Y todos, de aquí los chicos, todos si han ido a la escuela, la escuela nocturna a donde he ido, aquí en San Carlos, de grande ya, claro, estará haciendo unos siete u ocho años y he dajau de ir, porque después ya no quería ir porque ya no ayuda el cerebro, ya se cansaba"*.

Los abuelos también rescatan otros aprendizajes como el corte y confección, pero sobre todo los valores éticos que les enseñaron como no robar ni mentir tal lo describe Doña Reymunda Mamaní de San Carlos: *"En la escuela cuando era chica, cuando tenía 14 años ahí he aprendido a coser, a cortar vestiditos para los chicos todo... todo he aprendido menos a robar y a mentir... gracias a Dios en ese"*

año aprendí muchas cosas, porque aprendí a leer, a escribir, a sumar, a restar... de memoria no más porque ante no usaban poé que cuaderno que carpeta antes no... en la escuela nosotros teníamos pizarra y ahí escribíamos todo, y después borrábamos, todo tenía que quedar en la memoria de nosotros y me ha quedado mucho, y no me dejaban la maestra que juguemos entreverao con los changos y las chicas. No, para allá los changos en un patio y para allá las chicas, nos daban un recreo no más, nos daban tres recreos, los otros nos daban, no enseñaban a poner la galería, en la galería todas, unas tejiendo, otras cociendo, bordando, cociendo, haciendo almodoncitos, de todo, hasta vestidos me han enseñao hacer, a cortar, así que yo sabía cortar vestiditos para mi hija, ahí están en las fotos, con los vestiditos yo los vestía. No me gusta la mentira ni alzá cosas que no son mías. También rescatamos la voz de Don Vicente López, quién recuerda a sus maestras y lo aprendido en la escuela: “En ese tiempo eran maestras, y gracias a dios he aprendido bien”.

Leonardo Gutiérrez de Angastaco, recuerda que asistió a la escuela de Payogastilla a donde era dificultoso llegar y que también lo era para los maestros: “Ahí en Payogastilla fui la primera vez a la escuela. Me acuerdo que era de siete años y solo me interesaba jugar a las bolillas. Me acuerdo que iba en burro a la vuelta de la escuela y ojotas y una cobartera que le decían antes. Una cobartera, una bolsita de... y un lápiz. Los maestros venían a caballo, las maestras también venían a caballo, una se llamaba Aurelia y la otra se llamaba Rafaela”.

Don Robustiano Herrera de San Carlos, asistía a la escuela en Los Sauces, nos cuenta que solo el primer día iban acompañados, de ahí en más llegaban solos a la escuela: “Ahí en Los Sauces, ahí iba a la escuela. Y antes no usábamos... a mí me han traído el primer día y al segundo día ya hemos venido solo... usábamos ojotas, cuando llegamos a la escuela, a 50 metros dejábamos la ojota y nos poníamos alpargata colorada, pantaloncito azul hasta la rodilla y camisita de lienzo, nada más. Así era... teníamos una cobartera de piel, nada de portafolio”.

Doña Mercedes Alarcón de Animaná rememora: “Caminaba bastante para ir a la escuela, porque vivíamos no se cuanto kilóme-

tros sería pero, venía a pie porque era en la subida no más. Porque la escuela en la subida no más, ahí era la escuela, nosotros vivíamos abajo. A mí me encantaba la escuela, me gustaba mucho estudiar”.

Un aspecto relevante es el recuerdo de los abuelos sobre las penitencias que debían pasar cuando se portaban mal: “Cuando me ponían en penitencia, me paraban frente al pizarrón, ha... y cuando nos portábamos mal nos metían con un puntero que se llamaba, un puntero, un palo. Tampoco salíamos al recreo cuando nos penitenciaban”, nos dice Don Eladio Quintín Salgado. Al respecto agrega Don Benito Tolaba de Isonza: “Yo era chango chico y estaba con los changos más grandes y me he puesto a jugar a la bolilla y cuando pasa la Directora nos vió por la ventana y bueno... única vez que me tocaron con el puntero... a su aula de rodilla con un puntero agarrado, tiró maíz y bueno, pobre rodilla hasta ver quien aguanta. Yo era el más chico y todo por culpa de los otros, de ahí nunca más. Tiraba maíz para que nos duela, estábamos arrodillado y nos revoleaba con el puntero a su aula. En la esquina nos puso ahí, ya no dábamos más con la rodilla ahí. Todo porque se portaban mal. Yo una sola vez”.

Destacan además que las maestras los castigaban y ellos recibían el castigo sin protestar, porque existía un gran respeto a los maestros, porque a la escuela se iba a estudiar y a respetar, así lo afirma Don Robustiano Herrera de San Carlos: “Antes a vos tal vez te han pegado un chirlo tus papás cuando hacías algo en la escuela... íbamos a la escuela y guarda con decirle al padre o a la madre... la maestra me ha tirado de la oreja, sacaba el cinto y nos hacía sonar a chirlo... traíamos una varillita, bien peladita, bien limpita, y se la damo a la señorita y bueno cualquier cosa mala que hemos hecho un buen garrotazo nos daban... nunca teníamos que ir a decir a los padres. Ellos, encima de eso nos hacían sonar a chirlo, pelaban los cintos ahí no más... había que ir a la escuela a estudiar, a respetar”.

Sostiene Doña Elvira Agüero de Angastaco: “los alumnos antes respetaban a sus maestras, no era como ahora, las leyes le permitían hacerse respetar y eso cambió totalmente y bueno por eso hay tanta falta de respeto ahora”. En este sentido nos dice Don Vicente López: “Ahora comparo con los que salen de 4to y 5to año y no los entiendo”.

La abuela Solana López de la Viña comenta en su historia de vida que la escuela a la que asistió no es como la de ahora: *“Ahora la escuela está bien arreglada y lujosa, con sus alumnos bien arreglados....antes los que iban a la escuela eran pobres”*. En relación a esto, Doña Julia Vilte de Angastaco sostiene: *“En la escuela de ahora, empezando desde la ordenanza hasta el Director tendrían que cambiar su actitud, su respeto, todo, totalmente. Porque los maestros conversan por un lado, los chicos pelean por otro lado, caen y todo. Antes, la escuela era la segunda madre donde los educaban y los tenían cuidados. Ahora no, totalmente no. Quizás un alumno es más inteligente que una maestra. Eso es lo que opino yo, mi manera de ver. Porque hay maestras de vocación y otros de ocasión”*. En igual sentido don Vicente López de San Carlos se refiere: *“Antes las maestras te enseñaban... había un día patrio que tocaba un día domingo, sábado, y ese día lo daban, no esperaban un día antes y eso, ahora no pue, ahora sea domingo o sábado, lo hacen un viernes, y no tiene gracia”*.

Rescatamos de Doña Susana Carral de Angastaco que, hoy en día, existe la oportunidad de asistir a la escuela, una ventaja que antes no existía: *“Bueno, por lo menos ahora está la secundaria. Como les digo, antes terminaban séptimo grado y había que mandarlos. Yo los mandé a Cafayate a mis hijos, y el otrito ya se fue a Salta, el estudió en Salta. Y bueno, es que aquí no había colegio cuando ellos eran chicos para que estudien, no había. Por eso yo a mis nietos les digo, estudien ahora tienen la posibilidad de estudiar y está en lo de uno. En cambio, antes tenían doce años, trece y tenían que irse los que querían estudiar y así que se va hacer. Y los demás quedaban, los que no podían porque costaba mucho. Ahora es más fácil, ahora estudiamos todos. El que no estudia es porque no quiere, claro. Ante era difícil estudiar”*.

Los abuelos Cruz Cardozo, Constantina Cutipa y Doña Evita Corregidor, todos ellos de Angastaco, agregan en este sentido: *“Ahora está bien la escuela, porque enseñan de todo...yo le decía estudien, estudien, pero ahí está que tampoco querían estudiar poé, unos se han salido del 2º grado, otros del 3º grado, otros del 4º, no querían saber nada, decían usted no ha estudiado así que yo tampoco, bueno*

así serán entonces, algunos sí han terminado ya de grandes....yo les digo estudien, tienen la facilidad para que estudien, pero también no quieren estudiar, las nietas esas son muy jodidas, una ya ha tenido familia antes de estar saliendo de la terciaria”.

La mayoría de los abuelos entrevistados afirman no haber tenido la posibilidad de asistir a la escuela, así lo afirma Don “Tuco” Rivero y Don Cruz Cardozo de Angastaco: *“El que podía estudiar es porque tenía plata, pero después no, antes el recurso era todo, vivían con lo justo, nadie tenía plata para decir yo puedo comprarme esto...todo el mundo trabajaba desde chico...antes teníamos que trabajar porque no había para estudiar...nosotros teníamos que trabajar, así nos hemos criado nosotros”*.

Al respecto, Doña Adela Cabezas de Angastaco nos cuenta que, para su familia, cuidar las vaquitas y las cabras fue una de las razones por las que uno no podía asistir a la escuela: *“Por eso no mi han puesto en la escuela poé a mí... y yo tenía hacienda, tenía vaquitas, cabras...”* También enfatiza esta reflexión el relato de Doña Evita Corregidor que recuerda: *“Yo no sé leer ni escribir, nada, nada, nada. Mi mamá no me mandaba a la escuela y era por cuidar cabras, yo cuidaba cabras todos los días, ellos tenían cabras, llamas, vacas, bueno, eso iba yo todos los días a cuidar, eso me mandaban a mí, a cuidar”*.

Además, otra de las razones por las que no pudieron asistir a la escuela fue por la carencia de maestros y de escuelas en aquel tiempo, recuerda Doña Felician Fabián de Angastaco: *“Yo he ido apenas una semana a la escuela y mi papá ya me ha sacado porque el maestro iba como ser el día domingo estaba el lunes y el martes, el martes a la tarde ya se iba no venía más... bueno ahí quedaba sin maestro nada”*. Doña Francisca “Pancha” Herrera manifiesta: *“En esos años no había escuela... yo no sé nada de eso, no sé nada de lo que es escuela”*. Mientras que Doña Elvira Agüero recuerda que solo algunos podían asistir: *“A la escuela iba gente del pueblo nomás”*.

Pero tal vez resulta notable cómo aquellos que vivían en los cerros y que no fueron a la escuela, rescatan las enseñanzas sobre las prácticas de la vida en el campo por parte de sus padres y abuelos.

Así lo recuerdan Doña Adela Cabezas y Doña Constantina Cutipa: *“ir a la escuela, dejar el cerro”, “no me acuerdo, como yo no sé leer... uh si le cuento todo lo que hice... así que yo no sé leer nada... nosotros no hemos criado en el cerro... la abuelita ahí... todo eso me han criado”*.

“Así como digo gracias a Dios todo se ha aprendido las cosas, con mi mamá, con mi abuelita que sabía hacer ollitas y eso aprendió hacer mi mamá y yo también aprendí hacer olla de barro... chiquita, grande para cocinar”, sostiene Doña Reymunda Mamani. Agrega Doña Constantina Cutipa cuando nos cuenta: *“Yo fijesé que no tengo escuela yo, a mí me han puesto mi mamá y mi papá a la escuela y estao medio año fijesé no me a gustao y como sería de tonta digo ahora. Claro no me hacía falta pué. Claro i estao medio año en la escuela y no me a gustao y lo i jodio a mi papá hasta que me ha ido a sacar de la escuela y me a llevao al cerro otra vuelta”*.

Es así que la escuela para estos abuelos era la vida de los cerros. La escuela pública, no era lo central en sus vidas. Allí, junto con sus padres y sobre todo con sus abuelos, se aprende haciendo las cosas para vivir bien: *“tejía frazadas, tapices, este poncho alforja, costales para recoger el maíz, el trigo cuando sembrábamos. El trigo ahora no se siembra el trigo antes se sembraba mucho, ahora no se siembra, se siembra poco antes no... todos sembraban mucho, teníamos que tejer bolsas costales que duran años tejidos en telar... todo eso hemos aprendido gracia a Dios no me han mando no he ido a la escuela pero ya he aprendido todo eso”,* rememora Doña Reymunda Mamani.

También Doña Felician Fabián de Angastaco, recuerda que aprendió al lado de su madre. Es algo que le marcó la vida y lo lleva en su memoria. Se muestra orgullosa porque que aquellos conocimientos hoy los transmite como docente: *“Ahora hace cosa de cinco años atrás, me han puesto a mí, me han llevado como profesora de tejido.....Juan Chauqui era el Intendente. Y ahí he enseñado muchas cosas, vé, a las chicas, a tejer medias, a tejer soquetes de bebé, camperitas, enteritos, todo lo que sabía hacer mi mamá. Les he enseñado muchas cosas y nadie sabe ahora. Me preguntan ¿Cómo era la medida para hacer el talón? Digamos, con cinco agujas es para*

tejer la media de lana. El soquetito, bueno, con dos agujas, y tiene que saber bien cómo va a hacer, formar el taloncito del bebé. Y la media, viene a preguntarme una señora que tantas veces ahora, chalcito todo le he enseñado como tiene que tejer; no, no sabe nada. Y digo, ¿Para qué van a enseñar una cosa que no van a seguir adelante? Tienen que saber, le digo. Muchas chicas iban, como diez, once... dieciocho eran. Y se iban retirando porque no podían aprender a tejer. Y hoy le digo, mirá, yo a penas con mi mente, lo que sabía hacer mi mamá, me ha quedado grabado en la cabeza. Todo como sabía hacer ella. Ella sabía estar así, y yo sabía estar a su lado”.

Para algunos abuelos, ocuparse de algunas de las tareas en la casa o trabajar en la finca, muchas veces les impidió asistir a la escuela. Primero, había que trabajar, después la escuela: *“no había para estudiar”*, nos dice Don Cruz Cardozo. Por su parte Doña Reymunda Mamani cuenta: *“Fuí un solo año cuando tenía 14 años, cuando han hecho una escuelita barrial que ahora ya es vieja ...recién cuando yo tenía 13 años ...recién me han dejado porque dejé de cuidar cabras, recién cuando tenía 13 años y ese año me han llevado y he ido ese añito”*. En el caso de Don Cruz Cardozo de Angastaco nos rememora: *“yo eh estado 2 años, 3 años, y dejado la escuela y mi puesto a trabajar con los patrones”*.

Recuerda Don Lisandro Figueroa de Angastaco: *“Cuando nosotros éramos chicos, sabíamos sufrir mucho, faltábamos a la escuela, sabíamos ir a trabajar por ahí, y así nos hemos criado yo eh trabajado.....yo poco he ido a la escuela porque mis padres eran analfabetos y hacían viajes a Salta a caballo llevando uvas, esas cosas. Y claro yo changuito con la mula”*.

Desandando los recuerdos, aquellos abuelos que pudieron concurrir a la escuela, ponen el acento en las enseñanzas recibidas de sus maestros en la escuela, donde la historia argentina y sus próceres ocupan un lugar preponderante.

En este sentido, reflexionan sobre los conocimientos recibidos elaborando sus propias opiniones, en particular, aquellas que refieren a Sarmiento, San Martín, Belgrano, Güemes, Perón, entre otros.

En el caso de Sarmiento, los abuelos consideran que hizo cosas buenas pero también cosas malas. Para Doña Elvira Agüero de An-

gastaco, reprocha su manera de proceder con respecto a los gauchos: *“Sarmiento tiene su parte buena y su parte mala, es un regular, tiene todo, de sus libros, tratar al gaucho como lo ha tratado y bueno su parte educativa me parece que ha sido un renovador, en la parte política se me hace que ha sido un retrógrado.....a nosotros nos enseñaron todo lo bueno de él”*.

El abuelo Juan Cruz de Angastaco nos dice: *“Con Sarmiento no comparto mucho. Sí agradezco las cosas que ha hecho, los adelantos, pero no era el verdadero educador como tendría que haber sido. Además ha trabajado en contra de nuestro propio gobierno, con el ejército que venía de afuera, del Paraguay, todo eso, luchaba en contra de su Nación y en San Juan habrá hecho algo, pero también uno como va estudiando no lo revalorizo tanto”*.

Inocencio Pastrana de Angastaco, reflexiona sobre José Manuel Estrada: *“para mí, más bien sería José Manuel Estrada que tuvo que luchar contra el gobierno cuando dice: “De la astillas de esta cátedra por el despotismo haremos tribuna para defender la educación”*”.

Por otra parte Juan Cruz de Angastaco, reflexiona y compara las historias de los diferentes próceres entre sí, destacando la condición de verdaderos héroes, tal el caso de Belgrano, San Martín y Güemes: *“Belgrano sí ha luchado para la libertad, lo mismo que San Martín, que Güemes acá. Han sido gauchos, gauchos que se han dado, que han tenido enorme riquezas muchas veces y ellos han muerto en la pobreza, abandonados, ¿no cierto?”*.

Un hallazgo valioso surge sobre la figura del gaucho. Nos dice Don Julio “Chololo” López: *“los gauchos, anteriormente los gauchos se habían creado por entre medio del gaucho General Güemes, principalmente en las batallas, es lo que nos sabían decir, nos hemos criado en el colegio en la tradición de gaucho y bueno, por eso en todas partes lo acostumbra, como ser aquí, en San Carlos, Cafayate, todo. Bueno, y entonces, por eso es la tradición como decir que no quieren perder de nuestro héroe que ha sido también el General Martín Miguel de Güemes porque por eso que ha sido también queda recuerdo de ello, de San Martín, de Belgrano”*. Sobre todo, destaca sus ideales revolucionarios y heroicos: *“Yo me refiero que ello han de-*

jado una Nación, digamos, de la Argentina, como decir, es la que nos han enseñado en la escuela también y cuando tenía mi maestra, que ellos nos han dejado una nación libre e independiente”.

La historia reciente también aparece en las reflexiones de los abuelos. Ellos destacan la necesidad de que los libros escolares rescaten los sucesos más recientes para que los niños y los jóvenes tengan conocimientos que les sirva para entender lo que nos pasa como país. Para Paula Villanueva de San Rafael: *“La escuela debe preocuparse de que los jóvenes sepan más de historia y de la política, que no metan la pata cuando votan”*.

Reafirmando estas palabras, algunos abuelos manifiestan saber las cosas por lo que escuchan de otros vecinos pero no por que las enseñan en la escuela. Mercedes Alancay de Angastaco manifiesta: *“lo único que he alcanzado es que cuando decían antes que cuando estaba Perón y Evita así te daban cosas y ahora no, no... es como que antes te daban cosas y ahora ya no es lo mismo, ahora ya no vienen a dejar nada”*. Luego reafirma: *“Mis padres decían que antes era lindo porque le daban bolsón, que le daban mercadería, o algo para la casa pero no acá, la política ante de Perón era linda. Era una parte linda y una parte fea porque por ahí a visto cuando ganan por ahí, son de distintos partidos y se agarran peleas”*.

Don “Tuco” Rivero también destaca que se debe enseñar sobre los hechos históricos más recientes y comparte sus conocimientos y se refiere al golpe militar de 1976: *“Después la Isabel ¿para qué si no sabe gobernar? entregó todo. Vienen los milicos peor todavía, matan al inocente, roban la guita ¿cuánto se han robau? 20 millones de dólares, 20 mil millones se llevaron...ese sinvergüenza con Videla, decían que los milicos iban a componer ¿qué han compuesto? ellos nos han mandau al tacho ellos han hecho todo directamente, matar inocente, violaciones, todo”*.

Paula Villanueva de San Rafael pone el acento en que la escuela, tampoco enseña sobre la cultura calchaquí y que esto contribuye a que muchos nieguen su identidad: *“que cosa digo... en la escuela... de chica me acuerdo en los libros que casi nada hablaban de los calchaquíes... que cosa, nosotros nos criamos en los cerros...*

aprendimos hacer ollitas, a sembrar, a pastorear, ... todo eso, como lo hacían los antepasados... también me considero descendiente y respetamos las cosas que están en el campo, de los antiguos...”

VII

EL JUEGO LABORIOSO PARA LA CRIANZA

Para los antiguos calchaquíes, el mundo es una gran chacra donde todos los elementos que forman parte de la naturaleza están comprometidos en la crianza afectuosa y respetuosa, sin jerarquías. La crianza es amamantar a la wawa que es el mundo. Para ello, los elementos de la naturaleza se vinculan como lo hacen el viento y las nubes para generar la lluvia, como la lluvia y la tierra para germinar la semilla, como el cauce los ríos y las piedras, para regular el agua. Las fuerzas antagónicas puján hasta complementarse, pero no se eliminan porque se necesitan para engendrar la vida.

La tarea de la crianza, no es un trabajo por la cual se recibe una paga o una ganancia. La crianza es una juego laborioso, una conversación colectiva, el sentido mismo de la existencia.

Aquel orden cultural milenario deviene desde los antiguos caravaneros, luego transita la organización territorial de los Pucara, hasta llegar a la Confederación de Pueblos del Collasuyo.

Más tarde, el “descubrimiento de América” impulsada por Europa y, en particular, de España y Portugal, tuvo como propósito ampliar territorios y obtener riquezas. Para los calchaquíes, todo será confusión y muerte.

Aquel episodio lamentable trajo consigo la práctica compulsiva del “trabajo”. La tesis de Lorandi¹⁵ sobre la situación postconquista de las poblaciones indígenas diaguito – calchaquí, nos muestran que los indígenas fueron repartidos entre los conquistadores y sometidos a un tipo de encomienda cuyo tributo era cobrado mediante servicio

¹⁵ Lorandi, Ana María (1988): “El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial”. Revista Andina N° 5. Cuzco, Perú.

personal de los indios (Lorandi, 1988). Los llamados “indios”, debían entregar los frutos de la tierra y sus servicios personales para la construcción de casas, el cultivo, la caza, la pesca, llevar cargas y la responsabilidad colectiva de reparar los caminos.

Pero hoy, a pesar de aquella memoria trágica, en la inmensidad del territorio calchaquí, persiste en el tiempo las prácticas milenarias de pastores y sembradores. Las abuelas calchaquíes son portadoras de la sabiduría, ellas saben cómo cuidar la vida, ellas saben conversar con la Pacha.

Como nos cuentan los abuelos de los valles y los cerros, el “estar haciendo”, forma parte de la experiencia de toda la vida y que se inicia desde muy pequeños, junto a sus padres. Doña Feliciano Fabián de Angastaco destaca que los padres preparaban a los hijos en las tareas, ya que debían “aprender para enfrentar la vida”. Don Audelio “Lelo” Carrizo, se refiere al valor del saber hacer estaba presente en los habitantes de la zona desde niños y se fortalecía conforme éstos crecían: “*Antes se ganaban el pan con su sudor desde chicos, se tenía la frente bien alta para decir yo sé hacer tal cosa, ahora Ud. no puede ocupar a nadie que lo primero que le piden es cuanto les va pagar y no saben hacer nada*”.

Muchos abuelos resaltan que, el valor de tener un oficio o saber hacer una tarea, ha decaído en el presente ya que existen instituciones como la Escuela, la Justicia u otras áreas de gobierno que promueven el “no trabajo” en los niños, so pretexto de que éstos deben estudiar solamente, o que no deben trabajar porque son menores de edad, sin tener en cuenta las pautas culturales propias de cada región del país, equiparando estas prácticas con la explotación infantil de empresarios inescrupulosos. Don “Tuco” Rivero de Angastaco dice al respecto: *Es la meta del gobierno ¿a dónde quiere llegar?...¿a criar vagos, a criar atrevidos, flojos, inconscientes que matan a cualquier persona por dos pesos?*”.

Los abuelos cuentan que en la vida familiar y comunitaria se aprende haciendo, ayudando a los demás. La tarea de aprender un oficio se concreta desde la niñez, se trata de “aprender a ser guapo”, dice Don Gabriel López de Animaná. Por su parte, Don Inocencio Pastrana de Angastaco cuenta que aprendió de todo con sus padres:

“Mi papá era carpintero, tonelero, esos toneles de madera bien grandes pero ninguno de mis hermanos aprendió eso, yo carpintero sí, pero tonelero no!. Yo fui el único de mis hermanos que aprendió carpintería los otros no llevaban el apunte”.

La iniciación en el trabajo se daba a partir de la reproducción de tareas domésticas. *“las niñas cuidan animalitos, chivos y corderos, además saben hilar y tejer....el trabajo en el campo/cerro comenzaba de muy chicos, ya chicones se los llevaba a trabajar a los varones, las niñas quedaban para cuidar los chivos, las ovejas, los corderos. A la escuela iban muy poco, no les gustaba llegaron a segundo, tercer grado, el padre la sacó de la escuela y la llevó al cerro otra vez”*, dice Constantina Cutipa de Angastaco.

“Los varones aprenden a trabajar la tierra, cultivando papas, maíz y trigo. La cría de ganado es para consumo y venta....había que andar a caballo en los cerros, en los montes... cuidando ovejas, cabras, vacas, animales”, dice Don Benito Tolaba de Isonza.

La abuelita Francisca “Pancha” Herrera de Angastaco, nos cuenta sus vivencias desde niña: *“Me hacían cagar... y por ahí mi padraastro salía, llevaba harina, llevaba de todo para el cerro, traía oveja, traía vacas y traía cabras, y me dejaba que cuide ¿Y qué se yo cual han sido la que tenía que cuidar? Y me hacían cagá, mire usted. Me solían azotear, me hacían sonar ¿Por qué? Porque no las cuidaba y yo me disparaba porque tenía miedo”.*

Al respecto, Doña Julia Vilte de Angastaco, agrega: *“aprendía a hacer caso...mi papá me decía andá a cuidar los chivos, si no cuidás los chivos van los rebencazos, te voy a voltear, voy a pegarte, ya sabes vos... ya te voy diciendo así....y con miedo que me hacía no me descuidaba de los chivitos, ponía, digamos, ponía, juicio para cuidar a los animalitos y mi papá no me vaya a pegar... pero nunca me pegó mi padre, jamás he tenido un chirlo de mi madre o de mi padre. Porque ellos me amenazaban, mi mamá no me amenazaba, mi papá me amenazaba de cualquier cosa, todo sabía, no sé cómo hacía para contar las cabras, las tenía anotadas, no se... las cabras tenían su nombre, como yo soy Vilte, las cabras también eran Vilte”.*

Recuerdan los abuelos que un poco más crecidos, los hijos comenzaban a ayudar a los padres en la comercialización de la cosecha

o el ganado. Éstas son las vivencias de Feliciano Fabián de Angastaco: *“Ellos me sabían mandar a mí yo teniendo mis 15, 16 años, hay tenía que llevar la mercadería a lomo de burro, lomo de mula 6, 7 burros cargados con harina, azúcar, toda la mercadería que hacía falta a ellos...y yo andaba 2, 3 o 4 días buscando en una parte, así más rápido venía aquí a la Angostura. Sabía ir más porque ahí era cerquita para sacar todos los gastos que tenían pué este negocio y así que ellos.... a veces los patrones me ayudaban a cargar los burros todo y me despachaban, y era lejos y salía 7 de la tarde, de la mañana y llegaba a la 8 o 9 por ahí de la noche. Me mandaban a Molinos, a Pucará tenía que volver al mediodía me sabían mandar con dos caballos a la 5 de la mañana, me mandaban madrugando. Yo sabía andá mucho cuando venía a hacer mi diligencia, digamos, a llevar la mercadería para el cerro”*.

Como nos cuenta Don Julio “Ñato” Flores de San Carlos, la posibilidad de aprender a trabajar desde chicos es un valor que los hijos agradecen a sus padres. Agradecen la crianza que les dieron porque les enseñaron a hacer, a trabajar y ser autónomos: *“Yo durante esos años, toda mi vida he cuidado hacienda y de ahí salía al campo cada 15 días, ya tenía que ir a los cerros y al campo, ya desde los once años ya me mandaban solo; salía de la escuela a las cinco de la tarde llegaba a la casa y mi madre me decía...ensillá el caballo y te vas al cerro....llegaba a las dos de la mañana a donde tenía que ir yo, solo montaba el caballo llevaba cuchillo, rebenque y bien calza, así me iba yo. Al siguiente día, el puestero que estaba ahí me decía bueno, a las tres de la mañana subimos al cerro; caminábamos todo el día en el cerro. A las seis de la mañana ya mi papá me decía Ñato, hay que traer los caballos, poné los arneses y a arar...se araba antes con animales, con bueyes, antes no había tractores. Lo sembrado era con bueyes y caballos, así era antes el arado. Ese fue el trabajo mío, y yo le agradezco a mis padres porque me han criado muy bien ellos, me han educado bien y yo no he sido de ningún vicio hasta ahora”*.

La vida de antes en los cerros, consistía en trabajar desde que despunta hasta que se esconde el sol. Esa forma de vivir en los cerros es recordada como una linda etapa de la vida, así nos cuenta Doña Susana Carral de Angastaco: *“Yo por lo menos he tenido una infancia*

linda, gracias a Dios nunca carecí de nada pero mis padres me mandaban a trabajar. Ayudar en la casa, hacíamos así cuando éramos chicos, nos mandaban a cuidar ovejas. Teníamos animales, vacas, caballos y nos mandaban a cuidar. Y después por ejemplo nos mandaban para ayudar a sembrar el maíz, trigo, a la cosecha, todas esas cosas. Tampoco todo el día, pero íbamos ayudar”.

Lo central en la crianza de los abuelos fue aprender a hacer ayudando a los otros, ya sea colaborando en la casa en las tareas domésticas, como también en la siembra, el ganado, la compra y venta de las cosechas. Se ayudaba para aprender, y se aprendía de los padres y los abuelos. En el relato de Don Julio Díaz de San Carlos, recogemos: *“No, eso nosotros nomás entre nosotros así ve.. había uno mayor de mi, ellos sabían y entonces de paso aprendía, iba aprendiendo”*.

Como lo señala Doña Julia Díaz de Animaná, había que ayudar diariamente: *“Todos los días regaba la caña, teníamos un paraíso nosotros, y en eso trabajo yo, todos los días, cuidar las cabras, cuando me levantaba temprano, pelar el maíz, el trigo, y después para la comida, hacer como una mesa como esta, con una manta bien tendida. Nosotros traíamos carne y cambiamos con carne...vendíamos la carne y cambiábamos de 10 kilos o 12 kilos...y eso cambiábamos nosotros...trigo y maíz y eso cargábamos en los burros. Doce años yo manejaba el burro, sola, sola”*.

Doña Adela Cabezas de Angastaco, dice que la vida en el campo era dura, todos trabajaban para la subsistencia: *“Eran épocas duras, te digo, no?...o sea, difíciles...antes era re difícil, y duro, o sea tenías que trabajar para tener. Yo me acuerdo de chica que veía a mi mamá trabajar como un hombre. En el invierno sufríamos nosotros, no teníamos la época de las verduras”*. *“Ante la falta de tractores, el arado y la siembra se hacen con bueyes y mulas. Para la alimentación de éstos y los caballos, se sembraba alfa”*, cuenta Doña Solana López de La Viña.

Para Anastasia Coria de Animaná, el criarse trabajando desde niño, es el sustento de valiosos recuerdos de la vida en el cerro: *“Bueno, así me acuerdo nos hemos criado poé, ahí íbamos a sacar leche de las cabras, hacíamos queso... tenía mucha cabra, ovejas tenía tam-*

bién, bueno y se iban al campo. Antes sabíamos andar corriendo detrás de los chivos, ovejas. Ahora los huesos ya no ayudan. Yo por ahí antes hacía tela, tejía frazada, alfombra, así hemos pasado la vida. Algo se ayudaba, sembraba, por ahí sembraba pimiento, tomate, eso cuando éramos chicos nosotros regando con el tarro, alzando a balde el agua para poder criar las plantitas, pero ahora no”.

Sembrábamos de noche, para aprovechar el agua, nos relata Paula Villanueva de San Rafael: *“Había que sembrar con la luz de la luna porque agua era por turnos de noche, mi papá de día araba y dejaba las rayas hechas ya listas, y nosotros en la hora que tocaba el turno del agua ya para plantar, por ejemplo el tomate, la cebolla el pimiento, todo eso se cosechaba y se hacía con la luz de la luna. Que haciendo carreras, como éramos muchos, era una fiesta. Para nosotros todo lo que hacíamos, era una diversión, por eso es lo que yo digo que nunca sentí tristeza, no sé, la pobreza, no la hemos sentido”.*

En la actualidad todo es comodidad, reflexiona Fidela Mamaní de San Antonio: *“Todo es comodidad. Por ahí algunos ya ni fuego quieren hacer todo es cómodo. Así hay que vivir como antes. Cada vez estamos peor”.*

También nos dice que las mujeres son grandes trabajadoras y jefas de familia, más aún, cuando les toca un marido malo, borracho y golpeador. Agrega Doña Fidela: *“Mis padres me ayudaban, tenían mi haciendita. Después en verano, me iba a trabajar en la cosecha de uvas. Ahí he ganado para ayudar a sostener a mis hijos después que mi padre me ayudaba. Y así para comprar la ropita porque antes no había nada de subsidio, ni ayuda de mercadería, nada, nada, nada, iba a los parrales, sino en Cafayate por ahí en alguna parte. Necesitaban muchas mujeres antes ¡sí! Para cosechar en la viña o bien para elegir la uva, a trabajar!!”.*

Doña Feliciano Fabián de Angastaco, nos cuenta que su madre fue muy trabajadora, de ella aprendió labores del cerro y también de tejido, bordado y telar: *“Mi madre se llamaba Nicolasa Renfinges pero ellita ha sido muy trabajadora mi mamá, ella hacía telar, hilaba la lana, la lana de oveja y hacia tejidos, va digamos en telares, telares grandes, y mi mamá era así como le digo que*

ella sabía agarrar las costuras para los patrones, los Acevedo, sabía agarrar así unas costuras de la tela de lana de oveja, sabían comprar ellos no sé de dónde y ella sabía hacer bombachas de gaucho bien alforjadas, con camperas, con las chaquetas, le decían bien bordadas eran así, era mi mamá y ahora para bordar para hacerlas blondas decían de las puntillas que usábamos antes la combinación o la enagua....sabía hacer el hilito de coser en máquina, telar también pero ella sabía hacer cordoncillo, esos cordoncillos ojo este como se llama vareta ve?.. vareta, era así, todo sabía mi mamá, y hacer, le decían las fajitas para poner en la orilla de los peleros, le decían el winchi. El pelero ese era en molde así tanto así, y usted ponía el hilo así y usted hacia los peleros tejía los peleros”.

Del relato de Doña Solana López de la Viña, surge evidente que la tarea central de las mujeres era el tejido en telar. También la costura de ropa de gaucho para los patrones, con detalles de puntillas y alforjas. Además su madre hacía fajas para los bordes de los peleros. Su madre tejía e hilaba, confeccionaba colchas y alforjas que salía a vender. Ella, solo aprendió a hilar y actualmente ya dejó de hacerlo: *“Si la mamá tejía, hilaba y tejía, hacía frazadas, colchas, alforjas con telar. Sí, a hilar, sí, así, para tejer los tres ceros no, pero para hilar sí, ahora ya no, ya’ i dejado”.*

Las madres y abuelas enseñaban a hilar y a tejer a sus hijas, desde muy niñas. Doña Fidela Mamaní de San Antonio, cuenta que además de aprender a tejer, había que aprender a trabajar la tierra: *“Tejíamos frazadas, trabajábamos también, ayudábamos al papá a sembrar, arar, cuidar los burros, poner las chacras”.*

La vida de antes era andar haciendo, permanentemente, y así se criaban todos los hijos. En cambio ahora, según Doña Fidela, la política de los gobiernos sólo promueve los subsidios: *“Ahora la gente toda es floja. Sabe que está esperando el subsidio, eso es lo que espera, antes era guapa, la gente se dedicaba a trabajar pero ahora ¡son unos flojos de aquellos!, únicamente están esperando el subsidio y que no se lo corten”.*

Don Eladio Quintín Salgado de San Carlos recuerda que el trabajo en los cerros se iniciaba desde muy pequeños, porque forma parte

de la vida cotidiana, ya que si no se ayudaba en las actividades, no se comía: *“Yo le voy a contar de la vida de antes, de cuando yo era chico, sufríamos de hambre, de ropita, éramos varios. La mamá sabía hilar y hacer unos tejidos gruesos, ésa era nuestra ropita. La camisita era de bolsa de almidón, de harina, con la tela de la bolsa de harina. De un lado al otro andando se hemos criado. Éramos 12 hermanitos. Se manteníamos con lo que sembrábamos nosotros, trigo, maíz, zapallo, tomate, con eso se manteníamos. Y después sabíamos cosechar y lavar el trigo y llevarlo al molino. Y con esas bolsas de trigo nos manteníamos. Para hacer el bollo usábamos la grasita del chivo nomás, otra no había como ahora. Mire lo que era antes, sabíamos hacer lo que era el cambelaje, uno sembraba papa, habas, y lo cambelaba con el trigo, el maíz, la carne. Ganábamos 5 centavos. Pero valía esa plata. Valía”*.

Doña Benita Guaymás de Animaná, recuerda momentos de su niñez: *“Cuando era chica, mi papá me mandó a trabajar a la casa de una familia, yo no viví nada con ellos”*.

Doña Estanislada Alarcón de Cardozo de Animaná, coincidente con Doña Benita Guaymás, recuerda que en el cerro se acostumbraba a hacer trueque, intercambio de productos entre los habitantes de los cerros cercanos o los pueblos bajos: *“Lo que se cosechaba hacíamos una palabra que se dice trueque. Usted cosechaba suponiendo cebolla y yo tenía uva, entonces los otros pueblos para el norte después de San Carlos o en San Carlos, el Barrial, se sembraba cebolla y el pimentón y el trueque era, ellos traían las especies y nosotros le dábamos la uva o le dábamos los duraznos, antes se daban duraznos preciosos, riquísimos, no se pudrían”*.

El trueque se hacía entre pobladores de El Barrial: *“Por ahí venían del Barrial creo de Escambalche, a llevarse trigo, maíz, se llevaban las frutas; como allá en el Barrial no se dan casi las frutas. Y no sé porque, debe ser por la tierra...no sé”*, aporta Don Vidal Guaymás de Animaná.

Don Cruz Cardozo de Angastaco, pone el acento en otro aspecto relevante que atraviesa la vida de los vecinos que habitan los Valles Calchaquíes, el trabajo en las fincas. Señala que antes utilizaban las manos, las puntas de palo como herramientas de trabajo, mientras

que ahora se utiliza el tractor: *“Nosotros trabajamos con pico y pala. Trabajamos mucho con la cebolla, el pimiento, el comino que es para vender. Sembrábamos, arábamos, poníamos plantitas de choclo, higo, ahora no, ahora es con tractor”*.

Lino Escalante de San Carlos nos dice: *“Bueno, yo me hice acá, de muy chico, hasta que he terminado la primaria, en ese tiempo mi papá tenía una finca aquí en el paraje Barrial y trabajamos todos ahí, en la finca cosechando tomate, pimiento, comino, estee... el maíz, trigo, todos, digamos, cereales también no?... y después bueno alguna poca hacienda como vaca, cordero y después las aves que siempre nos acompañan desde chicos, las gallinas, los pollitos, pavos y bueno, eso fue hasta los trece años que después yo me fui a una destilería en Animaná, que era de los Coll, ellos tenían una destilería”*.

Agrega en este sentido Don Vicente López de San Carlos, sus recuerdos del trabajo en una finca. Más tarde y por muchos años trabajó en una lechería de Cafayate y, finalmente, pudo jubilarse de jornalero: *“Somos 88 jubilados de jornaleros. Me jubilé como que somos agricultores, no más. Jornaleros no más. Después entré a trabajar en la lechería, a repartir leche a Cafayate. 20 años anduve todo el día, tirando con un caballo. Después me dieron un tractor chiquito y con eso iba. Después al último recién me dieron una camioneta y en eso iba. Antes no había horario para trabajar, era una miseria lo que ganábamos, nosotros entramos trabajando, ganando 70 centavos en ese tiempo, y de ahí iban así aumentando, aumentando por ahí... nosotros trabajábamos de sol a sol, no había horario, no había nada de nada, salía el sol, y a trabajar hasta las 12, entrábamos a las 14 y después hasta las 19 que se escondía el sol. Cuando se ha hecho cargo la finca el hijo, la finca se ha dado por quiebra y nos ha dejado sin trabajo. Sembrábamos alfalfa, poníamos plantaciones. Animales también, antes había finca para trabajar. Jornalero, agricultor, finca no más”*.

Hubo familias que, no siendo propietaria de las tierras que habitaban, debían deambular de paraje en paraje, buscando trabajo. En esos casos, se trabajaba en la finca sembrando: habas, papa, cebolla, comino, anís, además de uva. Doña Adela Cabezas de Angastaco

nos ilustra con sus recuerdos: *“Mi papá no tenía trabajo, se hemos venido a Jasimaná, ahí ponían habas, papa, ahí trabajaba. Y después de ahí se hemos venido para acá, para El Carmen, ya cuando hemos venido acá ya trabajábamos todos, yo trabajaba mucho ahí. Ponían cebolla, ponían aní, comino. Y ahí trabajaban la viña, cosechar uvas, desbrotar, atar y la cebolla desyerbar ya para sacarla. Yo trabajé mucho en el anís, la cebolla y en el pimentón, y después la cosecha de la uva, ahí me mandaban a cosechar”*.

Continúa su relato Doña Adela, explicando cómo era el trabajo en una finca al partir: *“Como en los cerros no se podía sembrar, un lugar adecuado resultaba el campo de los cerros, allí se cosechaba el anís, la cebolla, el pimiento, el comino y las habas. Estas tierra en las que podían sembrar tenían dueño, por lo tanto todo lo que se producía en ella estaba bajo el sistema de al partir; eran más de los Moya, pero a mi papá le dieron esa parte para él, para que el cuide y ponga, y el otro era al partir; ponía por ejemplo el anís, la cebolla o por ahí ponía el comino, eso sí era al partir con él. La mitad para mí, la mitad para los Moya”*.

En la zona de los valles, no siempre ha sido productora de especias y aromáticas. Muchos años antes, según cuentan Ester Carrizo de Animaná, Don Eladio Quintín Salgado y Don Robustiano Herrera de San Carlos, coinciden en señalar que la región se caracterizaba por el cultivo del trigo: *“Antes acá se acostumbraba que había mujeres que se ocupaban para pelar el maíz y el trigo en mortero y había tres clases de trigo en El Barrial, ahora no hay ninguno. Había el de harina que era especial para la harina, gordito, blandito y chiquito, ese era para harina, después uno grandote largo, ese era el trigo cambiario, ese era para comer loco y había el trigo moro que era como un arroz pero no blanco, medio negrito larguito, flaco, ese era como el trigo cambiario pero como harina no servía. Este, bueno, de eso vivía la gente, El Barrial producía todos los granos que comía San Carlos, Animaná y Cafayate”*.

Don Cruz Cardozo de Angastaco, pone en la mesa sus memorias sobre la figura del patrón: *“El dueño total de las tierras”*. El patrón venía de otra provincia, contaba con peones, los hacía trabajar, los elegía jóvenes para iniciarlos en el trabajo de sus tierras:

“Sufrían de más y trabajaban de más”. El trabajo que el patrón les exigía era: *“Fuerte, de más...”*, y la condición en la que se encontraban los obligaba a cumplir con el patrón: *“Somos apenas como peones, el dueño es el patrón... nosotros somos arrimados, porque no somos dueños...”*

...Son los patrones que nos hacen trabajar. Los patrones de aquí son de lejos, de Tucumán. El patrón tenía ganado porque el campo era de él. Estaban bien esos patrones, estábamos bien con esos ahora no, ya no queda nadie. Nosotros somos apenas como peones, el dueño es el patrón, nada más, el día que diga que salga de adentro, tenemos que salir porque nosotros no somos, nosotros somos arrimados, porque no somos dueños. Ahora no, no sabe nadie, quien va a hacer, así era antes, sufrían de más y trabajaban de más, así eran los patrones, te hacían paliar joven, trabajábamos fuerte de más, ahora ya no, ya pasó”.

Don Vicente López de San Carlos, destaca que trabajaba en la finca de un patrón de apellido Nanni: *“trampeaba un poco... Hemos trabajado años con los Nanni. Me trataba bien a veces, ahí ya nos trampeaba un poco, en esa finca trabajábamos”*.

Por su parte, Doña Margarita Mamani de San Lucas trabajó durante la mayor parte de su vida para patrones. Desde chica no sólo tuvo que trabajar en la finca, luego la llevaron a la ciudad de Salta para que trabaje como empleada doméstica. Recién alrededor de los 20 años volvió a su pueblo, en donde trabajó en diferentes fincas como cuidadora, actividad que desempeñó durante la mayor parte de su vida: *“Después me llevé...cuando era joven me han llevado a Salta, estaba papá y mamá por acá, hacía de todo servicio doméstico, limpieza, cama, lavar la ropa, todo...veinte años por ahí. Me han sacado pué de allá, porque los dueños ya venían. Querían sacar, ya no me han reconocido nada. Todo lo que cuido yo... ya me dijo, ya no quería que esté, que yo ya no lo podía atender, que querían poner otro, por eso ya me salí. No pensar, que he hecho mucho trabajo, cuidar ir todos los días, levantar la uva y hacer todo, para que roben y se lleven todo eso, no reconocen nada, diez años estaba tiene que salir...si y bueno como vivía ahí, trabajando. Sí, todo para comer, el vino patero, venía el dueño ya se lo llevaba....ya va a ser un año. El*

año pasado creo que me he venido para acá... era de mi papá finca que habían hecho. Estaba botadita cuando me he venido aquí... me han sacado pué de allá, porque los dueños ya venían. Querían sacar, va no me han reconocido nada. Todo lo que cuidé yo”.

En el mismo sentido, Doña Luciana Escalante de San Antonio, cuenta que hace diez años vive en un pedazo de tierra cuyo dueño es Murga. Él antes le pasaba a cobrar todos los meses, ahora ha decaído un poco, ya que ella ya no cuenta con suficiente hacienda para cumplir con el pago: *“se pagaba con plata, te recibía también así cabras, digamos, cordero, pero yo pagaba plata me conviene pagar plata, me sale mejor, sino uno paga el 10%, así que no me conviene, así que pago plata, pero ahora, ya no pago, mejor dicho, si viene a cobrar pagaré... antes venían a contar la hacienda en el corral, yo echaba todos los días, hacía quesos esas cosas en verano y mandaban a alguien de la finca a cobrar, a contar y después teníamos que pagar”*

Don Eladio Quintín Salgado de San Carlos, relata que el patrón los trampeaba a los trabajadores: *“Después se hemos hecho más grandes, y hemos hechos ayudantes de finca y así, pero hemos sufrido mucho para criarnos. Después me ido a trabajar a Pucará. Ahí el patrón ha dicho que juntemos todos los papeles, de partida de nacimiento de los chicos, de nosotros que era para la caja. Después hemos ido a ver y nunca nos han pagado nada ¡qué íbamos a cobrar! El salario hacía poner que firmábamos nosotros, pero cobraban ellos, los patrones, eran los Saravia, después de ellos ya ha sido Andrés Rivadeneira. Ese no nos daba la plata. Cuando i'querio ir a jubilarme no había tenido nada de aportes, no había hecho los aportes el patrón. No veíamos plata, trabajábamos por harina, por trigo, pero después los patrones aparecían con camiones, tractores nuevos, pero nosotros no veíamos nada de plata, trabajando de que salía hasta que se caía el sol. Plata no se veía. Ya cuando i' salio de ahí, me ido a Finca Ampascachi, ahí i'conocio plata. Antes salía el sol al trabajo, se ponía el sol y seguíamos en el trabajo, así era”.*

Es incesante el tránsito por la memoria de la mano de los abuelos. Ellos tienen tanto para decir, tantos recuerdos escondidos que, a pesar del tiempo transcurrido, no claudican en transformar sus relatos en profundas enseñanzas para las nuevas generaciones.

Es así que aparece en el ruedo, reflexiones que tienen sus raíces en las experiencias propias sobre el valor del respeto y el afecto a los abuelos y los padres.

Don Audelio “Lelo” Carrizo de San Carlos relata las costumbres de antes, donde los hijos varones se retiraban del lado de sus padres cuando tenían 21 años, después que hacían el servicio militar. Compara y reflexiona con lo que ocurre en nuestros días: *“Ahora a los 15 años forman pareja y se van de la casa”*. La costumbre de la casa era que se hacía lo que el padre decía u ordenaba: *“El sacarse las alpargatas para poder jugar”*. También el respeto, se manifestaba evitando fumar delante de los padres hasta la mayoría de edad. Entre otras costumbres hace referencia a que, cuando el maestro observaba un error, en la casa la penitencia era doble; *“La vida es muy distinta antes había respeto, mucho respeto para mí, totalmente distinto, son otras costumbres, otro respeto, otra vida”*.

Antes, la palabra del padre era la verdad: *“Entonces era otra manera de cantar, ahí mandaban los padres ahora no, es al revés. Nadie hacía lo que quería, tenías que hacer lo que el padre decía. Vos vas hacer esto o este otro, vos vas a laburar esto y vos vas hacer este otro. Nada de que no quiero, hacelo mañana sino.... prendía el fuego, no había cocina, no había nada, todo se cocinaba a leña, campo y así nos criaron a nosotros, rústicamente”*, nos cuenta Don Zenón Díaz de San Lucas.

No se contestaba a los padres, no se desobedecía las órdenes, ni se dejaba de hacer lo que los padres mandaban: *“Nadie tenía que contestar; porque contestaba y ya sabía había algo, algunita que te arreglaba. No contestar, nadie contestaba y el que lo hacía ya sabía lo que le pasaba, con la mano del revés. Hasta la misma maestra cuando íbamos a la escuela, andá a hablar una mala palabra a la escuela, vení para acá, la misma Directora te ponía la mano ahí y te hacía hincar. No contestar, nadie contestaba y el que lo hacía ya sabía lo que le pasaba, con la mano del revés”*, así lo relata Don Ángel Mamani de Corralito.

En otro aspecto de la vida de antes, rememorando sus años mozos, los abuelos destacan que otra era la vida de los jóvenes.

Para Doña Mirta Cardozo de Animaná, *“La juventud de antes ha*

sido muy linda. Cuando salían a los bailes, entre todos se cuidaban. Los varones no les daban cerveza a las mujeres. Solo los varones tomaban cerveza y las mujeres tomaban gaseosa. Los varones se controlaban con la bebida porque tenían que cuidar a las mujeres. Cuando terminaba el baile, todos se buscaban y regresaban juntos a sus casas. Antes había mucha confianza, se podía salir y divertirse. En los bailes de antes sólo se iba a bailar. Para los carnavales se bailaba mucho y se tiraban con barro...

...Ahora la juventud no es como antes. No hay control, los agentes tienen que cuidar a los chiquitos de catorce o quince años que van al boliche. Los chicos se pegan entre ellos, se apedrean. Es horrible la situación. No los entiendo a los jóvenes, se pelean entre ellos, hasta en el torneo evita. Los hombres jóvenes de ahora, se ponen aros, algunos dicen que no es bueno eso”.

VIII

PRÁCTICAS SALUDABLES ANCESTRALES

Para la sociedad occidental, o sea la sociedad en la que vivimos, el cuidado de la salud pone énfasis en el bienestar físico y mental del individuo como tal. El hombre se concibe desde occidente como centro del universo, se autoproclama como “el rey de la creación”.

Simultáneamente, en la inmensidad del territorio andino, persiste otra práctica silenciada, aquella que nos transmiten nuestros abuelos culturales y donde el hombre se concibe como parte de una gran hermandad de la naturaleza. El hermano sapo, la hermana luna, la hermana piedra, el hermano viento, todos, conjugan un sujeto colectivo. Por eso, la tarea fundamental es garantizar el equilibrio y el bienestar de todos los componentes de aquella hermandad. Si el mundo se enferma, “se voltea”, y se termina la vida. Su existencia depende del equilibrio. La vida se manifiesta a partir de las prácticas saludables del sujeto colectivo, es decir de toda la naturaleza, incluido el hombre.

En las antiguas sociedades andinas, el Yatiri era el “médico” que protagonizaba un rol fundamental: ayudar en la tarea de armonizar los vínculos entre los miembros del sujeto colectivo, para que la gran fiesta de la crianza se manifestara en plenitud y bienestar de todos. La vida saludable de una persona es importante no solo para dicha persona sino para que no se enferme toda la comunidad, toda la naturaleza que lo rodea y viceversa. Esa era la tarea del Yatiri como armonizador comunitario.

Desde esta perspectiva, la ciencia ha observado las prácticas del cuidado de la salud de las culturas de los antiguos primero, distorsionando y ocultando el verdadero rol de los “médicos” de las

sociedades precolombinas, catalogando sus prácticas cuanto menos como primitivas, hasta perseguir sistemáticamente a sus “cultores” por considerarlos brujos o hechiceros. Con saña o desde la ignorancia, se desmerece al “otro cultural” con afirmaciones reduccionistas tales como “ellos saben curar con yuyitos”.

Desde las sendas de la memoria, los abuelos culturales nos proponen rescatar a aquel hombre de su visión antropocéntrica. Es rescatarlo de su condición de individuo solitario y consumista del mundo que lo rodea para devolverle el sentido existencial de ser parte del sujeto colectivo, hacedor de la gran fiesta de la crianza.

Desde el relato de los abuelos, rescatamos la sabiduría que aún perdura. Hay que cuidar la tierra, los animalitos, que no se mueran los bosques. Es el camino para armonizarnos, es la práctica cotidiana del buen vivir.

El alimento saludable

Las prácticas ancestrales que fueron transmitidas de generación en generación, denotan un profundo respeto por la vida. Conseguir el alimento es una tarea muy importante y de la que todos participan, siempre respetando a la naturaleza. Siempre pidiendo permiso. Las difíciles caminatas de los pastores en las laderas de los cerros, la ruda tarea de la siembra, todo ello, resulta el comienzo de una larga y conmovedora experiencia colectiva.

Al final de aquella travesía, simbólicamente, el fuego los junta para iniciar un ritual que agrada con sus sabores, que perfuma la casa con sus olores. La comida que se comparte no proviene de las góndolas de un supermercado, es el resultado de los esfuerzos y las prácticas que se van tejiendo juntos.

Nos dice Eladio Quintín Salgado de San Carlos: *“La alimentación se basaba en el trigo y el maíz. Se complementaba con zapallo, habas y tomates. Cosechado el trigo, se lo lavaba y se lo llevaba en burro hasta el molino.”*

Paulita Villanueva de San Rafael, recuerda con profundo afecto lo vivido con sus padres y hermanos: *“Y bueno yo pienso que esa es*

la alimentación fuerte que tuvimos nosotros, porque era sano, elaborado por nosotros, el trigo por ejemplo, lo cosechábamos nosotros y lo emparvábamos, lo poníamos en parva, ya cuando tenían tiempo lo echaban a la tierra y lo trillaban con caballo. Bueno después de las doce mi papá nos buscaba, vamos a aventar el trigo nos decía, vamos a aventar, con una pala de madera, el tiraba el trigo arriba y bajaba el trigo justo al centro y la paja se la llevaba el viento, el viento sacaba la paja”.

Julia Vilte de Angastaco, expresa con ironía: *“Yo he sido la fábrica, sembraba maíz, pelaba frangollo, cosechaban choclo, zapallo, angola, tomate, sandía, papas”.*

Susana Carral de Angastaco, se refiere a las tareas del cosechado y cómo se complementaba entre las comunidades para producir los alimentos: *“Nosotros cosechamos las uvas, las especies, las verduras, la cebolla, esto en Angastaco. Y los de Pucará, las especies, el comino, el anís, pimentón, cebolla”.*

Juan Cruz y Cruz Cardozo de Angastaco, recuerda sobre la alimentación: *“Todo natural, acá vivíamos y comíamos de los que nos da, el fruto de la tierra... comía todo a maíz, trigo, tortilla criolla”.* Para “Tucu” Rivero: *“Las comidas se comían de maíz y trigo se comía tostado, se utilizaba mucho el algarroba, porque el algarroba lo utilizabas para hacer la bebida que tomaba la gente”.* Y agrega Lisandro Figueroa de Angastaco: *“No le saquen el frangollo y sopa de maíz, toda su vida ha comido eso”.* Recuerda Vicente López de San Carlos: *“Antes se hemos criado con el trigo, con el maíz, el pan casero”.*

Reymunda Mamaní de San Carlos recuerda como preparaban sus comidas: *“Nosotros vivíamos para acá en el campo, en el cerro, todo era así, no había cosas como ahora, nosotros al maíz lo pelábamos, lo fragullamos, lo pelábamos para cocinar; lo sembramos, lo cosechábamos, lo pelábamos para el mote, lo tengo ahí al mortero en ese pelábamos el maíz después lo fragullamos en la pecana que le llaman”.*

Las bebidas también requieren una paciente preparación, aprovechando los frutos que se cultivan y los que se recogen de la naturaleza. Para el abuelo Juan Cruz de Angastaco: *“La bebida de*

la gente era la aloja”. “Tuco” Rivero por su parte relata sus conocimientos: *“Se comía lo que se cosechaba, maíz, trigo, los animalitos que criaban, la carne que salaban. Hacíamos harina, y bebidas de maíz y también vino patero. Comíamos aliampa, harina cocida, chilcán, se bebía aloja”*.

Crespín Cruz nos cuenta como se lograba el jugo de la uva para hacer el vino: *“Antes a la uva se la pisaba descalzo, no se utilizaba el cuero de vaca, ahora ya no se hace eso”*.

Resulta conmovedor como los abuelos cuentan con afán cada detalle a tener en cuenta en la fabricación casera de los alimentos. Evita Corregidor nos dice: *“Mi mamá quedaba en la casa y hacia ollitas, churritos, los quemaba y le ponía agua fresca. Ella hacia todos los platitos y vasitos, hasta para las guaguas les hacia una para cada uno. Hasta el jarrito para tomar té lo hacía de barro, así nos crió a nosotros”*.

Por su parte Juan Cruz recuerda sus vivencias: *“Cosechaban el maíz, el trigo, al principio también hacían maíz, trigo, había varios molinos de piedra, esos molinos para moler el trigo, para hacer harina criolla y todas esas cosas”*.

Felician Fabián cuenta sus saberes: *“Moler el trigo para hacer la harina con las piedras del campo”*. *“Antes se pelaba con el mortero...ahí tenemos para cocinar una piedra lisa, ahí se lo muele”*, nos dice Lisandro Figueroa, en referencia a la pecana.

Paula Villanueva recuerda la tarea de hacer el pan en su casa, donde convivía con muchos hermanos: *“Para hacer el pan mi mamita mojaba 15 kilos de harina, para que alcance para toda la semana, había que cuidarlo para que alcance, había que cuidar de las gallinas para que no lo picoteen, lo poníamos en chapa o en la mesa en el sol para que se levante porque ahí utilizábamos levadura casera”*

Para Adela Cabezas, cocinar con leña es lo mejor: *“hasta ahora yo estilo cocinar con leña... es la costumbre de uno también... Yo me crié y bueno... sigo estilando a eso”*

Margarita Mamaní de San Lucas nos cuenta las comidas que sabe hacer, en particular por las enseñanzas de su madre: *“Cayote sí, ese hacía mucho, igual el arrope de uva, hacían quesadilla... si aprendí algo de mi mamá, mamá no le gustaba mucho, yo ya he aprendido...”*

siempre estamos cocinando guiso, locrillo, mazamorra, frangollo, sémola, maíz, sopa de sémola todo eso. Si hay papa tendría que hacer puré”.

Paulita agrega que se sembraba para tener alimentos para la familia y también para los animales: *“Sembrar para poder hacer nuestro propio alimento, pero era todo, todo para nosotros y para los animales en invierno, el alfa por ejemplo se le sembraba para los animales en el verano, había que cortarla y guardarla para el tiempo de escasez de pasto, el alfa, la avena, la cebada, y bueno, el trigo, el choclo eso era para nosotros el tomate, el comino, la cebolla el pimiento, todo eso era para vender y parte que quede para nosotros, hacer secar con los rayos del sol parte que había que secarlas con... por ejemplo el tomate lo hacíamos secar, eso guardábamos para el invierno nosotros”*.

En San Rafael, dice Paulita: *“Los chañares había que racionar para los chanchos y la algarroba servía para las ovejas, para los caballos, y para los chanchos también, porque en el invierno a las vacas mi papá bajaba las vacas a la finca a comer las parvas de alfa, lo que guardábamos y en el verano las llevaba al cerro, ya cuando empezaban a sentirse los truenos para el lado del cerro, ya parece que la vaca olfatea que hay lluvia, y ya comienzan a balar y el hocico al cerro, ya quieren irse, y cuando pasa el pasto en el cerro ellas solas llegaban, por más que mi papá no las vaya a traer, solas venían, cerros y cerros, quebradas y quebradas, ya estaban apareciendo balando en la casa”*.

Por su parte, Don “Tuco” Rivero recuerda: *“Aquí se comía carne fresca desde febrero a julio, después ya no sé si vos ha sentido escuchar el charqui...bueno, el tipo cada cual mataba 5, 10, 15, 20 animales y los charqueaba y eso tenía que durante hasta que venga el engorde si el animal estaba flaco no lo carneaba, y eso había que espera hasta febrero... muchos conocieron los quesos de grandes porque en algunos cerros no había animalitos que dieran leche”*.

Don Crespín Cruz hace memoria: *“Ponía papas, maíz..., eso sí, pero para el gasto, poquito nomás, para consumo, igual animalitos para vender, para ponerlo a la parrilla. Se trabaja la*

tierra, cultivando papas, maíz. La cría de ganado es para consumo y venta”.

Relata Don Cruz Cardozo de Angastaco: “Todos sabían hacer las ollas, igual que el vino hacían del cuero de vaca, la albahaca sacabas con una bolsa y ahí pisabas la uva, ese era el vino patero, te arremangabas hasta ahí y meta no más, ese era vino patero. Había vino casero, pero eso ya era filtrao que se yo, con botas pisan, antes no, te arremangabas y lavabas las patas y meta no más. Por eso era vino patero, porque lo hacíamos con las patas”.

Aclara Julia Vilte con respecto a la preparación de carnes desecadas: “La chalona es de cordero y de cabra... El charqui es de vaca”.

También Doña Julia Vilte de Angastaco, cuenta que arriaba ganado con solo 12 años: “Nosotros traíamos carne y cambiamos con carne... vendíamos la carne y cambiábamos de 10 kilos o 12 kilos... y eso cambiábamos nosotros... Trigo y maíz y eso cargábamos en los burros. 12 años y manejaba el burro, sola, sola... cuando éramos chicos, con la hacienda, y en el verano hacíamos quesito, queso, quesillo. Y la comida, no dieta, sopa de gallina, después un corderito, se podía comer de todo, andar por donde quiera...no teníamos para comer y no se afligían. Hay dos kilos de maíz o hay dos kilos de trigo, esa era la comida de nosotros, de cualquier manera vamos a hacer la comida, pero nosotros no conocíamos arroz, no conocemos aceite, nada. La carne si teníamos siempre, si teníamos chivitos, hacía queso, hermoso queso ...ahora el queso no se puede comer”.

Vivir en el cerro era pastorear, repuntar las cabras y las llamas nos cuenta Adela Cabezas de Angastaco: “Vivir en el cerro consistía en pastorear y repuntar las cabras y las llamas...así que nosotros sabíamos andar con ellas nomás poé, repuntando todo el día. También sembraban chachita y trigo para hacer la harina”.

Cómo es la siembra en los cerros, nos relata Doña Adela: “Como en los cerros no se podía sembrar, un lugar adecuado resultaba el campo de los cerros allí se cosechaba el anís, la cebolla, el pimientito, el comino y las habas... antes todo eso tenía su valor. Ahora no, ahora no vale nada... estas cosechas luego eran intercambiadas con otras comunidades de Pucará por ejemplo, entonces, eso les dába-

mos habas y ellos nos daban pasas. Entonces eso mi mamá lo hacía hervir...pero habas, las habas secas, este.. y después sandías, todo eso y después sabíamos cambiar todas esas cosas”.

Para conseguir los alimentos, mucho se practica el intercambio entre pobladores de distintos parajes. Era una práctica habitual, no se utilizaba el dinero.

Audelio “Lelo” Carrizo de San Carlos nos cuenta: “Como se reían de mí, de verme así medio agringao y de familia bien que ande comprando pué... se reían, yo directamente turco y ya andaba yo, llevaba harina para cambiar... cambiaba harina por carne, por queso, por zapallo para el tiempo de cuaresma me venía así con los zapallos más grandes. Yo chico empezado así con gallina, trueque se reía la gente”.

Su señora Eulalia Carrasco de San Carlos participa de la charla: “Y se hacía charqui, yo me acuerdo cuando era chica tenía hacienda propia, traía del cerro y charqueaba y cambiaba hacia trueque”. Por su parte Fidela Mamaní de San Antonio recuerda: “la otra actividad que hacía yo, subía al cerro hacía trueque allá y aquí hacía chalona y llevaba a Salta a venderlo”.

Doña Petrona López de San Carlos nos deja una reflexión final para tener en cuenta: “Ahora como digo, todo hay, plata, todo, pero yo no me siento orgullosa. Porque si voy a comprar una cosa, no sé si voy a comprar algo bueno o no. No es como hacer uno, no se conocía ni fideo ni el arroz, ahí era trigo y maíz, esa era la comida de nosotros. Antes...No había tanto vino como es ahora, gaseosa, la gaseosa no existía totalmente la aloja de algarroba...”.

Los remedios del campo

El contacto permanente con la naturaleza, la observación de la vida de los animales, de las plantas, las propiedades de los minerales, constituye la base de la información recogida durante milenios. Los remedios del campo son parte de la sabiduría ancestral que, felizmente, aún perdura. Compartamos entonces el relato de los abuelos, un diálogo necesario para cuidar la vida.

Robustiano Herrera de San Carlos nos cuenta lo que le transmitieron sus abuelos y bisabuelos sobre el cuidado de la vida: *“Yo no tenía fe a los veterinarios a nada, nada, yo curaba a los animales...y porque mis bisabuelos, me decían tenés que hacer así y así, las cosas se hacen así.... se llega a quebrar ponele un hilo envuelto, una tabla, si tenés cardón mejor... esa plantita que tengo ahí, esa da una resina, y con eso sabían curar...las cáscaras de granada sirven para... quemás las cáscaras, se hace como el café y con azúcar tostadas con almidón y le das para el chico para desintoxica. Ese molle que está allá es para... a que no sabés... ese si está mal, si sufre del hígado, que vas a estar yendo a pagar una pastilla a diez pesos por un sertal, buscapina, tome un té o agüita de eso a la mañana y a la noche y chau, adiós hígado. Todas las plantas tienen remedios... mis abuelos y mis bisabuelos me enseñaban cuando va a llover mucho. Cuando va morir uno, cuando nos va a ir mal en el camino... cuando el tero salga al campo es porque uno va a morir, eso es dicho y hecho”*.

Desandando la memoria, Constantina Cutipa de Angastaco comenta: *“No voy a hacerme controlar, por ahí dice mi hija que vaya, vaya mami al hospital a hacerse controlar, y yo le digo para qué, me van a dar pastillas y no quiero yo tomar. Antes tomaba té de yuyos, así se curaban. Sí, porque nosotros sabemos que tomar cuando nos duele algo, los yuyos que nos sabía decir la mediquita que había antes, ella nos sabía curar mucho con yuyos, y de eso me acuerdo y me hago cuando me siento media enferma. Y la malva castilla, la raíz del malvisco, la flor de tuna, la quimpe, para el resfrío, la cascarita del chañar, el algarrobo...”*

Julia Vilte de Angastaco, comparte sus conocimientos: *“Son los yuyos para quitar el dolor de estómago se llama hinojo. Ese es hinojo para el dolor de estómago, cuando se inflama el estómago de los chicos, bueno con eso, le hacen un tecito. El hinojo es para el mate, yo ese le pone. Y éstas yerbas son compuestas. Ya voy a traer otros yuyos ese de los campos, esos los traen de lado más lejos son de Tacui, crece la planta lejos, se llama la rica rica. Y aquí también que es lindo para el mate es el alcayuyo, si ese es lindo, ya va a ver, cuando llueve ya sale mucho para el lado del cerro, pero*

lejos yo ya no pude ir. Y la muña ese bien bueno para todo remedio, uhh, hay mucho remedio. Mi hija vende pué, trae los yuyos y todo los yuyitos”.

Con cariño, Vicente López de San Carlos recuerda como lo curaba su madre: *“Si algo nos dolía, el estómago, el dolor de cabeza, la mamá sabía hacer un té de yuyo, nos sabía dar y un dolor de cabeza agarraba un poco de vinagre hacía un tecito y lo ponía en la frente y listo. No había farmacia nada. No había nada, nada”*.

Julia agrega respecto a los remedios de la farmacia: *“Líquidos que hacen con yuyos, mejor yuyos naturales.”*

Santos Cirilo Díaz de Angastaco comenta las prácticas de su madre ante la enfermedad: *“La mamá sabía hacer un té de yuyo, agarraba un poco de vinagre y lo ponía en la frente y listo”*.

Según señala Margarita Mamani de San Lucas: *“La jarilla y la Morin, eso es para lavarse, bañarse, para el resfrío”*.

Constantina Cutipa de Angastaco, nos comenta como la curaban de las picaduras: *“Ella me ha curado con la leche de la vaca ahí, con la coajada, me hacía tomar la leche de la vaquita, la coajada me ponía por aquí, y se hace como un quesillo, ya listo para quesillo, ja ja, era un dolor. Y después yo andando, cuidando los chivitos he estado bajando del cerro para la casa y me estoy haciendo picar”*.

Para curar el susto, también se recurre a la práctica de la sahumada. Los abuelos sabían sahumar con nido de quente –pequeño pajarillo que habita en los valles- y se dice el nombre de la persona asustada, de manera tal que el susto se vaya y no provoque el malestar de la persona: *“hay que llamarlos, porque las chicas están llorando de noche y lo llevan a curar...se la sahumá tres noches”*, nos dice Margarita Mamani de San Lucas.

Hay energías que vienen de algunas personas y que nos enferman. De estas dolencias, reflexiona Evita Corregidor, los médicos del hospital no saben nada, solo te curan los “médicos” del campo: *“Él me ha dicho que las mismas compañeras con las que yo trabajaba junto son las que me han hecho mal.... y salía todo bien, todo bien que no tenía nada, que me daban el alta”*.

Mejor prevenir que curar

Los abuelos consideran que para evitar las enfermedades se debe ser fuerte y valiente, hay que alimentarse bien y sostienen que las pastillas tienden a acelerar la enfermedad: *“Las pastillas parece que los embroman a otros”*, comenta Constantina Cutipa de Angastaco.

En otro sentido, agrega que su madre le enseñó a respetar al arco iris para evitar enfermarse: *“No sé, fíjese, sabía decir mi papá, mi mamá, no van a estar arriándose contra el arco iris, cerquita por que se viene y entra, y nos hacía enfermar, solía decir”*.

Para Mercedes Alancay de Angastaco también hay que andar con cuidado con los vientos por las enfermedades: *“El viento de arriba y el viento de abajo... y el viento de abajo es el frío y el viento de arriba le llaman, así que el viento de arriba es como que le dicen que trae las enfermedades de alguna parte después cae aquí en Angastaco y después nos enfermamos, y no tanto con el viento que dicen que es del frío pero bueno con el frío, por ahí no más nos resfrías pero más nosotros nos conviene ese frío que el viento de aquí, porque el viento trae más enfermedades”*.

Zenón Díaz de San Lucas pone el acento en el respeto y cuidado de las aves: *“Son aves que por ejemplo llevan cosas, por ejemplo un virus... viene un ave y se lo lleva por eso se dice que hay que conservar a las aves, no hay que matarlas”*.

Los abuelos, también sabían evitar ciertas enfermedades realizando la limpieza de la casa a través de la “sahumada”, nos relata don “Chololo” Cruz de Angastaco: *“Ellos tenían de aquí no más los yuyitos como le decimos la coninchina, otra la poposa, la chachacoma, todo con eso, con eso sahumaba”*.

La práctica del sahumero también es importante para Doña Constantina: *“Mi madre sahumaba en una ollita...el sahumao ese, es para que no te agarre el agosto dicen la gente...así dicen ellos. Los vendajeros según dicen así lleve, lleve el sahumero por qué no ai ser que le vaya a agarrar el agosto dicen. Lleve, saque una brasita y póngale así nos dicen”*. *“Es un estilo que no vamos a dejar, es*

una herencia de mi madre, mis abuelos, es algo que no vamos a olvidar”, aporta “Tuco” Rivero de Angastaco.

Don Crespín Cruz recuerda que le enseñaron a no andar cuando empieza a oscurecer para evitar contraer enfermedades: *“porque decían que era andar a malas horas, así decía mi papá... había personas que te llamaban y te asustaban eso era en la oración. Don Vicente, él contaba que venía, sabía venirse caminando de noche y que le venía persiguiendo y llamando detrás”*.

Constantina Cutipa dice que a ella le enseñaron que el día martes no es un buen día, no hay que dormirse por que uno puede agarrarse enfermedades: *“Los días martes que no estemos durmiendo que eran malos días, no se duerme nada, se está trabajando, haciendo cualquier cosa, porque por ahí vienen muchas malas ondas y te agarran”*.

Don Crespín Cruz cuenta como se prevenía la salud de las embarazadas y se refiere a las manteadoras: *“cuando estaban embarazadas o cuando no se ha hecho la matriz te ponen un pañuelo y empiezan a moverte”*.

Los “médicos” calchaquíes

Los abuelos ponen en valor a quienes saben curar las enfermedades con los saberes milenarios de los calchaquíes, aquellos que tienen la sensibilidad para establecer un vínculo afectuoso con la naturaleza. Son los llamados “curanderos” o “médicos campesinos”, como se lo conocen.

Constantina Cutipa de Angastaco se refiere en tal sentido: *“Teníamos una médica campesina. Teníamos una médica poé, era buenaza la médica campesina, y ella me ha curado”*.

Para Julia Vilte, comenta sus experiencias: *“Yo no quería ser operada, ya tenía la matriz baja y la médica me decía yo no te cobro, y fui a otra médica y tuve que vender una vaca. No hay que meterse con personas que piden plata, tiene que ser personas que te piden a voluntad, esas son las personas que saben, cobran poco nomás”*.

Robustiano Herrera de San Carlos recuerda: *“Cuando yo he tenido 2 años me agarró un mal que no me han podido sacar y me ha*

salvado la abuela de la Olinda, ella era curandera. De ahí el señor Pancho también era curandero... me han contado que ahí donde él vivía en la casa, bien abajo”

Cruz Cardozo de Angastaco nos dice: *“Se curaban con los médicos del campo no más, del campo, eran de más buenos esos, te veían una vena y ya sabían cómo iban a curar, hasta a los quebrados los sanaban, y hay todavía para ahí, y aquí cuando te enfermabas te curaban esos no más, ahora ya no”*.

Hugo Odilón Carral de San Carlos comenta lo que le ha pasado: *“Me dice un compañero, che, pero no se te pasa el mareo, y no le digo...me dice, andate para Doña Santo. Una curandera que vive en San Luis, bien conocida, buenaza y me dice...usted lo que tiene es inflamación al hígado, está blanco su hígado de la inflamación ...y me ha dado un agua, un litro de agua...al otro día he estado sano...y después he bajado 22 kilos y de ahí estado, me hacían un estudio de una cosa y de otra y no me encontraban nada, y me vengo y aquí la Lucia me ha curado, ya hace 30 años que me pasó eso.... yo por ejemplo la carne me hace mal, el puchero me hacía mal, mucha sustancia me hacía mal, porque como ahora viene la carne, todo curado, todo hormonas, eso me hace mal pué, por eso no como puchero, también trato de no comer mucha grasa”*.

Aquella fe en los “curanderos” se contrapone con una manifiesta desconfianza a los médicos del hospital. Julia Vilte comparte sus vivencias: *“Encima, nosotros ahora con los médicos, hay una señora que es amiga mía, que ha ido a un médico a Salta, y le pregunto a su marido como está mi marido y me dice, mal, mal, malísimo ha tenido un problema terrible, la tienen internada y le sacaron radiografía. Y tiene un chiquito así, como de diez años que dice cómo se va a morir mi mamá, así que la llevé a un médico en El Carril y ya empezó a comer y ahora está bien, y la volvió a llevar y está más bien”*.

Pero también algunos abuelos recuerdan con agradecimiento a médicos y enfermeras que los favorecieron, que los ayudaron en momentos difíciles que tuvieron que pasar por las enfermedades. Hugo Carral de San Carlos rememora: *“no, aquí no, en Cafayate hay, mi señora si iba la médico de hospital, yo le tengo mucha fe a la medicina del campo, porque una vez estaba así como machao, mareao*

y andao como 20 días así, y me a curado el doctor Lovaglio, buen médico era...”

Don Leonardo Gutiérrez de Angastaco nos comenta al respecto: *“También venía un doctor de Animaná, venía a caballo una vez por mes, se llamaba Doctor Vasvari, decía que era yugoslavo, buenazo...también me acuerdo que en esa época había una sola enfermera que se llama María Rivero. Todavía vive la viejita, en la banda. cuando llegaba la gripe recetaba unas pastillas grandes que se llamaban...eran grandes, tenían que mojale para que se achique, para que pase en la garganta”*.

GLOSARIO

Achachila: Palabra de origen aymara, cuyo significado en cuanto a las personas refiere a los abuelos portadores de la sabiduría.

Aloja: Bebida que se prepara a base de fermento de las vainas o el fruto del algarrobo.

Angastacu: Palabra compuesta formada por dos términos. Uno, aparentemente de procedencia kakan, es decir “angas”, derivado de “ango” que significa aguada; y “tacu” que deriva del quechua y significa árbol. En los valles calchaquíes cuando se dice “el árbol”, estamos refiriendo al algarrobo. Es decir que Angastaco, significa aguada del algarrobo.

Antarca: Tirarse o caerse para atrás, de espaldas.

Apacheta: Deriva del término quechua “apachita”, montículo de piedra donde los caminantes andinos realizan sus ceremonias recordatorias y de agradecimiento a la Pachamama.

Arrope: Jarabe espeso de color amarronado que se obtiene de hervir el fruto del chañar.

Cachimayu: Referencia de un lugar que significa río salado, formada por los términos quechuas cachi(sal)y mayu (río).

Cambelaje: Regionalismo que refiere a una transacción en forma de trueque de productos sin la utilización de moneda de cambio.

Cayote: Fruto de planta guiadora de contenido fibroso utilizado para elaborar dulces.

Cóndor huasi: Expresión compuesta que vincula la palabra cóndor, que deriva de una interpretación de la palabra quechua “kuntur” (ave de gran tamaño de origen sudamericano) y, la palabra “huasi” que deriva del quechua y que significa casa, por lo que puede leerse como “casa del cóndor”.

Chacana: Conocida como la cruz cuadrada o la cruz andina. Símbolo que representa la génesis de la vida para las culturas andinas. Surge de vincular gráficamente el círculo y el cuadrado, es decir la paridad de elementos que se complementan en un punto de equilibrio para generar la vida, representado por la diagonal que atraviesa la cruz.

Chacra: Deriva del quechua, cuyo significado refiere a las sembreras, sembradíos, tierra sembrada. En los valles calchaquíes por lo general se utiliza para indicar el sembradío del maíz.

Chachacoma: Deriva del quechua, se dice chachakuma y refiere a un árbol que tiene propiedades medicinales y es originario de la puna.

Chachita: Refiere a cosas pequeñas o de menor cuantía.

Chala: Las hojas que envuelven la mazorca del maíz

Chalona: Carne de cordero o de cabra disecada al sol con agregado de sal

Chamiza: Restos de ramas de árbol u hojarasca seca que se utiliza para iniciar o prender el fuego en la cocina del campo.

Chango: Regionalismo que refiere a la persona joven de sexo masculino.

Charqui: Carne de vaca disecada que se logra colocándola bajo el sol y con el agregado de sal.

Chilcán: Alimento preparado con harina de maíz tostado, a lo que se le agrega agua y a veces azúcar

Chunca: Regionalismo que se usa para indicar la pierna. Deriva del quechua “chanca”, que se refiere al muslo de la pierna y que por extensión se utiliza para referirse a la pierna.

Churqui: Palabra quechua que refiere a un arbusto con espinas que crece en zonas desértificadas y que se utiliza para leña y también para aplicaciones medicinales.

Diaguita: Deriva del quechua y significa habitante de los cerros.

Ekeko: Personaje mítico de las culturas andinas, cuyo valor simbólico está en su carácter de transmisor de pautas de ordenamiento colectivo que debe respetarse para estar haciendo todos juntos la tarea de la crianza, es decir, el cuidado de la vida.

Helacho: Regionalismo que refiere a helado, frío.

Huaca: Elemento material que representa o contiene herramientas culturales que forman parte de la sabiduría y la memoria colectiva, por lo que se debe valorar, custodiar y respetar.

Huayra: Palabra de origen quechua que significa viento.

Huayra muyuy: Se refiere al remolino. Expresión compuesta formada por las palabras de origen quechua, huayra (viento) y muyuy (circular).

Huayra puca: Se refiere al viento zonda, el viento cálido, expresión compuesta formada por las palabras de origen quechua, huayra (viento) y puca (rojo)

Huayra ritu: Se refiere al viento frío que viene de las montañas altas, expresión compuesta formada por las palabras de origen quechua, huayra (viento) y ritu (blanco).

Huayra yana: Se refiere al viento nocturno que se manifiesta como una briza suave, expresión compuesta formada por las palabras de origen quechua, huayra (viento) y yana (negro).

Humita: Comida a base de maíz tierno, envuelta en chalas de la mazorca y que se hierve en agua.

Icancho: Palabra quechua que refiere a especie de jilguerillo de color pardo.

Ichuna: Deriva del quechua “ichu” que significa paja. Herramienta para cortar a segar la paja del campo.

Kakan: Lengua de la cultura del mismo nombre y que aglutina a los pueblos diaguito calchaquíes que formaban parte del collasuyu, región sur del tahuantisuyu, tal como se conoce a la confederación de los pueblos andinos amazónicos. Dicha lengua fue prohibida por la conquista española.

Kakanchic: Palabra de la lengua kakan, que refiere a la representación simbólica más importante de las culturas diaguito calchaquíes y que pone de manifiesto el fenómeno natural determinante de la fertilidad en esta región para la generación de la vida, es decir el viento. Pero hay un viento de ida que provoca la lluvia y otro viento de vuelta, el que la disipa. Dos vientos hermanados que se representan simbólicamente con dos cóndores, el ave que se desplaza en las alturas como el viento. Interpretaciones erróneas consideran a kakanchic un ser diabólico de dos cabezas o bicéfalo.

Mamaquilla: Se refiere a la madre luna, expresión compuesta formada por las palabras de origen quechua, mama (indicativo de la condición femenina) y quilla (luna).

Miskimayu: Significa río dulce, expresión compuesta que deriva de las palabras de origen quechua mayu (río) y miski (dulce).

Montear: Regionalismo que significa trasladarse o andar en la espesura de los árboles en el campo.

Munay: Palabra quechua que significa cariño, respeto, y que solo se manifiesta en forma recíproca.

Ñusa: Deriva de “ñusu”, palabra quechua que significa sorber los mocos de la nariz. Se dice ñusa, cuando tiene la nariz tapada, congestionada.

Pachamama: Palabra de origen quechua que refiere a la madre tierra, a la naturaleza. También se interpreta como toda la naturaleza en movimiento generando la vida.

Pecana: Mortero de piedra. Algunos autores consideran que deriva de “pecaña”, voz cacana que significa molino.

Pelero: Sudadero o manta que se pone debajo de la silla en la montura del caballo.

Picoyacu: Regionalismo que refiere a un lugar en el Dpto. San Carlos de Salta, y que significa “agua del cerro”.

Poposa: Planta medicinal que crece en los cerros que se usa para el imsonio, el mal de altura o para los enfriamientos.

Pucara: Complejo habitacional de las antiguas comunidades andinas a partir del cual se centralizaba la organización de la vida colectiva de las comunidades agro pastoriles. Habitualmente se los reduce al concepto de fuertes o construcciones con fines militares de los calchaquíes.

Puska: Herramienta que se utiliza para hilar (huso).

Sachamama: Denominación de la serpiente que simboliza al arco iris.

Suri: Tipo de avestruz pequeño de la región de los andes centrales.

Tacotui: Palabra compuesta de los términos quechuas tacu (árbol) tui (caliente), es decir, árbol del lugar caliente o donde hace calor.

Tata inti: Del quechua, refiere al padre sol.

Tinkuy: Encuentro o reunión colectiva, ritual andino donde la comunidad realiza prácticas para sanar o armonizar los vínculos comunitarios.

Tolar: Pequeños arbustos resinosos de la cordillera.

Tulpo: Comida hecha a base de harina de maíz cocida en agua, a la que se agrega grasa de oveja y sal. En días festivos se agrega chalonga y ají picante.

Husaloma: Huasa proviene del quechua y significa “que queda atrás”, por lo que esta palabra compuesta significa detrás de la loma.

Winchi: Regionalismo que refiere a las fajitas que se colocan a las orillas del pelero.

Wuachana: Deriva de la palabra quechua “huacho” que significa huérfano. Podría inducirse que huachana era un lugar donde confluían los indígenas dispersos que no estaban en las reducciones jesuíticas.

Wasamayo: Wuasa proviene del quechua y significa de la parte de atrás, por lo que Wasamayo, es detrás del río.

Wawa: Del quechua, significa niño, hijo.

Yacumama: Denominación de la serpiente que representa el rayo.

Yatiri: Palabra de origen aymara que significa maestro, sabio, guía espiritual de la comunidad.

